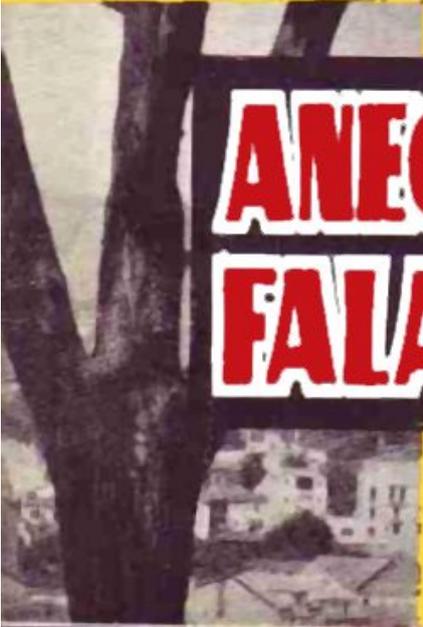


**FERNANDO
MELEIRO**



**ANECDOTARIO DE LA
FALANGE DE ORENSE**

EDICIONES DEL MOVIMIENTO . MADRID

FERNANDO MELEIRO
ANECDOTARIO DE LA FALANGE DE
ORENSE

EDICIONES DEL MOVIMIENTO

Primera Edición: Febrero de 1957

A José Antonio, en homenaje a su capitanía ejemplar.

ÍNDICE

A MODO DE PREÁMBULO	5
REACCIÓN INMEDIATA	5
CATACUMBAS	6
PROSELITISMO	6
EL JEFE PROVINCIAL	8
EL BAR DEL ROMA	8
LA TREGUA, REORGANIZACIÓN Y REUNIONES	9
FELIPE BÁRCENA DE CASTRO	10
OCTUBRE: REVOLUCIÓN ROJA Y TRAICIÓN SEPARATISTA	11
LA REVOLUCIÓN ANDABA POR DENTRO	11
FINAL DE LA TREGUA	12
OTRA REUNIÓN. DIMISIÓN DE VALENCIA	12
NO ENCONTRAMOS CASA	13
NUBARRONES DE TORMENTA. OTRA REUNIÓN PLENARIA	14
LA TORMENTA Y SUS CONSECUENCIAS	15
JEFE PROVINCIAL Y PISO	15
MALOS VECINOS	16
LEGALIDAD Y I CONSEJO PROVINCIAL	17
REAJUSTES EN LOS MANDOS	18
HOMENAJE AL EJÉRCITO	19
PACTO DE NO AGRESIÓN	20
RUPTURA DE HOSTILIDADES	21
EL GOBERNADOR ME LLAMA POR SEGUNDA VEZ	22
NUEVA SEDE PARA LA FALANGE DE ORENSE	23
II. PREPARATIVOS PARA EL MITIN DE VILLAGARCÍA	25
ESTANCIA Y PASO DE JOSÉ ANTONIO	25
LA FALANGE DE ORENSE EN VILLAGARCÍA : 17 DE MARZO DE 1935	28
CUIDADOS AL HERIDO. NUEVOS MANDOS. SE PROHIBE SALUDAR	31
INCIDENTES CON MOTIVO DE LA VENTA DE "ARRIBA"	31
EL GOBERNADOR NOS PIDE CONDICIONES PARA LA CELEBRACIÓN DE UN MITIN SOCIALISTA	32
INCIDENTES	34
DESPEDIDA DE FELIPE BÁRCENA, Y GUERRA	34
14 DE ABRIL DE 1935. CONTINÚA LA GUERRA	35
FINAL DE LOS SUCESOS DEL 14 DE ABRIL DE 1935	36
DILIGENCIAS SUMARIALES	38
REGISTRO EN EL LOCAL. BOICOT A UNA CHURRERÍA Y OTRAS INCIDENCIAS	39
III. PROCESAMIENTO Y PRISIÓN	42
CAMARADAS DE MASIDE EN LA CÁRCEL	43
LUZ Y RUIDO, GUERRA FRÍA	44
LA GUERRA FRÍA DENTRO DE LA CÁRCEL	45
TODO QUEDA EN NADA. VISITA DE SUEVOS, Y PACTO	46
ÚLTIMOS DÍAS, Y JUICIO	47
¿NUEVA TÁCTICA DEL ENEMIGO?	47
NUEVOS INTENTOS Y NUEVOS FRACASOS DEL ENEMIGO	48
CONCURSO DE MÉRITOS PARA SER PROCESADO	49
REAJUSTES EN LOS MANDOS. PROPAGANDA	50
MODOS DE PROPAGANDA. JUICIO DE DIOS	51
SEVERO CASTIGO A UN TRAIADOR	52
TRASLADO A VIGO DE LA PLAZA DE TOROS DE MADERA	53
SERIO PERCANCE EN GINZO DE LIMIA. PREPARATIVOS MARXISTAS	55
VISITA DE SUEVOS. REUNIÓN DE. JEFES EN MADRID	57

SEGUNDO CONSEJO NACIONAL. SE ME NOMBRA JEFE TERRITORIAL.....	58
NUEVO JEFE PROVINCIAL.....	59
MITIN EN CARBALLINO. LA DIALÉCTICA DE LOS PUÑOS	59
MITIN EN MASIDE	60
EXCURSIÓN NOCTURNA A CELANOVA	62
VISITA DE PILAR	63
IV. PERIODO ELECTORAL.....	64
¿FRENTE NACIONAL? ILUSIONES Y ESPERANZAS	64
ELECTOREROS.....	65
LESIONES DEL S. E. U. AL DIRECTOR DEL INSTITUTO.....	65
SIGUEN LAS NEGOCIACIONES. TRATAMOS CON LOS DE CALVO.....	66
DESINFLANDO GLOBITOS	67
SUEVOS Y YO, CANDIDATOS FRUSTRADOS	68
MITLN EN PUNGÍN.....	69
FRACASO DEL PACTO DE LOS DOS. MITIN EN RIBADAVIA	70
CONTACTOS CON EL EJÉRCITO	71
PUGNA DE PAPEL.....	71
ELECTORERO Y CANDIDATO EN ZAMORA	72
LA FALANGE DE ORENSE SE SUBLEVA CON EL EJÉRCITO ANTICIPADAMENTE	74
PASO LA FRONTERA DE TÚY.....	75
SE COMPLICAN LAS COSAS	77
PUNTO FINAL. HABLAN CARTAS	78
APÉNDICE DOCUMENTAL.....	81

A MODO DE PREÁMBULO

COMIENZO un trocito de historia auténtica, Historia particular. Como tal, la llamo "Anecdotario". Es el título más adecuado que he podido hallar para tan modesta aportación a la grandeza de España. Parece un trozo de mi vida; pero, en realidad, es la historia de la Falange de Orense vivida por mí.

Cuando me hice cargo de la Jefatura Provincial de la Falange, allá por noviembre de 1934, no era un advenedizo en la política de estilo nuevo, directo y combativo. Me presentaré: Este humilde servidor de ustedes, forma parte de una generación universitaria que odiaba la política al uso. Me he expresado mal ; no Era odio exactamente lo que sentíamos por la política, sino más bien asco. Por el año 1918 estaba ya en la Universidad. Una auténtica náusea difícil de vencer nos apartaba de la cosa política. Y quienes pensasen dedicarse a ella habían de ocultar tal vocación si no querían verse menospreciados. No nos iba la política al estilo de entonces. La teníamos por cosa nefanda, por ocupación "non sancta". No extraña, pues, la náusea.

Sin embargo, o quizás por eso, acudimos en masa al llamamiento que por entonces nos hizo Maura para que repartiéramos estacazos en los Colegios electorales un domingo de elecciones. Los repartimos a conciencia. Hablo de Valladolid, en donde yo estudiaba. No recuerdo los detalles. Se nos convocó para limpiar de sabandijas la charca política. Nos pareció bien, decente, la operación. Maura era simpático. El único que podía arrastrarnos. Regalaban las estacas. Acudimos sin remilgos y pegamos fuerte. Perdió las elecciones. Se ve que no estaba ahí la solución. Nosotros nos apartamos incontaminados, y las cosas continuaron igual hasta la Dictadura. Esta era otra cosa. No nos satisfacía enteramente, pero se podía aceptar sin sonrojo la intervención en el cotarro. Y no faltó de entre nosotros quien la apoyase con entusiasmo, sin que nadie se lo reprochase.

Y llegó la República, tras el período inmundo de liquidación de la Dictadura. Los poderes infernales se concitaron contra España. Me cogió en Madrid. Preparaba oposiciones hacía algún tiempo. Tras la ingenua alegría española del 14 de abril, la quema de iglesias y conventos, el laicismo en la legislación y en las escuelas, el divorcio, la expulsión de los jesuitas y el desbarajuste recalcitrante. La casi disolución del Ejército. El vejamen continuo de todo lo español. Lo permanente de España, en trance de fenecer. El marxismo, el separatismo, Azaña. Todo se concitaba contra España. ¿Qué se hizo de aquella empresa universal que nos había llevado a cristianizar en todos los continentes, y que se llamaba España? Diríase que esto, lo de ahora, era la magna represalia del infierno.

REACCIÓN INMEDIATA

Entonces nos dimos cuenta de que, a traición, se nos llevaban a España. Como en 1808. Nos la robaban. Decidimos recuperarla como fuese. Se respiraban aires de Cruzada. Así debió de producirse el 2 de mayo de 1808.

Todos buscamos donde combatir con eficacia. Sonaban mucho los Legionarios de Albiñana. Allá encaminé mis pasos. Conservo todavía el carnet y algunos recibos de afiliado al Partido Nacionalista Español, con el número 407. Tenía en su escudo un bonito lema: "España, sobre todas las cosas, y, sobre España, sólo Dios". Milité en él unos meses. Fué disuelto con motivo del 10 de agosto del 1932.

Poco tiempo permanecí inactivo. En septiembre me afilié a Acción Popular. Todavía se llamaba Acción Nacional. Todos los que no fuimos detenidos. nos metimos allí. En sus Juventudes milité durante los últimos meses del 1932 y todo el año 1933. Alcancé muy pronto la Jefatura de uno de los grupos de acción del distrito de Buenavista. A mediados del invierno del 33, quisieron ascenderme a Jefe del distrito. No acepté porque pertenecía ya a la Falange, mejor dicho, al M. E. S. (Movimiento Español Sindicalista), que constituía las catacumbas de la Falange.

A esta época de las Juventudes de Acción Popular es a la que se refiere José Antonio en aquel cálido elogio que nos dedica en un artículo titulado «Nupcias estériles», publicado en «Arriba», número 15, de 27 de junio de 1935. Nos dedica todo un párrafo; que transcribo : «Por su parte, la C. E. D. A. también pareció tener, aunque. más corta, una ardorosa juventud (con minúscula, compañero linotipista, no vaya a pensar nadie que nos referimos a la vetusta J.A.P.). Los primeros tiempos de Gil Robles, bajo el bienio de Azaña, fueron animosos y combativos. Durante ellos se renovó la invocación de valores espirituales antiguos, como si se quisiera que la política no fuese sólo pugna de intereses. El efecto de las grandes palabras fué rápido y, en cierto aspecto, confortador: miles y miles de personas salieron de sus casas, dispuestas al esfuerzo y aun al sacrificio. Pero, ¡ay!, la política es como un estupefaciente: quienes la prueban con algún gusto acaban por

enviarse en ella. Poco a poco, lo que nació como caliente movimiento espiritual fué convirtiéndose en partido como los otros ; cada día se fueron, arriando: más banderas inalienables —la de todo lo espiritual— para ganar en un toma y daca de cosas tangibles. Pronto los haberes del clero y la contrarreforma agraria importaron más a la, C. E. D. A. que el crucifijo en las escuelas, la indisolubilidad del matrimonio y el prestigio internacional de España.»

Actué intensamente en estas. Juventudes; Tanto, que no hice ya las oposiciones. Teníamos academia de oratoria, cursillos varios, tanto de entrenamiento electoral como de diversas disciplinas ; círculos de estudios; etc., etc. Los grupos de acción llevaban la voz cantante, mejor dicho, la estaca cantante en las calles, en locales cerrados durante los actos públicos. Los partidos afines solicitaban nuestra presencia en sus actos, como eficacia que los Guardias de Asalto. Conservo citaciones, insignias, brazaletes, requerimientos y distintivos de cuantos actos protegí con mi grupo, y la lista del mismo. Acaso me decida algún día a publicar esta parte de mi vida.

CATACUMBAS

Entre febrero y marzo del año 1933, el semanario festivo «Bromas y Veras» anunció su transformación en «El Fascio». Supuse que se formaría el consiguiente partido y escribí allí pidiendo la inclusión en sus filas. Se me contestó con una carta a máquina, sin firma, notificándome la admisión con el número 352. Me incluían este número a lápiz en un trozo de cuartilla recortada y me anunciaban la visita de un camarada, mi jefe inmediato, que se presentaría con la parte coincidente del re-corte, de quien recibiría instrucciones. Pocos días después se me presentó el hombre con la cuartilla recortada, y en ella, mi nombre y el número 352. Coincidió con la mía. Conservo ambas. Me dió instrucciones para el reparto de la propaganda que habría de recibir. Le expliqué mi situación en las Juventudes de Acción Popular y me dijo que siguiese en ellas mientras no recibiese orden en contrario, pero que no aceptase ascenso alguno. No he vuelto a tener más contactos con él. Sin embargo, sí los tuve con otros camaradas que actuaban, como yo, en los grupos de Acción Popular, que en aquel verano se había convertido en el local principal de las catacumbas de la Falange. Por entonces se discutía mucho sobre el nombre, la insignia y otros pormenores de la Falange. Y recuerdo que se armó un lío atroz cuando se trató en la academia de oratoria del tema del Fascio. Se vió entonces que las Juventudes de Acción Popular estaban ganadas por las ideas en boga.

En las postrimerías del verano me trasladé a La Coruña. Allí estuve hasta marzo de 1934. Me tocaron unos meses muy movidos. Discusiones en todos los medios, agitación constante, proselitismo. Eran las consignas de las catacumbas.. Luego, las elecciones. Continuaba en contacto con Acción Popular. Me hice electorero de la Unión de Derechas, en cuya materia me había especializado. Creo que hice buen papel.:Me felicitaron en varias ocasiones por las acertadas instrucciones que daba a apoderados e interventores. El día de las elecciones, me tocó actuar de apoderado de uno de los candidatos y me dedicaron a resolver sobre el terreno las pegas que se nos presentasen. Si se ponían muy pesados, rompíamos las urnas. Yo mismo dirigí la ruptura de alguna.

Se ganaron aquellas elecciones de noviembre del 1933. Aquélla fué la «Victoria sin alas». Así definió José Antonio, en su magnífico artículo profético. A raíz de las elecciones circuló la consigna de abandonar las organizaciones de derechas y formarnos hogar independiente. Ya era hora.

Los extremistas desencadenaron una revuelta como protesta de la victoria de las derechas. En La Coruña revistió caracteres violentísimos. Estuvimos incomunicados unos días. Intervino el Ejército, y la situación se normalizó. Pero volaron en una noche cinco transformadores e intentaron varios asaltos a la ciudad. Yo estuve en contacto con la Guardia Civil, en cuya alta oficialidad contaba con buenas amistades. Se me dieron consignas y armas, que no llegué a utilizar porque no se precisó nuestra ayuda. Realicé, sin embargo, servicios de enlace e información.

PROSELITISMO

Ganadas las elecciones por las derechas y vencida la revuelta extremista en la calle por las fuerzas de Orden Público, esperaba que, si la victoria no traía la paz efectiva y fecunda, nos diese al menos una tregua

que permitiese recomponer nuestras vidas, asaz maltrechas, y formar nuevos cuadros con que ganar la batalla futura, que, al decir de algunos especialistas, se presentaría muy difícil.

Emilio Alvargonzález, Jefe de Provincias, me envió la dirección de Maximino Soutullo para que estableciese contacto con él. Conservo la carta en que así se me ordena. Lo visité y le llevé algunos amigos que querían pertenecer al Movimiento.

Al fin, en marzo de 1934 fijé mi residencia en Orense. Me matriculé de abogado y abrí mi bufete. La agitación de los últimos años me había obligado a renunciar a las oposiciones. Planeaba aprovechar el reposo de esta tregua para hacerme una clientela. Pero el hombre propone y Dios dispone. Claro: no podía dejar de pertenecer a la Falange, aunque dentro de ella, sabiéndose administrar, se podía llevar una existencia tranquila y pacífica. No necesité escribir a Madrid para establecer contacto con: la Organización de Orense. Sucedió así: Elegí Orense por ser la capital de mi provincia. En ella había estudiado dos años de Bachillerato y en ella había servido al Rey, como entonces se decía. Hijo de funcionario del Estado, no había vuelto a la capital de mi provincia más que de paso, en el ir y venir de Madrid a Celanova. Tenía de aquellas épocas buenos recuerdos y conservaba amistades cordiales. Celco Cendón era un viejo amigo; que compartió conmigo el servicio de las armas en la cuarta. compañía del Batallón des Cazadores de Mérida, número 13; Ahora desempeñaba el cargo de redactor-jefe en el diario "Galicia", fundado durante la Dictadura por un grupo de amigos de Calvo Sotelo. Nuestra, amistad había sido íntima. Al encontrarnos de nuevo, tras largos años de separación, renovábamos con júbilo aquella intimidad. Me presentó en la tertulia de la Redacción. Me gustaba trasnochar, y aquél era un pasatiempo estupendo. Tertulia abigarrada, formada por restos noctívagos de las dispares y diversas peñas políticas de los cafés. Al cerrar éstos, acudían a las redacciones en busca de las noticias de última hora o de adversarios dialécticos.

Advertí que se me observaba con minuciosa atención. Noté que se ponían a discusión temas sólo para conocer mis opiniones. Se me buscaba una: filiación para clasificarme. Disimulé. Y observé que también por parte de mis contradictores había disimulos. Un día me citó Cendón en el bar del Roma para que hablásemos antes de la tertuliar Me dijo:

—Te llamo para advertirte que Fulano, con quien ibas hoy es izquierdista.

—Gracias. Lo sabía.

—Es que no te conviene exhibirte con él. Te van a tomar por lo que quizá no seas.

—Soy mayor de edad, Cendón.

—Perdona. Lo decía por tu bien. Estás empezando.

—Gracias.

Se quedó un rato silencioso y visiblemente contrariado. Luego añadió:

—Bueno ; ya que con indirectas no picas..., ¿quieres decirme. qué eres tú?

—¿Yo? Abogado. ¿No lo sabías?

—No seas tan gallego, hombre. Quiero decir que a qué partido perteneces. Y contesta de una vez.

—Y tú, Cendón, ¿eres de Calvo?

—Políticamente, no. Soy amigo particular suyo. ¿Lo dices por el periódico? El director es cuñado mío. Por eso estoy en él. Pero ¿y tú?

—Soy de Falange Española.

Se puso en pie de un salto y se abrazó a mí. Los demás clientes le miraban estupefactos. Si no le conocieran, dirían que estaba loco. Me jaleaba ruidosamente. Llamó al camarero y pidió unas copas para celebrarlo. Daba grandes voces, en las que mezclaba la palabra camarada con reproches por habérmelo ocultado tanto tiempo.

— ¡ Menuda sorpresa ! Como no te destapabas, llegué a temer que fueras. socialista o cosa así. El Jefe me preguntó por ti varias veces, empeñado en que averiguase hacia dónde te inclinabas.

—¿Quién es el Jefe, se puede saber?

—No estoy autorizado para revelarlo. No dejes de venir mañana por aquí, que quizás pueda presentártelo. Le dirás tus antecedentes. Ahora, vamos a celebrarlo.

—¡ Qué barbaridad, cuánto misterio ! ¿Estáis todavía en las catacumbas?

EL JEFE PROVINCIAL

Eduardo Valencia Fernández era un viejo amigo. Un amigo de la infancia. Compañero de Instituto y de Universidad. Viví durante mi niñez, algunos años, al lado de su casa. Lo tropecé varias veces en la tertulia de la Redacción y lo veía constantemente en el Bar Roma. No sospeché que fuese el Jefe provincial de Falange

Al día siguiente estaba sentado con Cendón en un rincón del Roma. Me llamaron. Al acercarme, dijo Cendón:

—Te presentaré al jefe. Lo prometido es deuda.

—Tú dirás. ¿Es también de los nuestros? —preguntó indicando a Valencia.

—Es el Jefe.—contestó riéndose. Valencia reía también.

Disculpé mi torpeza. No lo esperaba. Sin que hubiese ninguna razón especial para ello, no podía suponer a Valencia Jefe provincial de Falange. Me senté con ellos. Me refirió la importancia que iba adquiriendo la Organización en la provincia. Que se habían unificado F. E. y J. O. N. S., y que de la reciente integración había resultado un Movimiento, en auge constante y muy potente. Que la integración la habían realizado en Madrid los Mandos Nacionales en febrero. Habían constituido un Triunvirato Central, compuesto por José Antonio, Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma. Y que habían mandado una circular estableciendo las normas para la fusión. La organización resultante se denominaría Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Y que el emblema oficial del nuevo Movimiento sería el yugo y las flechas. Conservo una de las circulares originales con las firmas autógrafas de los Triunviros.

Me reveló que él procedía de Falange Española. Al igual que yo, había escrito a «Bromas y Veras» cuando anunció su transformación en «El Fascio», y que, al fusionarse, aunque aquí en Galicia correspondía la Jefatura a un representante de las J. O. N. S., la conservaba él, por no existir entre los otros persona caracterizada.

Se valía de una treta para despistar al enemigo, por si caía en sus manos algún recibo. Habían comenzado en la capital la numeración de los afiliados por el A-51, el cual se había adjudicado él mismo. Un grupo de la provincia, Valdeorras concretamente, lo había hecho por el V-201. Hizo luego un minucioso examen de mis antecedentes, actuaciones y procedencia. No debieron de causarle buena impresión, porque dijo que no me serviría de nada si no lo convalidaba afiliándome de nuevo.

Suponte que hacemos borrón y cuenta nueva. Ahora el partido ha cambiado de nombre y de estructura. Es un nuevo organismo. Y han de afiliarse de nuevo los antiguos componentes de ambos.

No era ocasión de discutir. Aunque no me pareciese muy ortodoxo el procedimiento, se me antojó cuestión sin importancia. Y entonces no la tenía. Me mostré dispuesto a aceptar su criterio y afiliarme. Me alargó una ficha de inscripción. Consultó su libreta de notas, y añadió:

- Si la traes cubierta, mañana, te corresponde el número A-85 de la capital.

La cubrí allí mismo. Me extendió el primer recibo, que conservo. Estuvimos aún un rato charlando. Luego nos separamos con mucho misterio y no pocas precauciones. Existía mucho amor a la clandestinidad.

EL BAR DEL ROMA

El Bar del Roma jugaba papel muy importante, casi decisivo, en la política orensana. Diríase que era algo así como una maqueta o croquis político de la provincia, en donde todo partido tiene su representante y toda política un sentido utilitario individualista. Mi definitiva incorporación a la vida de Orense, me descubrió sin tardanza que este país maravilloso era una Arcadía feliz al margen de las inquietudes del momento. Todos convivían amigablemente delimitando sus jurisdicciones y cediéndose el paso con sonrisas y saludos versallescos. ¿Qué se ha hecho de la ferocidad marxista de las turbas madrileñas? ¿Qué de los estampidos siniestros de los petardos sindicalistas coruñeses, de las pistolas anarquistas de Barcelona y Zaragoza y de tantos otros pueblos de España? ¿Dónde quedan las procacidades y perversión del amor libre comunista de otros campos y ciudades?

Aquí parece haberse estancado el tono suave y cortés de alambicada amabilidad de la política de principios de siglo. Nadie habla de programas, de ideas políticas, de partidos. Sabernos que tales pertenecen a don Fulano y cuáles a don Zutano, y que el partido tal es de Perengano. No es de extrañar que estuviesen

tan confusos los conceptos fundamentales y que se diese todavía como planta espontánea, con agobiadora pro-fusión, el señorito socialista y comunista, y el burgués adinerado cotizando para el Socorro Rojo y protegiendo económicamente a las organizaciones marxistas, por puro sentimentalismo bobalicón.

El Bar del Roma era la más genuina expresión de la política orensana. En él toda diferenciación tenía su asiento, toda política su lugar y toda peña su bandera. Al Gobernador se le reservaban, a la hora del café, unas mesas en el fondo. Se sentaba allí con prosopopeya, rodeado de su corte de personajes, amigos personales, unos; amigos políticos, otros. Trascendía aquello a partido radical que atufaba, sin que faltase a veces el componente obligado de algún conspicuo de la C. E. D. A. También se sentaban allí algunos diputados. Era una peña muy importante. Los socialistas la miraban con envidia.

Estos ocupaban el centro del café y formaban como una federación de peñas que extendiese sus tentáculos a un lado y al otro, influyendo a las próximas. Pretendía ser el núcleo de la vida del Bar y que todos dependiesen de ellos. En una mesa central, los más caracterizados jerarcas. Había perdido esplendor e importancia desde la derrota electoral de noviembre, pero todavía se la veía pujante e influyente sobre sus contornos, no bien dibujados y delimitados. Sus gerifaltes miraban a los demás mortales con desdén, como perdonando la vida. Toleraban con resignación no disimulada la vecindad de los de Renovación —léase Calvo Sotelo—, en un tiempo ausentes del Roma, que, a pesar de su volumen en la realidad electoral, contaban con una peña vergonzante y exigua, como temerosa de exhibirse en público. Asegurábase que sólo se reunían para ganar las elecciones y para otros actos análogos, lo que excitaba sobremanera las iras marxistas.

También la J. A. P. disfrutaba su puesto en el Roma. Una peñita lejana, muy apartada de la socialista, escondida en la semipenumbra de un esquinazo, como si rehuyeran los posibles contactos marxistas. Aislada también de la gubernamental, quizás para no enterarse de que sus mayores, los de la C. E. D. A., andaban en malos pasos.

Muy próxima a la de los socialistas —tanto, que en ocasiones se confundía con ella— estaba la de los galleguistas. Tenían aspecto de hembra de la extrema derecha: pulcros, aburguesados, intelectuales. Por su actitud con aquéllos, diríase que dependían de ellos. Se me antojaban un parásito político del marxismo.

Flanqueando también la peña socialista, probablemente influida por ella en algunos de sus extremos, se sentaban componentes de la llamada peña apolítica porque en ella no se hablaba de política. Estaba integrada por elementos de profesiones liberales de diversas tendencias y simpatías, que si se decidieran a hablar de política entre sí, probablemente terminarían muy mal. A ella acudía yo asiduamente.

Por entonces, Falange carecía de peña propia compacta. Los falangistas, en rigurosa clandestinidad, nos acogíamos dispersos a las diferentes peñas y causábamos perturbación y escándalo en todas, menos en la socialista y en la gubernamental, en donde no teníamos asiento.

Los comunistas, privilegiados siempre, a pesar de haber sido improvisados a última hora, auténticos «parvenus», disfrutaban del sitio mejor. Ocupaban un ventanal, observatorio excelente no sólo del interior del Bar, sino de la calle. Controlaban además las entradas. Era a la vez lugar distraído y alegre, desde el cual no se perdía detalle de lo que ocurriera. Nada: una adquisición. Eran pocos todavía. Estábamos en 1934.

LA TREGUA, REORGANIZACIÓN Y REUNIONES

Se siguieron varios meses sin que me fueran presentados los demás camaradas ni se me encomendara servicio alguno. Era lo que deseaba al recluirme en Orense para rehacer mi porvenir profesional y compensarme de aquellos tres años, cruciales en la vida de un universitario, gastados por mí en las luchas políticas madrileñas sin lograr labor seria en oposiciones. Me dediqué de lleno al ejercicio de la abogacía y obtuve mis primeros éxitos. Podía estar satisfecho de los pasos iniciales. La tregua daba sus frutos.

Un buen día que comentaba con Cendón la marcha de la Falange, me quejé de que se me tuviera aislado y al margen de las actividades de la organización. Debía de ser un perfecto desconocido para los camaradas, como lo eran ellos para mí. Me contestó que no había actividades y, por lo tanto, que no me extrañase de que no hubiera presentación; para ello tenían que reunirse los camaradas, y desde que había firmado el alta no lo habían hecho.

Por fin, un día nos llamó Valencia a Cendón y a mí para que lo acompañásemos después de cenar: Nos llevó por la avenida del Capitán Eloy a una casa bastante alejada del centro, en cuya planta baja vivía el camarada Ricardo Martín Esperanza (a) Kaíto, a quien conocí aquel día. Nos pasaren al comedor.

Esperaban varios camaradas que me fueron presentados. Era tarde. Acudimos con retraso y se habían ausentado gran parte de los reunidos.

Con los que quedaron comenzó una discusión, en tono acre de disputa o forcejeo, que continuó el resto de la noche. Parecía más bien un campeonato de resistencia dialéctica. Pretendían convencer a Valencia de que saliese de la inactividad o dejase la Jefatura a otro que quisiera trabajar. Valencia les achacaba a ellos la esterilidad de sus esfuerzos. Decía que lo dejaban solo, que no lo ayudaban. Así se pasaron las horas sin que llegasen a ponerse de acuerdo, hasta que las luces del amanecer nos convencieron de que así no se iba a ninguna parte. Perdíamos lastimosamente el tiempo y las energías. Ni Cendón ni yo habíamos tomado parte en la agotadora disputa. Estábamos, por tanto, en condiciones de mediar en ella. Así lo hicimos y logramos que se cortase la discusión por donde estaba, sin exigir una declaración terminante acerca de la culpabilidad de las partes disputantes y, sobre todo, que nos fuésemos a dormir. Teniendo en cuenta que el número era escaso, ya que la mayor parte se habían marchado y desconocíamos el parecer de los demás, lo correcto era dejarlo para el día siguiente. Podíamos continuar la discusión aquella o abandonarla por impropio y reorganizar la Falange instaurando el Triunvirato Provincial que, con Valencia a la cabeza, comenzase la nueva vida.

En la tarde del siguiente día, la reunión fué en la Tapada, una finca del barrio del Puente, que, su dueño, don Alfonso Abeijón, nos cedía siempre que la necesitábamos. Allí conocí al resto de los camaradas de Orense. Acudieron casi todos y no se entabló disputa de ningún género. Se designó por aclamación el Triunvirato Provincial. Lo constituyeron Valencia, Kaíto y Francisco Rodríguez.

Durante unas semanas se desplegó gran actividad. Luego decayó otra vez el entusiasmo ; se produjo un bache profundo que duró hasta octubre. Se nos dijo que se habían suscitado diferencias e incompatibilidades entre los triunviros.

FELIPE BÁRCENA DE CASTRO

El camarada Felipe Bárcena de Castro llegó por entonces a Orense. Era empleado del Banco de España. Se hospedaba en el hotel donde yo comía. Venía de Zamora con un traslado de castigo por haber tenido ruidosos encuentros con los marxistas, en los cuales no había llevado la peor parte. Lo amonestaron duramente. Refería que al comparecer ante sus jefes le recordaron muy seriamente que un empleado del Banco no debe meterse en política, y comentaba que al parecer sólo era "política" la Falange, pues conocía un sinfín de compañeros comunistas y socialistas destacados a los cuales nadie les decía lo más mínimo.

Hicimos gran amistad. Comíamos en la misma mesa con una numerosa peña de amigos cuyas familias estaban de veraneo. En los primeros días me dijo:

—Tú eres falangista.

—Bien. Y qué? ¿Qué pasa si lo soy?

—Nada Que también lo soy yo.

Nos abrazamos. No era frecuente entonces tropezarse, así, de sopetón, con un camarada en la mesa a la hora de comer.

Días más tarde me habló de algunas reuniones que había tenido con los demás camaradas que estaban descontentos de la marcha, o mejor, de la inactividad de la Falange en Orense. Todos opinaban que si yo me hiciese cargo de la Jefatura, las cosas marcharían mejor. Habían llegado hasta mí noticias de este estado de opinión y se me habían hecho proposiciones en este sentido que había rechazado. Ahora, Felipe se constituyó en portavoz de los camaradas y todos los días me daba un toque. Se puso realmente pesado. Rechacé todas sus propuestas e insinuaciones. Se me antojaban impropios. No tenían realmente atribuciones los camaradas de Orense para realizar un cambio de Jefe. Eran los Mandos nacionales quienes debían verificarlo. Que acudiesen a Madrid, que si se me ordenaba de arriba no iba a negarme. Así le planteé la cuestión rogándole que mientras no se hiciese esto no me hablase más del asunto. Dejé aparte los perjuicios que podría irrogarme en la profesión espantándome la clientela, que entonces ya era considerable. Había comenzado con suerte.

Prometió plantear la cuestión en Madrid y no insistir hasta que contasen con la solución condicionada a mis deseos.

OCTUBRE: REVOLUCIÓN ROJA Y TRAICIÓN SEPARATISTA

Y llegó octubre con el intento de secesión de Cataluña, sincronizado con la más cruenta revolución roja que había estallado hasta entonces en España. La primera noche nos concentramos en el Roma. Esa fué la consigna que Valencia nos dió apresuradamente. Seríamos unos veintitantos. Nos dijo que, siguiendo órdenes de Madrid, había puesto a disposición del Jefe de la Guardia Civil las escasas fuerzas de la Falange orensana y que concertaran entre ambos la concentración en el Roma, adonde se nos llamaría en caso necesario. Estuvimos allí hasta que cerraron, sin que fuéramos requeridos. Entonces nos disolvimos, previa consulta telefónica con la Guardia Civil.

Me dediqué a callejear. Escuché el discurso radiado de Lerroux en el que proclamaba el estado de guerra. Luego presencié la lectura del bando y las evoluciones del piquete. Aquella noche había que renunciar a dormir. Nos fuimos al despacho de un amigo que tenía radio ; captamos el duelo dialéctico que a través de las ondas sostenía el Gobierno de Madrid con el de la Generalidad de Cataluña. Oíamos a Companys gritar: «¡Rabasaire, a les armes!», contra España. Luego escuchamos su rendición en el alba de aquella noche triste. Se rindió Cataluña, pero quedaba en pie Asturias roja. La cuestión no tenía tanta importancia. Una revolución marxista más, pero sin que se rompiera España en mil pedazos. Otra vez tuve la sensación trágica y heroica del 2 de mayo y del 14 de abril.

Mi entrada en el Roma al siguiente día, a la hora del café. debió de causar estupor en algunos. Me senté en la "peña apolíticas, de la cual era asiduo. Referí ingenuamente y en voz suficientemente alta, para que se enterasen algunos vecinos, cómo se había rendido Companys a las fuerzas del Ejército, tras un combate de boquilla, radiado para más señas, que había durado toda la nociva. Causó estupor la noticia. Al parecer, nadie había escuchado la radio. Los galleguistas se demudaron. Luego optaron por no creerlo. Lo echaron a broma. Una pesada broma mía. Los socialistas tampoco lo creyeron. Se burlaron de mí. ¿No resultaba extraño que fuera yo el único que hubiera oído la rendición de Companys? Pues ¡menudo noticia! De ser cierto, lo sabrían ellos ya. Y eso que ignoraban mi filiación política. Y se reían. Pero dejaron pronto de reír.

Llegó un enlace; habló reservadamente con el marxista más significado y desapareció, dejando tras sí una arruga fruncida en el ceño preocupado del jerarca socialista y chispas de ira y desesperación en sus ojos. No tardaron los demás en conocer las malas noticias, Se las comunicaron a los galleguistas. ¡Era cierto lo de Companys! La desolación se reflejó en sus semblantes con tintes sombríos. Se hizo un silencio impresionante en el café. Al parecer, no contaban con la derrota. ¿Qué hacer? La gente los miraba como a ilusos fracasados; los socialistas, con duros reproches en el gesto, como se mira a un siervo que ha observado comportamiento indigno. Optaron por marcharse. Poco a poco fueron esfumándose hasta dejar vacías las mesas galleguistas.

LA REVOLUCIÓN ANDABA POR DENTRO

Lo de Asturias tardó en vencerse. La revolución marxista duró bastantes días en toda España, y en Asturias dejó una estela sangrienta. Como ensayo general, ya estaba bien. De Orense salieron fuerzas del Ejército expedicionarias a sofocar el levantamiento del vecino Principado. En Orense, al parecer, no ocurría nada. Con las fuerzas iban algunos camaradas. Por todo ello, ni volvimos a concentrarnos ni tuvimos otros contactos ni otras consignas.

Aquí no ocurrió nada, es cierto; pero todo estaba prepara-do para que ocurriese. Las primeras noches observé muchos y muy extraños movimientos de enlaces marxistas que excita-ron mi curiosidad. Valiéndome del sereno y de, algunos amigos, tan noctámbulos como yo, descubrimos que se hallaban concentradas copiosas fuerzas marxistas en un monte cercano. lugar estratégico, dispuestas a caer sobre la capital en cuanto la ocasión fuera propicia. La mayoría de los orensanos ni se enteró siquiera de esto, a pesar de que duró semanas el ir y venir de los enlaces y el consiguiente movimiento de las fuerzas de choque marxistas estacionadas en los lugares previstos, a la espera de las órdenes de actuar que les debieran llegar en su momento oportuno. Y dormían tranquilos mientras el Ejército se empleaba a fondo en Asturias. Mantuvieron las concentraciones hasta que el foco de Asturias fué sofocado. Entonces se circularon las consignas de dispersión. La revolución estaba vencida en toda España. Se ve que el mando había establecido una táctica de actuación gradual, por etapas, y que se había fracasado sin esperanzas en la primera. La dispersión se realizó con el mismo sigilo con que se habían concentrado. Muy pocos orensanos se enteraron.

FINAL DE LA TREGUA

Comprendí que no se podía continuar en la desorganización. La Falange resultaba un grupo inconexo, carente de eficacia, sin existencia ni legal ni natural, sin influencia en los más reducidos círculos. No podíamos contagiar a nadie nuestra interpretación de los sucesos españoles, ni de España, ni nuestra actitud ante determinados acontecimientos. Apenas si nos conocíamos unos a otros. Las consignas del Mando central o no llegaban a nosotros o se recibían con retraso. Por otra parte, la revolución marxista avanzaba cada vez más. Las intentonas eran cada vez más impetuosas, mejor organizadas, más precisas en sus objetivos. Cada vez era más angustiosa la situación de las comarcas elegidas para la acción. La marea revolucionaria anegaba cada vez más espacio español. Y amenazaba con dejarnos sin España. Me sentí de nuevo angustiado. Como en el primer bienio. Comprendí que no era hora de treguas, sino de combatir.

Felipe Bárcena, quizá comprendiendo lo mismo, insistió con apremios, en nombre de los camaradas, para que aceptase la Jefatura Provincial. No supe negarme. Estaba impresionado. Claro que, en principio, habría aceptado antes si el Mando Nacional solucionase los conflictos y me designase. Pero se encontraba con la dificultad de no hallar un medio de llegar al Mando. La cuestión apremiaba. El propio Felipe tardaría mucho en ir a Madrid. Esa solución había que desecharla. Durante el verano estuvo en Galicia Ledesma Ramos, pero no en Orense. Se había disculpado con un telegrama. Lo esperaban entonces para plantearle la cuestión. Tampoco José Antonio vino a Pontevedra al anunciado mitin de Renovación, como se había anunciado. Se le había esperado para lo mismo. Todo en vano.

Acepté. Puse como condición que fuese el propio Valencia quien me propusiese al Jefe Nacional para sustituirle. Era el procedimiento más ortodoxo que se me ocurría. Además me parecía que no era Valencia sólo el culpable de la desorganización. Aceptaba su tesis en parte. Quizá lo fueran también los otros, que tal vez no le habrían ayudado. Aunque esto, bien mirado, no tenía mayor importancia. Felipe puso aún algunos reparos. Esperaba que el método tropezase con dificultades.

Al día siguiente vinieron a entrevistarse conmigo algunos camaradas. Querían cerciorarse por sí mismos de la veracidad de lo manifestado por Bárcena. Al parecer habían sido tales las disensiones de los triunviros entre sí, que tuvieron que hacerse cargo de las funciones de secretario y tesorero Valcárcel y Vide, espontáneamente, sin que nadie los encargara del cometido. Les recordé la condición exigida acerca del procedimiento a seguir, y me prometieron convocar a una reunión en la que convencerían a Valencia.

OTRA REUNIÓN. DIMISIÓN DE VALENCIA

Por estos días, Valencia alquiló un despacho para la Jefatura en la calle de Lamas Carvajal. En él celebramos la reunión. Es decir, hubimos de pasar a otra habitación más amplia de la casa porque no se cabía en el despacho. El día mismo de la reunión hizo traer del Roma una mesita de mimbres y adquirimos a plazos media docena de sillas.

Asistimos algo más de una docena de camaradas y hubo que establecer un turno para el disfrute equitativo de los asientos. Valencia, ante la mesa, sacando de una cartera enorme muchos papelotes, abrió la sesión dándonos cuenta de la celebración en Madrid del I Consejo Nacional, cuyas decisiones leyó: puntos iniciales, jefaturas unipersonales, camisas azules de uniforme, etc. Agregó que el local le costaba treinta y cinco pesetas mensuales y que, a pesar de no tener en caja más de doce pesetas, se había decidido a adquirir a plazos hasta media docena de sillas. Luego se pasó a ruegos y preguntas, y aquí comenzó el verdadero objeto de la reunión. Felipe Bárcena llevaba la voz cantante. Los demás le apoyaban. Consideraban necesaria la dimisión para la buena marcha de la Falange orensana. Ante la unanimidad de las opiniones no tardó Valencia en aceptar la realidad. Sólo opuso un reparo. ¿Quién le iba a sustituir? Pedía garantías acerca de esto. No entregaría la Falange en manos de cualquiera. Pero al enterarse de que era yo y de que aceptaba el cargo, no discutió más. Aceptó la proposición de los reunidos, prometió presentar la dimisión y proponerme para sustituirle.

Al día siguiente, sin más pérdida de tiempo, comencé a actuar. La reunión había tenido lugar en la tarde del día 2 de noviembre de 1934, y el día 3, a la hora del café, en el Roma celebramos la primera reunión para establecer un orden de asuntos urgentes, distribuir los trabajos entre los camaradas y dar los primeros pasos en la organización.

Comenzaríamos por la capital. A la provincia no la tocaríamos hasta que llegase el nombramiento de Jefe provincial. Teníamos la palabra y el consentimiento de Valencia, pero no el del Jefe Nacional. El de Valencia nos bastaba para actuar legalmente en Orense, pues era de su incumbencia el nombramiento de Jefe local. Para la provincia necesitábamos el aval del Jefe Nacional. Esto era lo correcto y lo ortodoxo, y no me apartaría de ello ni en un ápice. Les pareció bien a todos. Había mucha labor en la capital. Aquí estaba lo más urgente.

NO ENCONTRAMOS CASA

Se dió primacía al problema del domicilio social. Era asunto urgente. El despacho alquilado por Valencia no satisfacía. Para simple despacho teníamos el mío. Necesitábamos un piso. Y céntrico, si fuera posible. Por de pronto, nos reuniríamos en el Roma o en mi despacho. Pusimos anuncios en "Galicia", que el camarada Cendón insertaba gratuitamente. Se obligó a todos a dar paseos en los momentos de asueto por la ciudad, fijándose en los papeles que hubiera en los balcones, y a interesarse del nombre del propietario. Logramos una lista de pisos y otra de propietarios. Verificada la selección, nos dispusimos al alquiler de uno en la calle de Santo Domingo. Parecía hecho a la medida de nuestras necesidades: un primero con dos salidas, a las Mercedes y a Santo Domingo. La dueña, señora de edad, habitaba una finca a unos kilómetros. Allá nos fuimos dando un paseo. La señora no pudo recibirnos por hallarse indispueta. Nos comunicamos con ella por medio de una criada vieja, que fingía sordera cuando creía convenirle, y torturados por los ladridos de dos perruchos insignificantes que alborotaban desmesuradamente. No entramos en la casa. Nos detuvimos en el jardín que la circundaba. La vieja criada iba y venía por una escalera exterior de piedra. Le explicamos el objeto de nuestra visita, y salió a poco para decirnos, de parte de su señora, que las llaves las tenía el inquilino del segundo para enseñarlo a quien quisiera verlo e incluso alquilárselo, si no tenía malos informes. Que si lo queríamos, fuésemos y tratásemos con él. Luego preguntó para quién era el piso.

—Dígale que es para Falange Española —contesté.

No entendía. No sabía lo que significaba. Para aquella vieja era griego lo que le estaba diciendo. Me obligó a repetírselo muchas veces. Subió las escaleras delectándose. Probablemente se confundiría.

No tardó en regresar, un tanto confusa. Para preguntar qué era eso de Falange Española, que su señora no lo sabía ni lo había oído nunca. Intentamos explicárselo como pudimos, pero la maldita sordera y los ladridos de los chuchos imposibilitaron nuestro entendimiento. Hasta que Cendón se la llevó aparte y le hizo comprender que no había que temer. que era una cosa muy buena.

La ausencia esta vez, duró algo más de lo acostumbrarlo. Al fin, reapareció con la respuesta definitiva. Nos remitió a cerrar el trato con el inquilino del segundo y que, por tratarse de una sociedad, el precio sería de treinta duros mensuales. No podía dejarlo en menos. Prometió enterarse bien de lo que era aquello de Falange Española. Cuando regresamos a la ciudad se había hecho de noche. Fuimos a visitar al inquilino del segundo ; pero no estaba en casa, y la sirvienta nos dijo que no estaba autorizada. Todo eran dificultades y obstáculos. Hubimos de dejarlo para el día siguiente.

Volvimos a la tarde siguiente. El propio señor, inquilino del segundo, amabilísimo, se brindó a acompañarnos. Nos conocía a todos. Era asiduo del Liceo. Nos cantó las excelencias de aquel piso, tan adecuado a nuestras pretensiones. El señor era simpático y se esforzaba por hacerse amable. Al final, a punto de cerrarse el trato, preguntó :

—¿Es para usted o para alguien conocido?

—Es para Falange Española —contesté.

Se demudó. Hizo un respingo. No supo qué contestar. Este, al parecer, sí sabía de qué se trataba. Comenzó a disculparse con trémolos en la voz. No podía figurarse. No estaba muy seguro de que la propietaria quisiera alquilarlo a un partido político de esa categoría y con los tiempos como estaban. Luego nos improvisó un discurso para convencernos de que nos dejásemos de esas zarandajas y que fuéramos razonables, que no les diéramos esos disgustos a nuestros padres. Balbuceaba pretextos y no comprendía cómo vivíamos tranquilos buscando piso para Falange. Tratamos de convencerla, ante el temor de quedarnos sin el piso, apelando a todos los recursos. Pero él redargüía siempre con obsesión. Comprendí que no tenía fe en nosotros y que estaba dominado por un miedo pánico a los marxistas. Se le veía fuertemente impresionado aún por lo ocurrido meses atrás a los chicos de Acción Católica, al final del Congreso de las Juventudes celebrado en Orense. La misma noche de la clausura dispararon a mansalva sobre ellos y asesinaron a dos e hirieron a varios. También recordaba con espanto lo del mitin de Urraca

Pastor, que fué interrumpido con violencia y apaleados en las calles los asistentes. El solo recuerdo de estos sucesos le horrorizaba, y ya se veía insultado y vejado por los marxistas por habernos alquilado el piso.

No pudimos convencerlo. Nos despedimos del señor y del piso. Seguimos peregrinando. Todas las tardes dedicábamos unas horas a procurar acomodo para la Falange. La escena se repitió hasta el infinito. Los propietarios o los administradores muy amables, nos enseñaban el pifio cantándonos sus excelencias. Al enterarse de que lo queríamos para la Falange, también el final era siempre el mismo. Perdíamos el tiempo. No querían alquilarnos ninguno. Solamente hubo uno que no pudimos alquilar por otras razones. Era de una testamentaría en la que los herederos no lograban ponerse de acuerdo. El administrador nos lo ofreció para cuantas reuniones quisiéramos celebrar eh él -mientras no dispusiéramos de otro, pero no se decidió a alquilarlo. Tenía dos entradas y estaba también en la calle de Santo Domingo.

Dije que perdíamos el tiempo, y no fué así. Este ir y venir, hablar y discutir con propietarios y administradores, nos dió a conocer y afirmó nuestra presencia en muchos ambientes. Fué una propaganda excelente y muy eficaz. Nos dimos cuenta después.

NUBARRONES DE TORMENTA. OTRA REUNIÓN PLENARIA

Mientras nosotros nos dedicábamos con empeño y sin fortuna a la más desalentadora búsqueda de un piso que cobijara a la Falange orensana, otros empleaban sus desvelos en funciones casi tan vitales y apremiantes. Habíanse comprometido todos a traer a nuestras filas a sus íntimos y a pagar los recibos atrasados que pudieran. Algunos visitaban a las amistades y pasaban el guante para obtener donativos. Y no faltaba quien o quienes se dedicasen a inscribir socios protectores con más éxito que nosotros en nuestro cometido. Todo se necesitaba, pues habíamos heredado deudas, aunque no muchas, y un caudal muy exiguo. El entusiasmo crecía en proporción geométrica, y mientras no encontrábamos casa nos reuníamos en mi despacho y en el Roma. Las cosas marchaban a las mil maravillas.

De pronto observamos que se ensombrecía el horizonte y se acumulaban densos nubarrones sobre nosotros. Resultó que Valencia, dejándose arrastrar por extrañas influencias, no cumplió lo prometido y nos colocó en situación desairada ante la Jefatura Nacional. Malos consejos de personas ajenas, enemigos sagaces, le habían desviado del recto camino.

Resultó que en vez de presentar su dimisión a la Nacional y proponerme para sustituirle, que era lo que se había acordado, cursó una queja contra mí, en la que me acusaba de organizador de una intriga para obligarlo a dimitir y elevarme yo a la Jefatura. Precisamente lo más contrario a la realidad y lo que tratara de evitar con mi resistencia. Felipe Bárcena me serviría de testigo de mayor excepción si llegaban las cosas a los folios de un expediente. Aparte, claro, de que una Jefatura Provincial de Falange en el año 34 no era codiciable. Afirmaba él que no podía acatar el fallo de aquella reunión porque no había acudido a ella ni la mayoría siquiera cie los camaradas de la capital y que los que habían concurrido, en tan escaso número, habían ido arrastrados por mí.

Procuré convencerlo de que su visión era errónea y atraerlo, por medio de razonamientos, al camino recto ; pero fracasé. En vista de su obstinación, convocamos otra reunión del pleno de la falange orensana para que se convenciera de que estaba equivocado no sólo en cuanto a mí, sino en cuanto a los demás camaradas. Se convocó a todos, encareciendo la asistencia y dándoles cuenta del objeto de la reunión. Dispusimos para ella del piso de la calle de Sto. Domingo que no nos alquilaban por pertenecer a una testamentaría. Acudimos unos treinta y tres camaradas, si no recuerdo mal. No había más afiliados. Concurrieron incluso los dados de alta últimamente. Comenzamos la sesión sin demoras. La, casa, sin muebles, ofrecía aspecto desolado. Estábamos en un saloncito, amplio, sin sillas. Permanecimos de pie. Presidía yo. Expliqué, al abrir la sesión, el objeto de la misma y los reparos del camarada Eduardo Valencia. Le concedí la palabra y pronunció una arenga apasionada, en la que expuso su erróneo punto de vista. Insistió en que le habíamos hecho víctima de una maquiavélica intriga. La mayoría de los presentes conocían los hechos por haber intervenido en ellos. No me fué difícil poner las cosas en su punto. Se pasó a votar. Aunque suene a democracia y a liberalismo, así fué. Invité a los que estuviesen conformes con la solución adoptada en la reunión anterior a pasar a la sala contigua y a quedarse en la que ocupábamos a los partidarios de que continuase en la Jefatura el camarada Valencia. Lo que ocurrió a continuación debió de ser desolador para él. Daría cualquier cosa porque no se desarrollara así. Se trasladaron en masa, firme, decididamente, sin apesuramientos, a la pieza contigua, todos los camaradas. Sólo uno se quedó donde estábamos. Era el camarada Emilio Amor.

Valencia, ante la evidencia, bajó la cabeza, me estrechó la mano y prometió enviarme sin más demoras los documentos y objetos que constituían el archivo de la Jefatura Provincial.

Con las debidas precauciones fuimos saliendo de la casa. Valencia y yo lo hicimos juntos y seguimos charlando por la calle. Reconoció su error y el concepto equivocado que tenía de la cuestión.

—Lo peor del caso —agregó— es que mandé a Madrid un informe reflejando lo que sospechaba de todo esto, y no sé cómo reaccionarán allí.

He aquí el primer anuncio de la tormenta que se cernía sobre nosotros cuyos más densos nubarrones venían empujados por el viento de Madrid.

LA TORMENTA Y SUS CONSECUENCIAS

En Madrid reaccionaron como era de esperar. Pocos días habían transcurrido desde la reunión de la calle de Santo Domingo cuando recibí carta de José Antonio en la que se me ordenaba cesar en cuantas actividades hubiera emprendido relacionadas con la Jefatura Provincial. Me recordaba cómo debía someterme a los Estatutos de la Falange y que debía esperar a que la cuestión fuera solucionada estatutariamente por el Jefe Nacional con libertad de criterio, previos los informes consiguientes. Lo que me temía.

Cuando les leí a los camaradas estas letras del propio José Antonio, se quedaron consternados. ¿Qué hacer? Felipe Bárcena escribió a sus amigos de Madrid para que le aconsejasen qué procedía en tales casos. Los demás firmaron unos pliegos que me entregaron para su envío a Madrid, y que aún conservo. A Bárcena le contestaron que redactase yo un informe detallado de lo ocurrido y lo enviase.

Se personó en Orense el Jefe provincial de Pontevedra, camarada Krukemberg, con la misión de investigar lo ocurrido e informar al Jefe Nacional. Se armó el revuelo que apetecía Valencia. La tormenta descargaba con todo su aparato de rayos y truenos. Pero hay tormentas que se deshacen en agua y fertilizan.

Hice caso omiso de los consejos de los amigos madrileños de Felipe Bárcena. Guardé bajo llave los pliegos de firmas. Por eso los conservo. Escuché pacientemente las exhortaciones de Krukemberg a la concordia y convivencia pacífica entre camaradas. A veces, cuando Dios quiere darme paciencia, llego a extremos verdaderamente franciscanos. Contesté serenamente las preguntas que se me formularon por su conducto. Eludí toda discusión, fuese o no pertinente u oportuna, y me atuve a lo que en su carta me ordenaba el Jefe Nacional, guardé el silencio más cerrado y absoluto sobre el particular y me abstuve de realizar cualesquiera actos que pudieran interpretarse como desobediencia.

Por lo demás, continué en las actividades emprendidas por-que no había traspasado los límites de la Jefatura Local, cosa que no me prohibía José Antonio en su misiva. Y me dediqué a esperar. De momento me abstuve de contestar a José Antonio. Prefería no dar una versión de los hechos que pudiera tomarse por subjetiva. El silencio honrado es a veces el mejor intérprete de la realidad.

El Jefe provincial de Pontevedra confeccionó su informe siguiendo las líneas generales del enviado por Valencia, del cual copió lo fundamental. Mi servicio de información comenzaba a funcionar. Supe que José Antonio, en su afán de conocer la realidad, no se conformaba con los informes recibidos por un solo conducto. Había encargado a otros la relación reservada de lo acaecido en Orense.

Los militantes que por entonces constituíamos la J. O. N. S. de Orense éramos los siguientes, según el pliego de firmas a que he aludido: Ricardo Martín, Emilio González, Prada, Campio Vázquez, Luis Valcárcel, Angel López, José Páramo Lobit Adolfo Villar, Ramón Muñiz, Ricardo Taboada, Benigno de la Riva, Francisco Pérez, Fernando Vide, Olegario R. Muñiz Guerra, Inocencia Castelao, Angel Barrios, Fulgencio Aranda, José R. Feijoo, Juan M. Salgueiro, Nicolás Barja, Camilo Montero, Emilio Romero, Rafael Valcárcel, Celso Cendón, Francisco Rodríguez, Francisco Hermida, Luis Calafate, Delfín Nóvoa, E. Pedrayo, Julio Rivera, Marcial Soto, César Calafate, Luis Pérez. A los que habrá que añadir Emilio Amor, Eduardo Valencia y este humilde servidor de ustedes. Esta relación corresponde a noviembre de. 1934.

JEFE PROVINCIAL Y PISO

El día de Navidad me llegó la solución de tan molesto enigma. En día tan señalado recibí carta de la Secretaría General. La firmaba el camarada Raimundo Fernández-Cuesta y en ella se me comunicaba que el Jefe Nacional, vistos los informes recibidos y estudiado debidamente el caso, había decidido designarme Jefe provincial de Orense, luego de aceptar la dimisión de Valencia, lo que se participaba a éste en la misma fecha.

Me incluía el nombramiento de Jefe provincial, fechado en 21 de diciembre, y una foto de José Antonio con dedicatoria a los camaradas de Orense, de la que hicimos múltiples reproducciones y hasta una ampliación que se colocó en los locales de la Jefatura, y que no ha dejado de figurar en ellos desde entonces.

Eliminados los obstáculos que se oponían a nuestra progresión, comenzamos una intensa labor de reorganización.

Envié al Jefe Nacional informe exacto y objetivo de la Falange de Orense, estado de la organización al momento de hacerme cargo de la Jefatura, esfuerzos realizados para su mejoramiento, elementos con que contaba... Le expliqué cómo no había querido tocar más que a la Local por considerar que carecía de atribuciones para meterme en asuntos de la Provincial, mientras no recibiese su nombramiento. Deliberadamente eludí tratar de los acaecimientos que tanto nos habían preocupado. Sentía especial repugnancia a tratar de un tema en que tanto habían mentido los demás. Este informe mereció calurosa felicitación del Jefe, que me fue transmitida por conducto del Secretario general, camarada Raimundo Fernández-Cuesta.

Casi al mismo tiempo de recibirse mi nombramiento de Jefe provincial hallamos piso decente en que cobijar nuestras esperanzas de revolución nacionalsindicalista. Dos meses, día más, día menos, había durado nuestro calvario de aspirantes a inquilinos por calles y escaleras de la ciudad. Y ahora lo hallamos sin buscarlo. Un tanto alejado del centro, es cierto ; pero teníamos piso. El camarada Oshet, Teniente de Artillería retirado por la ley de Azaña, afiliado en La Coruña, era inspector de una compañía de Seguros y venía a Orense con frecuencia. El solucionó el conflicto. Nos informó de que el agente de su compañía en nuestra ciudad tenía un piso desalquilado, y a él le pidió que nos lo arrendase. Accedí. Fué cosa de minutos. Visitamos al señor Carballo, así se llamaba el propietario, y lo encontramos muy dispuesto a firmar el contrato en seguida. Por si se volvía atrás, procedimos inmediatamente a su consumación y tomarnos posesión aquella misma tarde de nuestro local social. Estaba en la avenida de Buenos Aires y costaba veintitantos duros al mes. Aunque el precio era entonces muy, elevado, no constituía preocupación para nosotros, que ya nos desenvolvíamos con holgura económica. Los ingresos iban en aumento por el éxito de las medidas relatadas ya. Así, al firmar el contrato, pudimos pagar un mes por adelantado.

Pronto corrió en algunos medios la noticia de que disponíamos de fondos. Se comentó que habíamos pagado por adelantado y sin reparos la cantidad que se nos pidiera por el alquiler. Entonces se dió un fenómeno extraño. Más de un propietario me protestó de que no hubiéramos tratado de convencerlo, de que no insistiéramos hasta que nos lo alquilase. Es muy posible que tuviéramos nosotros la culpa.

MALOS VECINOS

Nuestro piso era el segundo derecha. En el segundo izquierda habitaba el pontífice máximo del socialismo en Orense. Nada menos que el Manoliño. En cuanto se enteró de la vecindad de la Falange, montó en cólera y armó un escándalo mayúsculo. Amenazó al propietario. Capitaneó una protesta airada de los vecinos. ¡Falange Española en una casa decente! ¿Habrased visto monstruosidad semejante? Y además, de vecina, puerta con puerta, del Manoliño. Dios se permite a veces, en su Omnipotencia, estas ironías.

El propietario no se arredró. Era un gallego con mucha re-tranca el señor Carballo. Atendió sonriente las quejas del dirigente marxista y prometió darle satisfacción en la medida de sus posibilidades. Calmó al Manoliño y se presentó en mi despacho a contarme lo acaecido y lo que había decidido, si a mí no me parecía mal:

—He pensado cambiarles a ustedes el piso por el mío. Yo me subo al de ustedes y les doy el primero izquierda. El protesta de la vecindad de ustedes puerta con puerta y en el mismo piso. Así, ya no tiene por qué protestar.

Le pregunté si le importaría que se fuera de la casa.

—No mucho —contestó—. Pero nos conviene a todos tenerlo allí. A mí, porque es mi negocio ; a ustedes y a mí, porque así los socialistas respetarán la casa. Fíjese en que los coloco a ustedes en la misma izquierda y debajo de su piso. Cuanto hagan contra el de ustedes perjudicará al del Manoliño.

La lógica del casero no me pareció de momento muy convincente. Sin embargo, acepté pensando en que no teníamos mucha opción. Y quedó por nuestro el primero izquierda del número 80 de la avenida de Buenos Aires.

Para amueblarlo acudimos de nuevo a la generosidad de los camaradas. Se pidió a todos que revisasen los desvanes y cuartos de trastos en sus casas y se trajesen algo de lo que sus familias hubiesen desechado. Todo sería bien recibido. Con esto, la media docena de sillas adquirida a plazos por Valencia y la mesita cedida por el dueño del Roma alhajamos aquello muy decentemente. Logramos chismes y cachivaches de lo más absurdo. A todo le asignamos su misión. Nos trajeron hasta una radio vieja que funcionaba y una mesa de ping-pong, que sirvió de mucho. De lo que nadie se desprendía era de sillas, ni viejas ni nuevas. Pero pudimos quedarnos con una partida que se saldaba.

Una etapa febril de captación y organización se simultaneaba con todo esto. Por entonces se batió el récord de altas en la afiliación. Nos aproximamos a las cincuenta diarias. Y llegaban a nosotros aportaciones de dinero por los conductos más extraños y las más sorprendentes adhesiones personales. Vivimos entonces una etapa maravillosa. No podíamos descuidar-nos con un domicilio social tan en las afueras. Cualquiera imprevisión podía sernos fatal frente a un enemigo poderoso, inteligente y sin escrúpulos, y tan entero como entonces estaba el marxismo en Orense. Rápidamente se organizó la primera centuria y se montó una guardia suficiente y eficaz a diario. Y hasta un retén. En aquel tiempo estaba aquello despoblado y casi sin luz. Y se hizo necesario, andando el tiempo, extender la guardia al exterior y montarla en plena calle, en evitación de sorpresas desagradables.

El mando de la primera centuria se concedió al camarada Florencio Gómez Crespo, cobrador de la Gallega de Electricidad. La primera falange, la mandaba Francisco Rodríguez, ferroviario ; la segunda, Emilio Amor, empleado de Banca, y la tercera, Fernando Vide Romero, empleado en una empresa de coches de línea. Esta fué nuestra primitiva organización. Se nombró Secretario provincial a Rafael Valcárcel, y Jefe de la Central Obrera Nacional-Sindicalista a Adolfo Villar. Al frente del S. E. U., Manuel García Manzano. Y en el Servicio de Información e Investigación, Ángel Barrios, empleado en Bodegas Aragón, fué el primer Jefe. Celso Cendón Rey ocupó la Jefatura del Servicio de Auxilio, Solidaridad y Socorro pro Presos y Perseguidos. Al camarada Emilio González Núñez se le designó Jefe del Servicio de Administración, Tesorería y Contabilidad. He ahí la organización, más bien embrionaria, de la Falange-Provincial orensana, con que cerramos el año 1934.

LEGALIDAD Y I CONSEJO PROVINCIAL

Conservo el ejemplar de los Estatutos de la Falange Española de las J. O. N. S. legalizado. La fecha de la legalización, 5 de enero de 1935. Es el modelo corriente editado en Madrid, que nos remitía la Nacional con bastante profusión. Este ejemplar legalizado lleva en las páginas segunda y tercera una póliza de 7,50 pesetas y los timbres móviles, cuatro de una peseta y cuatro de cincuenta céntimos, convenientemente sellados y fechados. En la página 17, de mi puño y letra: «Domicilio social en Orense: Avenida de Buenos Aires, 80, 1.º—Por la Comisión organizadora : C. Fernando Meleiro» (firmado y rubricado). A la vuelta, el sello del Gobierno Civil y una diligencia impresa en caucho, en la que se dice: «Presentados por duplicado en este Gobierno Civil, se devuelve un ejemplar, conforme a lo dispuesto en el artículo 4.º de la Ley 30 de junio de 1887.—Orense, 5 de enero de 1935.—El Gobernador.»

La amistad, actividad y diligencia de Aurelio Lodeiro, compañero mío y empleado del Gobierno, allanaron cuantos obstáculos se opusieron a nuestra existencia legal. Fueron rápidamente aprobados. Este era el final de toda clandestinidad.

En Orense se celebra mucho la última noche del año. Desde algunos días antes se había propalado el rumor de que los marxistas iban a aprovecharla para propinarnos sendas palizas y acabar de una vez con nosotros. Aunque no di gran valor a esa especie, sirvió de pretexto para el entrenamiento de las incipientes unidades de primera línea. Se pasearon por escuadras, disimulando la formación, durante gran parte de la noche. Los marxistas no dieron señales de vida.

Ocurrió, sin embargo. Un incidente que nos obligó a convocar a Consejo a los Jefes y camaradas principales. Un grupo de mandos de una falange, por su cuenta y riesgo, había asaltado un Centro

Galleguista sito en la calle de Alba, desalojaron el local, produjeron los destrozos que les vino en gana y se trajeron la bandera y unos pedazos de sillas como trofeo.

Convoqué a Consejo para acordar la táctica a seguir y para que se convencieran de que si cada cual, o cada unidad de la primera línea, obraba por su cuenta y riesgo, los peligros de desintegración eran enormes. Gracias a Dios, todos entraron en razón. Se discutió ampliamente. No faltó quien sostuviera que la Falange debía andar a estacazos con todo el mundo ; pero tras la discusión prevaleció la tesis de que no está el secreto del éxito en atacar a tientes y a locas al primer enemigo que se nos ponga delante, sino en vencer a quien haya que vencer, previa la rigurosa selección del enemigo. En el caso, como el nuestro, en que sean varios los enemigos, no debe empezarse por el más débil o enclenque, sino por el más poderoso y temible. Si se comienza por los débiles, pedirán auxilio al fuerte y se coligarán entre sí y formarán una a modo de cruzada contra el enemigo común. Chillará el débil al no encontrarse con fuerzas ante el ataque injusto. Tocarà a rebato y pedirá protección al fuerte, que se la prestará encantado de que se le brinde la ocasión de luchar por una causa justa. Y tendríamos que luchar contra una coalición. Mientras que si el desafío va dirigido solamente al más fuerte, éste, orgulloso y confiado de su poder, tendría a menos solicitar él auxilio de los débiles para que lo defendiesen ; y si los llama, acudirán de mala gana. Será obvio decir que se consideró al partido socialista como el más poderoso y señor de todos los que habían de enfrentársenos.

Pero esto no eran más que ideas generales. En cuanto a realizaciones concretas, estábamos convencidos de que se sentirían provocados con nuestra mera existencia. Nada tendríamos que hacer sino esperar. Crecer, fortalecernos, propagar nuestro ideario y esperar el ataque con serenidad flemática. Tan seguros estábamos de que ello se produciría así, que impartimos consignas prohibiendo toda agresión personal contra quien no nos hubiese agredido de antemano. A las palabras se contestaría con palabras, y solamente se justificaría la agresión frente a las obras. Si fuesen agredidos, ya individualmente, ya en unidades de milicia, antes de contestar adecuadamente mirasen con frialdad si podían vencer y dominar la situación. En caso contrario, que no tuviesen a desdoro retirarse hacia el local de la Falange y dar cuenta allí de la agresión y de las fuerzas atacantes. Por lo demás, había que propalar por todas partes que no atacaríamos a nadie sin que nos atacasen. Que éramos pacíficos. Que lo que pretendíamos era que se respetase nuestra presencia y se discutiesen seriamente nuestros postulados. Equipos de discutiidores acompañaban a las escuadras, se metían por las tabernas, bares y demás jugares de esparcimiento. La Plaza Mayor, después del trabajo, era "foro" muy eficaz y el más adecuado para la siembra fructífera de nuestras consignas. He ahí el I Consejo Provincial de Orense.

REAJUSTES EN LOS MANDOS

A mediados de enero de 1935 rebasamos los quinientos afiliados. Algunos no salían de su asombro y no faltaba quien atribuyese tan exorbitante crecimiento a maniobra socialista que, aconsejando a los suyos (la mayoría eran obreros) el alta masiva en nuestros cuadros, podrían darnos una dura lección cuando les conviniese. Pero no nos detenía ninguna consideración. Comprendíamos las desilusiones de las sencillas gentes, que pagaban dolorosamente los desaciertos marxistas, y sus ansias de justicia social, siempre defraudadas. Habíamos acertado con el tono adecuado y el momento oportuno, infundiéndoles confianza. Esto era todo. Sus problemas eran nuestros problemas. Esto lo comprendían bien. Les hablábamos de España como empresa y misión en lo universal, y de la justicia social, y venían a cientos no sólo a escucharnos, sino a compartir nuestros esfuerzos por lograr el triunfo. Se daban conferencias y charlas en el local diariamente.

Habíamos designado Jefe de la primera línea a Inocencio Castelao, con la consigna de que organizase varias centurias. Se procedió al reajuste de mandos que el crecimiento inusitado hacía indispensable. El camarada Manzano pasó a Secretario del S. E. U. y se designó Jefe del mismo al camarada Angel López Gutiérrez, ambos Maestros. El camarada Valcárcel dejó la Secretaría Provincial para desempeñar la Jefatura de una unidad de primera línea. Elegimos para sustituirle en la Secretaría Provincial al camarada Antonio R. G. Montero, Abogado. El camarada Florencio Gómez había dejado la Jefatura de la primera centuria para ocupar la Jefatura Local de Orense, cuya Secretaría desempeñaba el camarada Olegario Muñoz Guerra. A Jefe de la primera centuria ascendió Fernando Vide Romero, Jefe de Prensa y Propaganda se nombró a Nicolás Barja, Maestro nacional y Jefe de las J. O. N. S. de Trasmiras.

Se proyectaba sobre nosotros, sobre nuestras familias, sobre nuestras amistades, sobre nuestras novias, la impaciencia marxista en forma de presiones e insinuaciones y amenazas cautas, insinuantes, solapadas, hábiles. Un día aconsejaban a un familiar que advirtiese al camarada que debía apartarse de nuestra amistad porque corríamos todos, sin distinción, no sé qué peligros. Otro, era un anónimo a la novia o a los familiares femeninos, aconsejándoles que se despidiesen del falangista, porque acabaría muy mal en plazo

perentorio. Un Jefe de escuadra recibió una en que le anunciaban que se organizaba para muy pronto una vejación colectiva, consistente en cogernos a todos y, en medio de la Plaza Mayor, bajarnos los pantalones y azotar nuestras pobres carnes desnudas con varas y vergajos. Les estorbábamos y se impacientaban ante nuestra imperturbable flema. Hicimos un nuevo llamamiento a la serenidad para que nadie se dejase arrastrar por las provocaciones fáciles.

HOMENAJE AL EJÉRCITO

Orense se disponía a rendir homenaje al Ejército por su brillante papel en los sucesos revolucionarios y secesionistas de octubre. Al batallón de guarnición en esta plaza le había tocado actuar en Asturias y hacer frente allí a la revolución roja, y el pueblo brindaba homenaje de admiración y afecto al Ejército victorioso, salvaguarda de lo permanente de España.

Se preparaba: parada en la Alameda, desfile por las calles y ante las autoridades, situadas en la acera del Banco de España. Decidimos sumarnos al homenaje y presentarnos en sociedad. Los marxistas se proponían deslucirlo. Una razón más para nuestra decidida actuación. El Teniente de Seguridad y Asalto me había hecho saber, días antes, que era falangista, aunque no hubiese hallado el medio de afiliarse normalmente ; pero que me lo advertía para que se contase con él, con la debida discreción, en el momento oportuno. A él se acudió para que nuestra actuación en el homenaje no fuese inconexa. En una entrevista reservada lo puse al corriente de cuanto proyectábamos y de los informes que mi servicio de Información me traía acerca de los esfuerzos marxistas por el fracaso de todos los actos. Había oído rumores diversos, pero desconocía su procedencia y valor. Los marxistas decían que sería un día de luto en Orense: que incendiarían, asesinarían, etc. Lo de siempre. Y que tomarían nota de los que vitoreasen y aplaudiesen al Ejército, para las represalias consiguientes. Pretendían atemorizar a las gentes sencillas. Nosotros hicimos correr también nuestros rumores y bulos. Era nuestra táctica. A palabras, palabras. A bulos, bulos. Uno de los que cuajó e rizo mucho efecto fué el de que la noche antes se caerían en Orense cientos de policías y guardias civiles, de paisano, para limpiar esto, y que con ellos vendrían falangistas madrileños especializados, ya que desde octubre estábamos en contacto con las fuerzas de Orden Público. Le dije también que en la madrugada de aquel día, ya tarde, al objeto de que resultase difícil la comprobación y el desmentido, pensábamos hacer circular el rumor de que habían sido detenidos y confinados la casi totalidad de los dirigentes marxistas orensanos.

Le hizo gracia todo esto y me prometió no sólo no estorbar la actuación de nuestras escuadras, sino favorecerla e impulsarla en lo posible.

Y llegó el día. Se había planeado que una falange circulase por las calles, distribuida en escuadras, y éstas, en grupos de a tres. Su misión consistía en vigilar a los sospechosos, ya individuales o en grupos, comunicando su situación y neutralizando su actuación, si realizaban alguna. Las demás escuadras disponíamos de algo más que una centuria, se concentrarían en la Alameda, distribuidas entre el gentío, con la consigna de animarlo y conseguir que gritase y vitorease al Ejército. También tenían la consigna de aplastar como fuese, en sus comienzos, cualquier brote subversivo. Este plan fué comunicado al Teniente de Seguridad y a algunos oficiales del Ejército amigos nuestros, a quienes pareció de perlas.

El bulo de última hora respecto a detenciones y confinamientos de destacados marxistas desmoralizó al enemigo de tal modo, que sus grupos perdieron ostensiblemente la agresividad acostumbrada.

Salió todo como lo habíamos planeado. Yo mismo tomé el mando directo de la primera línea aquella mañana, soleada y alegre. Hasta el tiempo se había aliado a nosotros. Asistido de Castelao y de todo su Estado Mayor, con enlaces y todo, nos situamos en la Alameda y distribuíamos las escuadras. El público miraba extrañado a aquellos grupos de jóvenes enfervorizados que se desgañitaban vitoreando al Ejército y gritando "¡Arriba España!" atronadoramente; que aplaudían a rabiar al paso de las banderas y representaciones, hasta que, contagiadas las gentes del fervor de la Falange, vitorearon también sin tasa. Habíamos roto el hielo. El éxito estaba asegurado. Se ordenó entonces que se fuesen retirando las escuadras a discreción para colocarse en los lugares del trayecto señalados de antemano. Luego habrían de reunirse con nosotros frente al Banco de España, en cuya acera estaba la tribuna de autoridades. Recorrimos el trayecto antes de que desfilaran las fuerzas y no pusimos reparos a la distribución ni al espíritu de los camaradas.

Nos colocamos al pie de la tribuna. Comenzó el desfile. El entusiasmo de la gente sorprendía a todos. Los marxistas no contaban con esto y no reaccionaban, no salían de su estupor. Conforme se replegaban nuestras escuadras, colocábamos a los camaradas a lo largo de las aceras y entre el gentío. No estábamos aún completamente tranquilos. Un nutrido grupo marxista, inquieto por demás, nos infundió sospechas. Lo

cubrimos con una escuadra. Y llegó el momento final de aquel gran día. Desfilaba el batallón por delante de nosotros. La gente aplaudía y vitoreaba al Ejército y a España. El grito de "¡Arriba España!" atronaba el espacio. A una señal del Jefe de centuria saludaron los camaradas brazo en alto. Muchos de los que desfilaban, oficiales y soldados, nos sonreían complacidos. La muchedumbre, sorprendida, se preguntaba de dónde habían surgido tantos falangistas. A poco, la mayoría nos imitaba, y miles de brazos se extendieron en saludo romano.

Se produjo entonces el incidente. Uno de los extremistas del grupo aquel se creyó obligado a levantar el puño. Lo bajó inmediatamente. Unas cuantas porras le cayeron encima con la celeridad del rayo. Fué casi imperceptible, pero no se pudo evitar el alboroto consiguiente ni algunas protestas.

El Gobernador militar, Coronel Soto, mandó comparecer a algunos camaradas ante su autoridad. No se había levantado del todo el estado de guerra. Los amonestó y arrestó veinticuatro horas en sus domicilios, bajo palabra de honor. Opinaba que habían dado lugar con el saludo brazo en alto a que el extremista levantase el puño. Terminó con la promesa de que impondría a éste igual correctivo. Los nuestros, entre los cuales se hallaba el Jefe de la primera centuria, protestaron enérgicamente, con todos los respetos, no del correctivo, que consideraban como un honor y lo cumplirían muy gustosos, sino de que se les equiparase al extremista, y aprovecharon ocasión tan propicia para explicar las diferencias esenciales que entre ambos saludos existían.

Al Gobernador militar parece que le agradó la explicación y más la protesta. Sin embargo no levantó el arresto, que fué cumplido por los nuestros con escrupulosidad.

PACTO DE NO AGRESIÓN

Al comenzar el mes de febrero de 1935 podíamos contemplar nuestras perspectivas con franco optimismo. Habíamos superado ya la etapa confusa del rápido crecimiento y perfeccionábamos nuestros cuadros preparándonos activamente para la lucha sin cuartel con los marxistas, que presentíamos inmediata. Los síntomas eran inequívocos. Nos habíamos conquistado las simpatías del pueblo y la mirada benévola de los militares desde nuestra intervención en el homenaje al Cuerpo expedicionario de Asturias, los cuales sentían cierta curiosidad por la recia raigambre de nuestro estilo castrense. Esto no pasaba inadvertido para los marxistas. Tampoco escapaba a su observación vigilante los diarios ejercicios y la instrucción que nuestros grupos de primera línea practicaban en diversos lugares, la guardia en el local, la concentración de camaradas del día 2 de febrero en Montealegre, la constante vigilancia de nuestras escuadras en las calles, bares y demás lugares públicos. Todo lo constataban y los traía desasosegados. Les había sorprendido tan rápido crecimiento, les había cogido desprevenidos para evitarlo. Al hacerme cargo de la Jefatura Provincial, en noviembre del 34, éramos veintitantos, y en febrero rebasábamos los quinientos. Había para preocuparse. Comenzaron entonces contra nosotros una campaña de difamación, de calumnias, de patrañas absurdas cerca de la primera autoridad para inclinarla a intervenir en contra nuestra. Yo no quería verme obligado a luchar en dos frentes: el Gobernador y los marxistas, y esperaba con cierta impaciencia la ocasión de conquistar la neutralidad benévola del Gobernador.

La ocasión nos la brindaron las honras fúnebres en memoria de Matías Montero, anunciadas para el aniversario de su vil asesinato en las calles de Madrid. Los actos consistirían en una misa en Santa Eufemia del Centro, formación y revista de los camaradas de la primera línea asistentes, en la calle, a la salida; desfile en formación hasta nuestro domicilio social y velada necrológica por la tarde. Así se anunció en el periódico «Galicia» ; se invitaba a simpatizantes y público en general a la asistencia a los mismos. El día de su publicación, muy de mañana, se presentó en mi despacho un agente de la Policía ; me apremió, de parte del Gobernador, a que verificase la presentación de las listas de afiliados en la Secretaría del Gobierno. Me habían aprobado los Estatutos con obligación de presentarlas ulteriormente y no había cumplido aún tal requisito legal. Como no solían exigirlas nunca a ninguna asociación, sospeché en seguida que se trataba de una añagaza. Sospeché, que creía que al disponer de los nombres y domicilios de los afiliados nos tendrían más sujetos y les sería relativamente fácil contener nuestros ímpetus o reprimirlos. Tampoco dejé de comprender que el dejarme engañar y caer voluntariamente en aquella trampa nos deparaba la tan esperada ocasión de inclinar a nuestro favor a la primera autoridad. ¿Cómo atreverse con más de quinientos falangistas, que podíamos hacerle la vida imposible y tumbarlo antes de quince días? La democracia tiene sus intrínquilis. Me dispuse a demostrar al Gobernador que su interés político estaba en no estorbar demasiado nuestra acción. Decidimos presentar las listas completas. Pedí al policía que me diese tiempo para confeccionarlas. Abandonó mi casa refunfuñando.

Llamé urgentemente a cuantos camaradas disponían de tiempo y de pluma e improvisamos una original oficina en mi despacho. Trabajaron de firme durante todo el día. Al propio tiempo reuní a los jefes en Consejo. Contra el parecer de alguno, que se empeñaba en ver no sé qué peligros en la presentación de las listas auténticas, prevaleció el criterio de que tenía más riesgos exponerse a que averiguasen que los nombres presentados eran afiliados de mentirijillas. Esto, además, nos pareció ridículo.

A las siete de la tarde volvió el agente con encargo expreso de que fuera yo en persona, acompañado del propio agente, a presencia de Su Excelencia, con listas o sin listas. Acaso des-confiase que intentaba engañarlo y que alargaba indefinidamente la confección. Por si acaso, hice pasar al policía a mi despacho para que viese al equipo de camaradas esforzándose por dar satisfacción a las exigencias del Poncio, y lo puse por testimonio de mi buena fe en el cumplimiento de sus deseos. Recogí los pliegos disponibles y salí con él. Me dejó en la antesala del despacho del Gobierno, que, por cierto, la espera fué más larga de lo que la corrección manda en casos análogos. Hice acopio de paciencia y esperé. No fué fácil. Entonces era joven y carecía de esa virtud. Tuve que recordarme varias veces que el cierre de los locales de Falange, en las poblaciones donde se había producido, había llevado al desastre y a la inoperancia a la organización. Esto me dió resignación y moderó mis impacencias.

Tampoco fué cortés al recibirme. Diríase que ponía cierto empeño en acentuar la grosería. No me invitó a sentarme ni permitió que me adentrase más allá de dos metros de la puerta. No me tendió la mano y usó un tono insolente y engolado para dirigirse a mí. Me echó una reprimenda atroz. Hablaba levantando los brazos desconsideradamente. Amenazaba con meter en la cárcel a la Redacción de «Galicia», al cura de Santa Eufemia, a mí y a todos los falangistas. Que para eso había pedido las listas, Pero que ahora se las entendería conmigo.

Aproveché la primera pausa para decir:

—A mí me tiene sin cuidado que me meta en la cárcel. Los de la Redacción de «Galicia» son mayores de edad y supongo que sabrán defenderse. Respecto al cura de Santa Eufemia, allá usted y él. Supongo que no nos faltará quien nos diga la misa. Haga usted el favor de hacerse cargo de las listas que me pidió. Ya le traeré los pliegos que faltan cuando los terminen. Y si no tiene más que decirme...

Al coger los pliegos palideció. Dió unos pasos atrás y los examinó a hurtadillas, manoseándolos. Le vi tambalearse y pronunciar palabras sin sentido, sonidos inconexos. Temí que le diese algo. Se repuso y los examinó una y otra vez apresuradamente, como si le quemasen, lanzando exclamaciones de asombro. Al fin me dirigió una mirada mezcla de desolación, arrepentimiento y súplica, que no se me olvidará jamás. Respiré tranquilo. Vi claramente que el número de afiliados lo había convencido. La fuerza era la mejor razón. Había ganado la partida.

Atropelladamente se disculpó por no haberme comprendido antes. Me ofreció su despacho, me cogió la mano con las dos suyas y salió a despedirme hasta la puerta. Y en tono de humildísima súplica me aclaró que con una rectificación del anuncio en «Galicia» se daba por satisfecho. Accedí. Me abrió la puerta y me estrechó la mano por tercera vez. Salí de allí con la convicción de haber sellado un «pacto de no agresión». Los actos pudieron celebrarse con gran concurrencia de público y rotundo éxito.

RUPTURA DE HOSTILIDADES

Al fin no aguantaron más. Nuestra flema los ponía al borde del paroxismo. Una noche, al cruzar la Plaza Mayor el camarada Adolfo Villar, le llamaron desde uno de los grupos marxistas que formaban allí la tertulia habitual de energúmenos. Al aproximarse fué agredido inopinadamente, al tiempo que le dirigían a él y a la Falange los más ofensivos insultos y las amenazas más indignantes. Intentaron lincharlo. Se escabulló como pudo y se dirigió al local a comunicar lo ocurrido. La reacción no se hizo esperar. Salió seguidamente la falange que teníamos de retén. La irrupción de las tres escuadras en la Plaza Mayor causó estupor entre la masa allí estacionada. El ímpetu de nuestros bravos muchachos sembró el pánico. Re-partieron porrazos a placer sin hallar resistencia seria. Los grupos marxistas se disolvieron huyendo a la desbandada. A los pocos minutos, nuestra primera línea era dueña de la Plaza Mayor.

En la Jefatura se compusieron algunas escuadras más, que salieron a apoyar la acción de los primeros, a quienes se unieron en la plaza. Recorrieron luego en grupos las tabernas y lugares frecuentados por los marxistas, en los que, sin previo aviso, repitieron la operación de la Plaza Mayor. Al poco tiempo, y durante el resto de la noche, no se vió ningún marxista por la calle. El éxito de la operación inicial había sido rotundo. La guerra quedaba declarada.

Una mañana, al filo de las nueve, vino a mi despacho un jefe de escuadra, el camarada José Luis Calafate, quien me trajo el parte de la noche anterior, que había sido movida. Vide, jefe de la primera centuria, no podría comparecer hasta que saliese de la oficina. Al retirarse, ya tarde, después del ser-vicio, Vide, él y Francisco Pérez, muerto gloriosamente en nuestra Cruzada como Teniente provisional de Infantería, a la altura de la calle de las Tiendas avistaron a un grupo marxista que se escurrió por detrás de la catedral. Lo persiguieron. Atravesaron la Plaza del Corregidor tras ellos, y, cuando les daban alcance en la calle de la Luna, se volvieron y dispararon a boca de jarro. No llevaban más que unas simples porras y se metieron en un portal, que resultó ser el de la casa donde se hospedaba Manzano. No hirieron a nadie. Después se fueron los propios marxistas a la Comisaría y denunciarían a los falangistas como autores del disparo. Lo que más indignaba a los nuestros era que hubiesen roto de esta forma un a modo de pacto tácito, concertado entre ambas milicias, de dirimir entre ellos sus contiendas sin acudir a la autoridad. Me lo enviaba Vicie. Deseaba que les dijese lo que procedía en derecho para salir del atolladero.

Le di instrucciones concretas para que inmediatamente se fuesen los tres a la Comisaría y denunciasen el hecho tal como fuera, callándose, claro, lo de la persecución. Que justificasen su presencia en aquellos parajes, en caso necesario, con una visita a Manzano.

Poco después me visitó Vide para decirme que estaba he-cha la denuncia, y luego el propio Manzano vino a darme cuenta de que la ventana de su cuarto, en el entresuelo de la casa, había sido horadada por un proyectil. Más tarde llamaba a mi puerta el agente de la Policía señor Carril, extrañadísimo de que se hubiesen presentado dos denuncias contradictorias sobre el mismo acontecimiento. Lo que no se explicaba fácil-mente era que los falangistas no se hubieran personado en la Comisaría por la noche, inmediatamente de la agresión, si habían sido las víctimas, como aseguraban. .

Me pareció que venía a sonsacar y me consideré en el caso de responderle que esa deducción prefería dejársela al Tribunal que hubiese de fallar el asunto. El señor Carril era bastante amigo mío. Todo lo amigo que puede ser un policía de una persona de quien espera que algún día caiga en sus manos. Le confié que existía un pacto entre las milicias de no denunciarse y dirimir entre sí las contiendas, al cual habían faltado los enemigos. También le dije que la ventana de Manzano, se hallaba atravesada por una bala ; que la buscase dentro y que lo demás corría de su cuenta. Abandonó mi despacho, dispuesto a es-clarecerlo todo.

Poco tiempo invirtió en esto. Los propios marxistas dijeron el lugar exacto que ocupaban. Lo demás fué coser y cantar. Se siguió la trayectoria de la bala, que se halló alojada junto al Crucifijo de la cabecera de la cama.

Buen trabajo el de Carril en esta ocasión. Se lució. Hizo hasta un plano del terreno con la posición de los contendientes y la trayectoria del proyectil, el cual, unido a ambas denuncias, pasó al Juez, que procesó a los marxistas. Fué un tremendo golpe para su prestigio. El día de la vista no pudieron coaccionar a la Sala ni al Fiscal, corno tenían por costumbre. Para ello solían llenar de energúmenos la primera mitad de la sala. Nos adelantamos nosotros. Se ordenó que la primera línea ocupase

EL GOBERNADOR ME LLAMA POR SEGUNDA VEZ

Antes de que finalizase febrero, fuí llamado de nuevo por el Gobernador. En la antesala, la gente se impacientaba. Entregué mi tarjeta al portero socarrón, de gafas en la punta de la nariz, que roe miró de arriba abajo, despectivo, y se coló en el despacho sin decir palabra. Al volver, sus maneras habían cambiado. Con la bandeja en una mano, hacía reverencias invitándome a pasar. Dentro, el excelentísimo señor se deshacía en sonrisas. Me esperaba en el centro del despacho con la diestra extendida, ansioso de estrechar la mía. Frente a la mesa, repantigado, un diputado radical. Me llevó a un saloncito rojo que era como la continuación del despacho, como un reservado. Allí me explicó. No quería hacerme esperar. Corno el diputado no se iba, las visitas hacían antesala ; pero yo era otra cosa.

Por confusión había dejado el cartero en el local de la Falange una esquela mortuoria dirigida al Manoliño, máximo dirigente socialista, que, como se sabe, vivía encima de nuestro piso. Al cogerla, el camarada que estaba de guardia creyó que se trataba de una broma de mal gusto del funcionario repartidor, a quién supuso socialista también; y por su cuenta y riesgo llenó la esquela de insultos procaces y de frases que ruborizarían al más cínico. Luego subió al segundo y se la echó al Manoliño por debajo de la puerta. Esto, que, bien mirado, no pasaba de una chiquillada, lo aprovechó el pontífice marxista como ocasión para rasgarse las vestiduras y presentarnos ante el Gobernador como perturbadores desvergonzados y feroces destripadores de dirigentes marxistas. El señor Ibars -así se llamaba la primera autoridad-, que era bastante impresionable y muy buena persona, aunque un tanto ingenuo y quizá aficionado a novelas policíacas, intentó hacer de

policía y descubrir por sí mismo al autor anónimo del desaguisado mediante un examen personal comparado de caracteres grafológicos.

Mandó traer a su presencia a los camaradas que habían hecho la guardia aquel día y los sometió a interrogatorio. No sacó nada. Los invitó a escribir frases que contuviesen las palabras de los insultos en cuestión y pasó todo a examen de peritos calígrafos. El dictamen de éstos resultó negativo. Ninguno de los comparecientes había escrito las frases insultantes.

Entonces me llamó a mí. Me refirió lo ocurrido y me rogó que descubriese al culpable, que lo expulsase de la Falange y que luego se lo comunicase para imponer a sus padres una sanción adecuada por la pésima educación que habían dado a su hijo. Confidencialmente se creyó en el deber de insinuarme que, a pesar del dictamen pericial, él juraría que el autor había sido el jefe de la guardia, camarada Francisco Pérez (a) El Vieja, muerto después gloriosamente, según queda referido ya. Le hice el panegírico de tan excelente camarada, que lo era, para convencerlo de que no era razonable suponerlo autor del desaguisado. Me despedí del señor Ibars pensando en el lío que armaría este buen señor si le diésemos el nombre de algún marxista más o menos conocido.

Se convocó un Consejo Provincial, incluidos algunos jefes de la primera línea, para darles cuenta de la entrevista con el Gobernador y encarecerles a todos que cuidasen mucho, como cosa primordial, del estilo en los militantes, pues aquélla constituía una falta grave de estilo. No se podía descender a tamañas groserías. La elegancia es algo que no debe faltar en ninguno de nuestros actos. Estas procacidades no deben repetirse.

-El Gobernador lo que quiere -dijo uno- es ser Jefe provincial de la Falange. Debierais cambiar los cargos. Que pase él a Jefe provincial y tú a Gobernador. Puede que no nos fuese mal.

El camarada Francisco Pérez me dió cuenta allí mismo de que el autor había sido uno de los ingresados con posterioridad a haber sido presentadas las listas en el Gobierno, y, por lo tanto, no fué de los llamados por el Gobernador para que los peritos cotejasen su letra con la de la esquila. Afirmó que era de su escuadra ; estaba confeso.

Le repetí que consideraba grave la falta, imputable también a él por no cuidar más del estilo en su escuadra; le impusimos el peor castigo, que era un mes sin acceso al local. Y que no me dijese el nombre ; no quería saberlo.

NUEVA SEDE PARA LA FALANGE DE ORENSE

Se procedió en este mes no sólo al cambio de piso, sino al de algunos mandos. Pasó a la jefatura de la Central Obrera Nacional Sindicalista el camarada Campio Vázquez, sastre. A la de Prensa y Propaganda, el camarada Eduardo Valencia. Adolfo Villar, a servicios especiales de Información. Celso Cendón, al de Colocación de parados, que entonces formaban legión y que llegó a funcionar con eficacia difícil de igualar.

Necesitábamos un piso más céntrico y más capaz. Nuestros órganos aumentaban desproporcionadamente. Las altas de afiliados seguían a un ritmo que superaba todos los cálculos. Las hostilidades con los marxistas se hacían cada vez más duras y era cada vez más difícil asegurar la invulnerabilidad de nuestro local. Una noche, de madrugada ya, cuando no había en la casa nadie más que el conserje y su familia, intentaron el asalto, Por casualidad, aquella noche se había quedado a dormir un hermano del conserje. Entre ambos y la mujer de aquél organizaron la defensa, y el asalto fracasó. Reuní de nuevo ,al Consejo. Acordamos el traslado a un lugar más céntrico. Esta vez nos resultó fácil hallarlo. No tuvimos que peregrinar por calles y plazas ni hacer recuento de escaleras. Casi como en los cuentos de hadas, no hicimos más que desearlo y apareció. Unos parientes del camarada Montero, Secretario provincial, tenían uno desalquilado en la calle de Lamas Carvajal. El propio administrador, después camarada, Camilo Hugalde, vino a ofrecerlo. Fuimos a verlo. Nos gustó. Tenía, además, la vivienda para el conserje, susceptible de aislarse del local. El precio no subía mucho. Lo concertamos en ciento veinticinco pesetas mensuales, susceptibles de un aumento de diez pesetas al transcurrir un año. Inmediatamente firmamos el contrato. No podíamos descuidarnos. Era indispensable la urgencia para colocar a los vecinos ante el hecho consumado. Entre los vecinos no faltaban los marxistas. Aun así, hubo sus más y sus menos y sus protestas, que tuvimos que acallar visitando a los que chillaban.

El contrato, que conservo, se firmó con fecha 26 de febrero de 1935. Se le agregó una cláusula por la que se le declaraba en vigor desde el de marzo. Llegado el día, se verificó el traslado en unas horas. Dos escuadras se encargaron de cometido tan delicado. Por casualidad correspondió el servicio a dos escuadras de "señoritos", y es de hacer constar el entusiasmo con que miembros de la buena sociedad orensana

cruzaban las calles más céntricas y concurridas portando sillas y mesas entre cuchufletas y rechiflas de los amigos no falangistas.

Al aumentar la consignación mensual para-casa, hízose preciso pasar el guante. Se invitó a todos al aumento voluntario de las cuotas. Respondieron admirablemente los camaradas. Se triplicaron los ingresos por cuotas mediante este arbitrio. Se organizó nuevo petitorio a las personas pudientes de la capital. Los resultados fueron, igual que otras veces, no muy satisfactorios. Nos daban, generalmente, poco dinero, aunque fueran verdaderamente pródigos en consejos y en parabienes. Todo se agradecía.

II. PREPARATIVOS PARA EL MITIN DE VILLAGARCÍA

La primera noticia me la comunicó Raimundo. Se recibió carta de Secretaría Nacional anunciándome el acto de Villagarcía. Se solicitaba informe acerca del mismo, de su conveniencia, de su oportunidad y de cuantos pormenores pudiesen tener relación con él y considerase oportuno poner en conocimiento del mando. Se me anunciaba, a la vez, que pasarían por Orense y se detendrían aquí una noche, acerca de lo cual, de su conveniencia, debía también de informarle.

Se nos daban instrucciones para que estableciésemos contacto con la J. O. N. S. de Villagarcía, al objeto de concretar pormenores respecto a nuestra colaboración, asistencia y participación en la organización y propaganda del acto. De todo lo cual habíamos de tener al tanto a la Secretaría Nacional.

Se pusieron a prueba todos los Servicios de la Falange oren-sana, que trabajaron de firme. La primera línea no tuvo un minuto de descanso. Aparte de sus cometidos genuinos, tuvo a su cargo la ejecución de servicios, órdenes y acuerdos de todos los organismos. Repartían hojas de propaganda, pintaban en las paredes consignas, frases e insignias, atendían al Servicio de Administración, formaban grupos para la recaudación de cuotas extraordinarias de los potentados de la ciudad. Cubrían los fallos y vacíos del Servicio de Información, etc. Y encima atendían a la, defensa. Celebramos reuniones y Consejos con los Jefes de J. O. N. S. Calculábamos llenar tres o cuatro autobuses. Dos empresas se disputaban el contrato de los coches, que después no pudimos pagar hasta muy entrado el Movimiento. De tal modo se complicó nuestra penuria económica. Y eso que se exigió a cuantos asistieron al mitin de Villagarcía la cantidad de diez pesetas por asiento.

Los marxistas estaban nerviosísimos por nuestro atrevimiento de hacer pasar a José Antonio por aquí. Se reunían en los lugares más absurdos para tratar de impedirlo. Sobre todo para que resaltase la clandestinidad de las reuniones y ver de atemorizarnos. De las reuniones, a falta de realidades, sacaban bulos: la huelga general ; el asesinato colectivo, con José Antonio a la cabeza; el envenenamiento de las fuentes; el día de luto en la localidad, etc. ,Poca variación tenían. Nosotros, que conocíamos lo que pasaba en las reuniones, sabíamos a qué atenernos. El Servicio de Información adquiría perfección con estas incidencias. Comenzamos por soltar nuestros bulos. Uno de los que más efecto hizo fué el de que habíamos recibido un lote de armas nuevas, incluidas pistolas ametralladoras y bombas de mano, que había regalado el Führer de Alemania a la Falange. No nos andábamos por las ramas. La guerra de bulos y contrabulos llegó a adquirir tal magnitud, que el Gobernador me envió al agente señor Carril para que me asegurase que el orden reo sería alterado y que la persona de nuestro Jefe Nacional no sería molestada, pues se trataba de un Diputado, y por ello, "fuera de la ideología que fuese -¡estos liberales!-, hacíase acreedor a sus respetos y protección". Intercambiamos las notas de información que íbamos obteniendo de nuestros respectivos servicios, y pudimos neutralizar cuanto pudiera haber de serio entre aquel cúmulo de bravatas y coacciones.

No faltó quien nos aconsejase la suspensión de los actos. Muchos lo consideraban una provocación. Recordaban lo sucedido a los tradicionalistas en el verano del 33, con motivo del mitin de Urraca Pastor: cortaron la luz, desalojaron violentamente el teatro y se hartaron de repartir estacazos. Referían también las escenas de salvajismo ocurridas en el verano anterior, con ocasión del Congreso de Acción Católica que costaron la vida a un joven orensano de familia conocidísima, asesinado a mansalva por los marxistas.

Algo llegó a preocuparnos. Un acuerdo que no parecía bulo, que fue tomado a última hora y designados los elementos para ejecutarlo. Tratábase de esperar el coche de José Antonio en una curva de la carretera y hacer una descarga sobre el conductor. Hicimos Correr el bulo de que no venía solo. Le acompañaría una centuria de expertos en repeler atentados, y motoristas rodearían el coche. Por si acaso, se ordenó que se vigilase muy especialmente a ciertos elementos marxistas y que se les invitase a no salir aquella tarden de sus respectivos domicilios. En esta medida, que cumplieron nuestras escuadras a perfección, no tuvieron nada que ver ni el Gobernador, señor Ibars, ni el agente señor Carril.

ESTANCIA Y PASO DE JOSÉ ANTONIO

No era la tarde, precisamente, de las mejores del mes de marzo. Negros nubarrones presagiaban lluvia abundante y próxima. En dos turismos de alquiler corríamos hacia Verín a todo prisa, temerosos de hacer esperar allí a José Antonio. Según nuestros cálculos, llevábamos el tiempo tasado. Habíamos salido apresuradamente a las tres dé la tarde y habíamos dejado sin ultimar algunos detalles de la excursión a

Villagarcía. Hubimos de emprender la marcha sin contratar los autobuses que habían de conducir hasta allí, al día siguiente, al sinfín de camaradas que se habían alistado.

En el coche, y sobre la marcha, celebramos un Consejo. Las mejores proposiciones las había presentado la Empresa Suárez. Nos detuvimos en Verín. Mientras unos quedaban de guardia en la carretera, nos fuimos los demás a cerrar el trato por teléfono con la empresa favorecida. Continuamos la marcha para encontrarlos fuera de Verín. Anduvimos como un cuarto de hora y o os colocamos en un alto desde el cual se divisaban muchos kilómetros de carretera. Desde allí los veríamos venir a lo lejos.

Esperamos toda la tarde. El cielo se cargaba de nubes, El ambiente se enfriaba. Descendía la temperatura de modo alarmante. Soplaban un vientecillo helado, cortante. Unos paseábamos a grandes zancadas, fingiendo que devorábamos kilómetros; otros corrían monte arriba, trepando por vericuetos, y no faltó quien se acurrucase dentro del coche soplandose las uñas. Se echó la noche encima y seguíamos a la espera.

De pronto, los faros de dos coches en la lejanía rompen la monotonía de la noche y taladran con sus dardos de luz la oscuridad espesa de aquella hora.

-Ya están ahí-exclamamos.

Todos corrimos a colocarnos junto a los coches. Di las voces de mando escuetas, precipitadas. En dos filas formaron todos, hasta los chóferes de los coches de punto. Me coloqué en el centro de la carretera para que me viesen. Hice luego señas de parar. Se pararon. Nos acercamos. El primero, un turismo, lo conducía su dueño, único ocupante, quien nos esperaba tembloroso con los brazos levantados y dispuesto a entregarnos el dinero que le pidiésemos. Nos aseguraba que no llevaba mucho encima. El segundo, un camión con materiales de construcción y una docena de obreros de las obras del ferrocarril Orense-Zamora. También nos esperaban con los brazos en alto.

Nos habíamos equivocado. Les explicamos nuestro error y pedimos mil perdones, que nos concedieron espantados. Comenzó a llover torrencialmente. Decidimos continuar carretera adelante hasta encontrarlos. Nos detuvimos a cenar en un mesón que vislumbramos al paso. Seguía lloviendo. Allí, una pareja de la Guardia Civil, cumpliendo órdenes del Gobernador señor Ibars, patrullaba la carretera protegiendo el paso de José Antonio. Me había pedido el itinerario. Nos pusimos de nuevo en marcha. Al poco rato nos tropezamos con el coche del Jefe Nacional. Parados todos en la carretera, a la luz de los faros, hicimos las presentaciones de rigor y los saludos de rúbrica. Organizamos la vuelta. La lluvia amainaba. Me acomodé en el coche de José Antonio, a su lado. Conducía él su Chevrolet, ya famoso en España. En el asiento interior, Raimundo, Mateos y Valdés. Se disculpó de la tardanza. Los camaradas de Zamora se habían empeñado en enseñarle una porción de cosas interesantes. Me había telegrafiado para evitarme la espera. El telegrama me esperaba en Orense.

José Antonio hablaba mucho, se pellizcaba las piernas para no rendirse al sueño, se golpeaba los muslos y sacaba la cabeza por la ventanilla para que le refrescase el viendo gélido de la noche de marzo. Y hablaba, hablaba continuamente, en su afán por vencer aquella obsesión del sueño, que le preocupaba evidentemente, yendo, cómo iba, al volante y a bastante velocidad.

-¿Cuánto tiempo nos quedará de camino?-preguntó.

-Algo más de dos horas- contesté.

-¡Santo Dios! ¡Qué desastre! Con el sueño que tengo.

A poco se habían dormido los del asiento trasero. La noche era oscurísima. Había cesado de llover cuando cruzamos Verín sin detenernos. De los dos coches que llevábamos, sólo uno daba señales de vida. Nos pasó entonando con el claxon canciones en boga. Di cuenta a José Antonio de cómo los amigos y seguidores de su padre me habían expresado sus deseos de saludarle y participarle que al día siguiente, aniversario de su muerte, se diría una misa por su alma. Agradeció la delicadeza. Ibamos a bastante velocidad, cuando un grupo en medio de la carretera nos pide que paremos: "ya están aquí los del atentado", pensé. José Antonio para y yo empuño la pistola. Los demás se despertaron sobresaltados. Se acerca uno y nos pide que lo llevemos hasta Orense. José Antonio se disculpó cortésmente. No cabía. El hombre, convencido, musitó una disculpa.

Seguía en el uso de la palabra, sin parar, en su afán de ahuyentar el fantasma de la fatiga y del sueño. Me contaba lo de Zamora. Se detuvieron en la capital y en Corrales. Un día bien aprovechado. Venía impresionado del acto de Corrales. Gente ruda, campesina, traje de pana y manos callosas que aplaudían a rabiar. Terreno fértil para la Falange.

-Nos escucharon con atención, nos aplaudieron con entusiasmo. ¡Cómo se animaban sus rostros, ardidos con nuestra doctrina! Diríase que nos esperaban desde varias generaciones y que llegábamos en el momento en que iba a cundir el desaliento. Quizá nos hallamos retrasado algunos siglos. ¡Qué fina espiritualidad la de los campesinos españoles!

El coche corría a buena marcha. Se había despejado el cielo, rebrillaban las estrellas. José Antonio sentíase alegre, con ese contento sencillo, hondo, que da el sentirse fecundo, en función de fertilidad. El coche corría, penetraba en la oscuridad de la noche con los haces de luz de sus faros, mientras José Antonio luchaba con su sueño pertinaz. Sobre la marcha le informaba de cuanto sabía acerca de los lugares que atravesábamos; me extendía con prodigalidad sobre aquellos en que teníamos J. O. N. S. organizadas.

En Mariñamansa nos hicieron parar unas escuadras de Falange, impacientes por el retraso. Venían a ver si nos había ocurrido alguna desgracia. El camarada Montero lo dispuso así. y venía al frente de ellas. Otra parada, presentaciones y saludos. Apresuradamente emprendimos la marcha. Pasaba de la media noche.

-Espero que me traten en Orense mejor que la última vez. Nos apedrearon y nos silbaron cuanto quisieron -me dijo José Antonio.

-Recuerdo el viaje a que te refieres. Entonces no se había proclamado la República -contesté a guisa de disculpa.

-Quizá entonces fuese errónea la elección de compañeros. Creo que voy ahora en mejores compañías.

-De todos modos, eso no disculpa la incomprensión de los orensanos. El tiempo es gran aleccionador. Probablemente, muchos de los que entonces te apedrearon y te pitaron, hoy están a tu lado.

-La Casa del Pueblo -le expliqué al pasar por delante de ella.

José Antonio la miró. Iba a decir algo, cuando el motor hizo unos ruidos extraños y se paró delante.

-¡Vaya! Parece que ha sido eficaz la maldición que probablemente nos habrán echado los socialistas desde su Casa del Pueblo -exclamó alguien.

Nos apeamos. Se examinó el coche con minuciosidad. Uno de los ocupantes, más entendido, diagnosticó que se había terminado la gasolina. Afortunadamente llegaba en aquel momento uno de los coches que nos seguía ; nos dejó unos litros. Pudimos continuar. Frente a la Alameda nos esperaba la primera línea, cubriendo la carrera en dos filas por toda la Avenida de Pontevedra hasta el local. En la bocacalle de la Plaza Mayor se aglomeraba la gente, a pesar de lo avanzado de la hora, contenida por nuestras escuadras. José Antonio, sorprendido por el espectáculo magnífico del recibimiento, me miró con extrañeza y exclamó:

-Pero ¿qué es esto?

-Son los camaradas de la primera línea que cubren la carrera en tu honor.

-¿Pero así, en la calle?... ¿Os lo permiten?...

-Comprende que no todos los días nos visita el Jefe Nacional. No hemos pedido permiso. Al parecer, ni lo han prohibido ni ha logrado nadie impedirlo.

-¿Ves? -dijo dirigiéndose a Raimundo-. Por esto me resisto a venir con más frecuencia a provincias. Son demasiadas perturbaciones las que causa mi presencia en estas organizaciones.

-Preocupaciones tuyas. Así se aprecia la pujanza de ellas y les sirve, además, de entrenamiento -contestó Raimundo.

-Este esfuerzo no tiene mayor importancia -tercié yo-. Y aunque la tuviera, bien te lo mereces. La lucha es diaria en las calles y en todas partes. Cada día es más grande el esfuerzo y tensión de ánimo. Ignoro si ha ocurrido algo hoy; pero, más o menos, será lo de todos los días. El esfuerzo de hoy ha consistido en que han salido algunas escuadras más, que se habrá traducido en una mayor presión sobre el enemigo.

Habíamos llegado. Nos apeamos. Eran las dos de la madrugada. La gente se agolpaba para conocer de cerca a José Antonio. La calle de Lamas Carvajal era un tumulto de gente que vitoreaba y aplaudía. Subimos al local social. En el portal, la primera línea impedía el acceso a personas extrañas. Por la escalera, la escuadra de servicio daba las voces anunciando al Jefe Nacional. Detrás de nosotros penetró en la casa una riada humana inundándolo todo. José Antonio recorrió la casa, mostrándose satisfecho. Nos aseguró que era de las mejores de que disfrutaba la Falange en España. También le satisfizo, y lo celebró como acierto, el haber ampliado la fotografía que nos dedicara, cuya ampliación pendía en el despacho de Jefatura. Conversó un rato con cuantos quisieron hablarle. Desfilaron ante él todos los Jefes de servicio y los de J. O. N. S. presentes. Y llegó el jefe de la primera centuria, Fernando Vide, a decir que no había habido novedad. Se lo presenté. José Antonio preguntó:

-¿Tenéis ya una centuria organizada?

-Sí. Hay aún algunas escuadras más que no completan la segunda centuria -contestó Vide-. Yo soy el Jefe de la primera.

¿Y cómo es que no ha habido novedad en un día como el de hoy?

-Es que no los hemos dejado juntarse. Los echamos de las tabernas, los acompañamos a sus casas individualmente, uno a uno, aconsejándoles que no salieran esta noche. Todos nos lo prometieron. Esta noche no circula ningún marxista conocido. Tenían sueño.

-No está mal el procedimiento -comentó riéndose-. Os advierto que, aunque falangista, yo tengo sueño también.

Se despidió de todos. Ya en la calle, la gente, al verlo dirigirse al coche, prorrumpió en vítores y aplausos. Era muy tarde. La multitud, dando vivas a José Antonio y a la Falange corría delante del coche para llegar con tiempo al hotel.

-¡Cómo está esto! -exclamó Mateos-. Es completamente nuestro.

En el Hotel Roma presenté José Antonio la escuadra que había de hacerle guardia de honor durante la noche. La rechazó. No consintió que, teniendo que ir al siguiente día a Villagarcía, se pasasen la noche en vela guardándole la puerta.

En el "hall" nos despidió a todos:

-A dormir, que mañana puede ser día de brega.

Por la mañana, a las ocho, después de haber ingerido juntos un frugal desayuno en un bar de la calle del Progreso, emprendimos la marcha hacia Villagarcía. En Pontevedra nos esperaba el Jefe provincial, camarada Kruckenberg, que me relevó allí del gratísimo servicio de acompañar a José Antonio.

LA FALANGE DE ORENSE EN VILLAGARCÍA : 17 DE MARZO DE 1935

En Villagarcía bullía la gente, enfervorizada por la presencia de José Antonio. Una multitud de camisas azules, jubilosa e inquieta, con los brazos arremangados y las armas al cinto, iba y venía por doquiera, sin dirección ni destino. Allí nos juntamos los Jefes de toda Galicia, Cedrón del Valle, Suevos, Canalejo, Buhigas, Kruckenberg y yo. Nos presentaron a Aguilar, Jefe de Bandera de la primera línea de Madrid, conocido entre nosotros por "la sombra de José Antonio", porque eran muy contadas las veces que se separaba del Jefe.

Llegó la hora del acto. Se nos ordenó que fuésemos hacia el teatro. José Antonio se quedó unos momentos solitario para prepararse y pensar un poco en lo que quería decir. No era hombre a quien gustasen las improvisaciones. Ya en el teatro, nos colocamos en los puestos previamente designados. En la calle, bullicio, sol, ambiente tibio de primavera. El pueblo nos observaba hosco, huraño, reservón. Continuamente llegaban coches de turismo y ómnibus con carga joven, alegre.

Entramos. El teatro rebosaba gentío, restallaba de colorido, de banderas, de consignas, de guirnaldas, de llores. Subimos al escenario. En él, una mesa y varias filas de sillas. Un camarada encargado del protocolo nos fué colocando según las instrucciones recibidas. A poco, nadie ocupaba el puesto que se le había asignado. Cada cual había buscado el acomodo más de su agrado. Era un buen observatorio el escenario. Camisas azules acordonaban el patio de butacas y ocupaban algunos palcos en actitud vigilante. Junto al escenario, en el lugar que suele ocupar la orquesta, dándonos la espalda, una escuadra de camisas azules, con los brazos cruzados sobre el pecho y arremangados, hacían la guardia, erguidos, firmes. El público, aburguesado y sonriente, comentaba frívolamente las incidencias y pormenores tan vistosos de aquella jornada nacionalsindicalista.

Una cosa nos preocupaba: los camaradas de Orense, salidos antes del amanecer en tres ómnibus, no habían llegado aún a Villagarcía... ¿Qué podría haberles retrasado tanto? ¿Por qué esa tardanza?

Se hizo un silencio expectante. Las conversaciones cesaron. El barullo, la algarabía de una multitud que charla, que se transmite órdenes a gritos, que se llaman unos a otros a lo lejos, cesó en el momento en que adquiría proporciones obsesionantes de griterío infernal. Alguien dijo en la puerta:

-¡¡Que viene José Antonio!!

Y se hizo un silencio sepulcral; digo mal: no era silencio de muerte, sino de vida ; un silencio vivo, enfervorizado, cálido, que estalló en aplausos y vítores, en arribas, en brazos en alto, en emoción incontenible. El levantó el brazo dos o tres veces; quiso dibujar una sonrisa, con que obsequiar a la multitud enardecida, y no pudo. ¿ La emoción? Atravesó el pasillo central, seguido de un pelotón de camaradas. Subió al escenario, invadido por una riada incontenible de camisas azules.

Ocuparon la presidencia con José Antonio, en la primera fila de sillas, Raimundo Fernández-Cuesta, Secretario general ; el Jefe provincial de Pontevedra; el local de Villagarcía ; Manuel Mateos, Jefe Nacional de Sindicatos ; Valdés, Suevos y algún otro que no conocía. Y los camaradas de Orense, sin llegar. ¿Qué les habría ocurrido? Venía con ellos la escuadra especial que había de dar escolta a José Antonio durante los actos de aquel día, cuyo honor había correspondido a la Falange de Orense.

Comenzó el mitin. El camarada Buhigas, como Jefe de la J. O. N. S. de Villagarcía, presentó a los oradores. Habló luego Manuel Valdés, entonces Jefe Nacional del S. E. U. Su discurso, enjundioso y breve, una emocionada oración dedicada a las juventudes universitarias, representadas allí por los camaradas de Santiago. A Valdés siguió Suevos, un Suevos adolescente, casi un niño, delgado, rubio, el pelo lacio y largo, como de estopa ; los ojos azules, claros, demasiado claros y salientes, saltones e inquietos. Producía extraño efecto aquel adolescente rubio hablando como un hombre elocuente, vibrante y de elevados conceptos.

Durante su intervención penetraron en el teatro, en tromba los camaradas de Orense. ¡Al fin! Se desparramaron por el patio de butacas, invadieron el pasillo central, que quedó atestado, y rellenaron cuantos huecos había entre la multitud. Algunos subieron al escenario, entre ellos el camarada Valencia, que portaba el banderín de la J. O. N. S., con su escolta, y se colocó a la derecha de la presidencia, y lo mantuvo en alto durante el resto del acto. Al fin, la escuadra de honor para la guardia personal de José Antonio pudo cumplir su cometido y ocupar el puesto que le tenían reservado detrás de nosotros.

Finalizó Suevos su perorata y salió Mateos a la palestra. El Jefe Nacional de Sindicatos era más bien bajo, moreno, joven, ojos vivarachos, siempre vigilantes y atentos a cuanto ocurriese a su alrededor, en cuya esencia penetraba en seguida; era inquieto y alegre con esa alegría locuaz y un poco infantil de los hombres sanos. Como orador, resultaba humorista, satírico, tremendamente cáustico. Temido por los enemigos, en particular por los comunistas, que se la tenían guardada, pues sabía muchas cosas de ellos. Los ponía en ridículo, excitaba la hilaridad del auditorio con su fino y singular gracejo.

Por último, José Antonio, sencillo, electrizante... Yo estaba sentado detrás de él, inmediatamente detrás, a sus espaldas condenado, por tanto, a escucharle sin verle, sin ver su gesto, que ya sabemos que es la salsa de los discursos. Veía el esfuerzo de sus hombros, de sus brazos, al hablar ; oía su respiración ; mas no lograba captar el matiz que añade el gesto. Los demás habían salido a una mesita instalada a la derecha con agua y unos vasos, como en todos los mítines ; pero José Antonio habló desde su sitio, en pie, en el centro de la fila, para martirio de los que estábamos detrás. Alto, bien formado, fuerte, varonil, prócer, con natural elegancia que atraía. Vestía abrigo gris espiguilla, que no se quitó en aquel acto, puesto encima de la camisa azul. Hacía el efecto de un hombre sorprendido durante la noche por un incendio u otra, catástrofe, que encima del pijama azul se hubiese echado el abrigo de corte impecable. Comenzó suavemente, diríase que tímidamente, como explorando el camino hasta pisar terreno firme ; pero pronto se afianza y comienza a decir cosas maravillosas, o al menos nos parecen maravillosas a todos, qué nos quedamos suspensos de su verbo, acongojadamente suspensos, con una ansiedad que no desaparece hasta que se desborda en los aplausos finales, en el griterío ensordecedor ,con que el auditorio, enardecido; acoge los últimos párrafos de su. magnífica oración. José Antonio es un orador extraño. Es modesto, es sencillo ; dice las cosas más difíciles con pasmosa facilidad, con sencilla exactitud inimitable. A José Antonio no se le puede imitar, porque sus palabras salen de sus labios vivas, y sus conceptos, también. Se las ve vivir, y al atravesar el tímpano de otro hombre, máxime si es falangista, y confundirse con el acervo común de pensamientos, se arma tal revuelo, que al momento comienzan a reproducirse y dan lugar a mil pensamientos más, totalmente nuevos, que no se le ocurrirían a uno de no haberlo escuchado.

No es posible dar literalmente el discurso del Jefe. No ha sido tomado taquigráficamente. No se conservan más que notas escritas días después, que no pueden responder más que de una autenticidad aproximada, por lo difícil que resultaba recordar y reconstruir sus piezas. Su oratoria era modelo de precisión. Sin embargo, creemos poder dar un guión de conceptos que no se desvíe gran cosa de la realidad. Quien no esté conforme, que haga las rectificaciones pertinentes, que lo mejore.

Comenzó extrañándose grandemente de la cortesía blanda del auditorio, de su apariencia burguesa y pacífica, de la sonrisa de bienestar con que era acogido cuando en el resto de España se trataba a la Falange con violencias, con gesto hosco, que consideraba más lógico, dadas las angustias de muerte que aquejaban a nuestra Patria. Este público le recordaba aquellos tiempos absurdamente pacíficos, burgueses, de los últimos años de la Monarquía, en que el malestar se hacía patente y afloraba una sonrisa de confianza. En los partes diarios del Ministro de la Gobernación se decía: "Tranquilidad absoluta en toda España". Y había habido atracos, huelgas, asesinatos... Pero si el auditorio es análogo, nosotros sí que somos diferentes. No venimos a hacer promesas que no podamos cumplir algún día, si es que queréis darnos el triunfo. Os repito aquí lo que he dicho ya en otros lugares de España: si dejamos promesa esencial incumplida, os pido que nos ahorquéis en la plaza mayor del pueblo, y yo os aseguro que la última orden que daré a mis camaradas es que nos tiren de los pies.

Un fogonazo de magnesio interrumpe el discurso. Se produce algún sobresalto y el consiguiente revuelo, porque la tensión del auditorio iba en aumento. José Antonio, indignado, dice que no hay derecho a cortar el hilo de un discurso para salir en los periódicos ; y agrega que si llega algún día a mandar, prohibirá aquella molesta aunque inveterada costumbre. El público ríe y aplaude aquel rasgo de humor. Sigue hablando de que antes se les recibía a tiros cuando iban por primera vez a un sitio, y quizá lo prefiriese : en donde se les recibía a tiros penetraba más profundamente la Falange. Habla a continuación de las rivalidades entre poblaciones y entre grupos afines, y dice que no vale la pena malgastar tiempo y energías en pequeñeces estando pendiente la gran tarea de levantar a España para la revolución Nacional Sindicalista. Nos habla después de ésta y del mal en relación con la grandeza de España y de cómo ésta necesita recuperar su importancia marinera, no para reconquistar un imperio ni conquistar nuevas tierras, sino para que la respeten como se merece y cuenten con ella en las conferencias internacionales y en los arreglos de las cuestiones del mundo. Explica cómo nuestro imperio ha de ser preferentemente espiritual, pues hoy todas las tierras del mundo tienen dueño y toda conquista sería un expolio y un robo. Pero que el terreno del espíritu no está acotado, y ahí sí que cabe llevar las conquistas al máximo y organizarse, perfeccionarse y elevarse sobre los demás e imperar sobre ellos. Que quizá la mayor parte de las catástrofes del mundo, y de Europa en particular, se hubieran evitado escuchando a España en las conferencias internacionales. Dice que al hablar de España se refiere a su sentido metafísico profundo, a la metafísica de España, a España como tarea y como misión, como unidad y como comunidad de destino en lo universal, que es como se encuentra escrito su nombre en lo alto. Y hablo de sus raíces más hondas de su alma, hoy aprisionada y deformada por la izquierda y la derecha, de su única esperanza, de su vena heroica ; hablo de la de la Falange.

La ovación fué atronadora y duró largo rato. Después dedicó algunos párrafos a Galicia y nos pidió a los falangistas gallegos que nos endureciésemos, porque se avecinaban días terribles. Terminó con los gritos de rigor, entre vítores y ovaciones atronadoras.

Salimos. Se formó en la calle una manifestación, a cuya cabeza se puso José Antonio rodeado de todos los Jefes y Jerarquías. Un señor, respetable anciano, gritó como un energúmeno:

-¡¡Viva la República!!

Cuarenta puños iban a descargar sobre su cabeza venerable, blanca, cuando José Antonio detuvo la acción de los vengadores con el gesto, y, sonriendo, dijo:

-Y a mí, ¡qué me importa! Que viva o que muera, me tiene sin cuidado.

Se encogió de hombros y continuó la marcha entre nosotros. A los pocos pasos sonaron unas bofetadas en la acera. Se oyeron vivas y muertas; imprecaciones, barullo, confusión. José Antonio se impuso de nuevo: prohibió toda iniciativa en los gritos, la cual reclamó para sí exclusivamente. Más adelante, grupos de mozalbetes se acercaron a la cabeza de la manifestación en actitud hostil, aunque cuidando de no propasarse. José Antonio se encaró con ellos:

-No nos da la gana de haceros caso -les dijo- porque hoy somos los amos aquí. Pero no abuséis, que, a lo mejor, nos enfadamos y os cascamos hasta hartarnos.

En el Hotel Casablanca nos sirvieron un banquete. Una mesa larga para la presidencia y varias perpendiculares a ella. Me pusieron al lado de Raimundo Fernández-Cuesta. A media comida vinieron a participarnos que en una taberna había estacazos entre falangistas y marxistas ; que volaban las sillas, las botellas, y alcanzaban con estrépito infernal las ventanas y las atravesaban, ya se puede suponer el lector cómo. Que el tabernero y unas mujeres chillaban estridentemente y que las mesas y el resto del ajuar, que no podía volar, andaba por los suelos muy deteriorado.

Luego se puso más seria la cosa. Nos dijeron que había un muerto de la J. O. N. S. de Vigo.

Salió Kruckenberg para tornar las disposiciones pertinentes, y José Antonio comentó que ya le extrañaba que no ocurriera algo serio en un acto de la Falange. Regresó Kruckenberg; y resultó que no había tal muerto, sino herido, y que no era de Vigo, sino de Orense.

Salimos entonces a la calle. El herido resultó ser Emilio Romero, Jefe de una falange de la primera centuria, y las heridas, de navaja barbera en la parte posterior del muslo derecho. No había interesado la femoral gracias a unos objetos que llevaba en el bolsillo de atrás. Fué atendido en una clínica e inmediatamente trasladado a Orense en un turismo.

Finalizada la comida, nos despedimos de José Antonio y de los demás camaradas para alcanzar el último autobús. Nuestro coche había salido con el herido.

En la carretera, grupos hostiles se dedicaban al bonito deporte de apedrear a los ómnibus cargados de camaradas. Pudimos observar cómo lo hicieron con los de Pontevedra y los de Vigo que iban delante, y

cómo se disponían a hacer lo propio con el nuestro. Disparamos varios tiros al aire y desaparecieron. como por arte de magia.

CUIDADOS AL HERIDO. NUEVOS MANDOS. SE PROHIBE SALUDAR

Por el camino me informaron sobre lo ocurrido. Varios camaradas, entre ellos Emilio. Romero,. que habían llevado fiambre, se reunieron en una playa a comer. Después se metieron en el primer bar que tropezaron, sin sospechar que fuera hostil a la Falange. El dueño, en modo no muy cortés, se negó a servirles. Los clientes los insultaron. Hubo golpes, rotura de sillas, botellas, vasos y todo género de desperfectos, como en las películas de vaqueros. Los nuestros llevaban la mejor parte. Hicieron huir a los rojos oponentes. Uno de ellos, de pésimos antecedentes, corpulento, que se había distinguido en los insultos y en la agresión, huyó hacia un patio interior. Emilio Romero lo persiguió, colándose tras él por la puerta que los separaba. Unos alambres que había en el suelo se le enredaron en los pies y cayó de bruces. El perseguido, que lo esperaba escondido detrás de la puerta, al verlo en esta posición, se fué a " él blandiendo una navaja barbera, le asestó unos cuantos cortes, hasta que acudió el camarada Cambeses Blanco, también de Orense, quien con un pedrusco golpeó repetidas veces la cabeza del agresor, logrando derribarlo con la ayuda de otros camaradas de El Fenol que acudieron con porras. Luego se recogió al herido, que fué trasladado a una clínica particular.

Ya en Orense, fuimos a visitarlo en cuanto llegamos. Estaba allí aún el médico que le había reconocido, camarada de segunda línea Julio García del Villar. Nos aseguró que las heridas, salvo complicación, no revestían caracteres alarmantes y curarían en poco tiempo. Se formaron turnos de camaradas para hacerle continuamente compañía. Todos los días lo visitábamos. Hubo necesidad de mediar con la empresa en donde trabajaba, pues se trataba de un obrero, para que siguiese pagándole el jornal y no lo despidiese. Se trataba de las Fundiciones Malingre. Los empresarios no pusieron obstáculos ni reparos a nuestras pretensiones. Las aceptaron sin regateos. Tardó quince días en curar y fué objeto de trato de excepción. Se acudió nuevamente al bolsillo de los protectores. Los camaradas respondieron todos con entusiasmo y largueza.

Por entonces se designó Jefe de Prensa y Propaganda al camarada Joaquín Sarmiento, estudiante de Derecho, que regresaba de la campaña de represión de los rojos asturianos como soldado del batallón expedicionario. Se fundó por entonces la Sección Femenina. Se habían afiliado, hacía tiempo, algunas mujeres. Ellas nos habían bordado el banderín de la J. O. N. S. para el acto de Villagarcía. Nombramos Jefe provincial de la misma a la camarada Vicenta Pérez.

Se creó por entonces la Sección infantil, que tan relevantes servicios ha prestado, y que, por carecer de denominación nacional la denominamos "Balillas". Designamos Jefe de los mismos al camarada Amando González, el cual me había sido enviado con un donativo por el camarada del fichero reservado, César Saco, médico, en cuya clínica servía. En la tarjeta de presentación; que conservo, me encarecía su entusiasta empeño por pertenecer a la organización. Más tarde conseguimos colocarle de botones en el Roma.

Una de las modalidades de la propaganda consistía en aprovechar los lugares concurridos, como paseos y espectáculos, para saludarnos en masa unos a otros. Se colocaban grupos nutridos de camaradas en determinados lugares y a horas previamente designadas. Acudíamos los jefes y jerarquías oportunamente, y saludaban todos. Esto, profusamente repetido, constituía una propaganda eficacísima. Parecía que todo Oren-se y sus aledaños eran nuestros. Llegó a tal demostración masiva, que se alarmaron las autoridades y tomaron medidas para cortar nuestra expansión. El propio Gobernador, esta vez sin la previa consulta conmigo, prohibió el saludo en público y nos conminó con sanciones severísimas. Y se consideró en e) caso de publicar tan terrible "ukase" en el ((Boletín Oficial)) de la provincia, el cual conservo. Nos equiparaba a los marxistas y prohibía, a la vez, el saludo marxista del puño en alto, por-que ambos podían dar lugar a alteraciones del orden. La disculpa tenía poca fuerza ; nadie saludaba en la calle con el Peño en alto desde el incidente del desfile de las fuerzas expedicionarias. Según mis informes, la causa próxima del ceño gubernamental procedía de la inspiración de los contertulios que temían a la expansión nuestra y preferían no verla. La actitud del avestruz: que esconde la cabeza bajo el ala.

INCIDENTES CON MOTIVO DE LA VENTA DE "ARRIBA"

Tratábase de la venta del primer número del periódico nacional de la Falange. ;José Antonio nos había expresado en más de una ocasión el especial interés que tenía en una pronta y eficaz aceptación del semanario por el gran público, por la masa. Decidimos que lo vendiesen y voceasen las mujeres y los chicos, la Sección Femenina y la Sección Infantil, es decir, las "fuerzas auxiliares)), que tan valiosos servicios venían prestando. La protección adecuada,, bien disimulada y oculta, correría a cargo de la primera línea. Ignorábamos la reacción de los marxistas, aunque la suponíamos violenta.

Al filo de las ocho salieron de los locales de Lamas Carvajal los grupos de vendedores en las distintas direcciones para cubrir los itinerarios previamente designados a cada uno. Los chicos portaban los ejemplares de "Arriba" ; las mujeres de la Falange cobraban y ayudaban a vender y a vocear. Las primeras sombras de aquella noche tibia y la romántica quietud de los más bellos rincones orensanos se estremecieron con los fuertes gritos de la Falange:

-¡¡"Arriba", semanario nacionalsindicalista!!...

-¡¡"Arriba", órgano de la Falange!!...

-¡¡Compren "Arriba"!!

La sorpresa fué enorme. Los vendedores armaban un vocerío atroz. Y al parecer, iban solos. Y no pasaba nada. La gente compraba interesada, y algunos se paraban a leerlo en la misma calle. Y tampoco pasaba nada. Tanto, que se agotaron aquella tarde los ejemplares enviados.

Sin embargo, como esperábamos, no tardaron en producirse los incidentes. El de más bulto ocurrió en la calle del Progreso. Había basado la pareja vendedora por la Avenida de Pontevedra para recorrer la calle del General Franco y subir por la del Cardenal Quiroga. A la altura del Seminario comenzó a seguir-la un grupo marxista que engrosaba por momentos. Al llegar a la calle de Alba, uno de los energúmenos se adelantó en actitud de adquirir un "Arriba". Estará en lo cierto quien afirme que fingía la adquisición para consumir alguna barbaridad planeada de antemano. El resto del grupo hostil se iba acercando lentamente para intervenir en el momento oportuno. Pero en este punto hizo acto de presencia una escuadra de camisas azules y desbarató sus planes. Mientras el grueso de la unidad cercaba al grupo de los bárbaros, dos se colocaron a ambos la-dos del fingido comprador, aconsejándole no muy cortésmente:

-¡Ahora lo compras, canalla! ¡Y te lo vas a leer en nuestra presencia!

Sorprendido, demudado, dirigió a sus compañeros una mirada angustiada, a modo de S. O. S. desesperado. Al advertir que estaban copados también, suspiró profundamente y optó por comprar el "Arriba", con gesto resignado.

Los del grupo se disolvieron sin resistencia ní protestas. El energúmeno comprador de "Arriba" se dirigió al Bar Roma amablemente, acompañado de la pareja de falangistas, y tuvo la gentileza de leerles todo el periódico, hasta los anuncios. Ignoro si encima abonó el gasto.

EL GOBERNADOR NOS PIDE CONDICIONES PARA LA CELEBRACIÓN DE UN MITIN SOCIALISTA

Vacante la Jefatura de la primera línea, se designó por estas fechas para cubrirla al camarada Julio Rey, profesor de una Academia de enseñanza media, que había hecho en África una buena campaña como voluntario en la Legión.

Los socialistas proyectaron presentarse en sociedad después de lo de octubre con un mitin en el teatro Principal. Lo anunciaron a bombo y platillos. Traerían oradores de Madrid, Convocaron a todos los marxistas de la provincia para que desfilaran bajo sus banderas todas las organizaciones locales, obreras y no obreras, sometidas a su disciplina y control.

Nosotros proyectábamos también estorbar su celebración. No soñábamos con impedirlo. A esto no podíamos aspirar. Sometimos la cuestión a Consejo y prevaleció la opinión de que no se intentase siquiera una actuación a fondo para impedirlo, sino solamente aprovechar la ocasión que se nos brindaba para acusar nuestra presencia y hacer una propaganda adecuada. Nos preparamos para esto. Con chapapote y pintura roja en cantidad suficiente, pintaríamos por la noche letreros alusivos en los accesos y entradas de la ciudad. Cubriríamos de consignas nuestras, y de yugos y flechas, los muros y fachadas de las calles que desde las afueras conducían al teatro Principal. Se repartirían hojas, incluso en pleno acto, tirándolas desde las localidades altas. Estarían preparadas y en pie de guerra todas las unidades de primera línea por si intentaban algo contra nosotros los marxistas.

El día anterior fuí llamado por el Gobernador, señor Ibars. Esta vez me abrió él mismo la puerta del despacho, en cuanto el portero le anunció mi presencia, y me sumió en un mar de cortesías y de amabilidades. Según me dijo, me esperaba y se había negado a recibir visitas antes de que yo acudiese, pues no quería que hiciese antesala. Desde luego, estaba solo, y el antedespacho, lleno de gente. Nos sentamos. Me ofreció un cigarrillo y me lo encendió con un encendedor que, me ponderó mucho y del que me contó la historia y vicisitudes como regalo apreciado. Habló de mil cosas baladíes antes de entrar en materia; Diríase que le costaba gran trabajo ir al grano y se hartaba de rodeos. Al fin se decidió ; me aseguró que para él el orden público era una cosa muy importante y que por nada quisiera verlo turbado en su jurisdicción. Me recordó los favores que nos había hecho y lo mucho que podríamos necesitar de él andando el tiempo, para terminar recordándome que al día siguiente se celebraría el mitin socialista anunciado, el cual había autorizado, y que necesitaba nuestra neutralidad y benevolencia. Ante mis protestas de que se trataba de fuerzas internacionales antiespañolas, inspiradas y aun regidas desde el extranjero, que en octubre se habían sublevado contra el Estado que él representaba, contra su propio concepto del orden público y de la moral, de la independencia y de la unidad de la Patria -recuérdese, si no, lo ocurrido no sólo en Asturias, sino, lo más grave, el intento de secesión de Cataluña- ; me confesó que la autorización le había sido impuesta desde Madrid, lo cual debía constituir a mis ojos una nueva razón para concederle lo que de mí solicitaba. Que comprendiese que el acto había de celebrarse, aunque fuese protegido por la fuerza pública ; pero que me llamaba para que nos-otros no hiciésemos nada contra la celebración, como favor hecho a él, al Gobernador,, o mejor, al señor Ibars, pues se consideraba con méritos suficientes para poder pedírnoslo. Que le dijese las condiciones que imponíamos para que pudiera celebrarse sin complicaciones ni disturbios.

Le respondí que, en efecto, estábamos muy agradecidos a su trato, predominantemente paternal, con que nos había distinguido y que, en honor a él, le prometía nuestra inhibición en los actos del día siguiente si éstos se reducían a la reunión anunciada en el teatro Principal, sin manifestaciones callejeras ni a la entrada ni a la salida, sin desfiles, sin banderas, sin la hoz y el martillo a todo pasto, como acostumbraban, ni puños en alto. Si suprimen-los alaridos insultantes, los vivas a Rusia, los conceptos, alusiones o expresiones ofensivas en sus discursos y carteles. En ese caso le prometía que no ocurriría nada. No podía ordenar a los camaradas que al sentirse ofendidos, ya estuviesen solos, ya en grupo, no respondiesen como solían hacerlo, y como era su deber primordial, sin pararse mucho a examinar las consecuencias ; y con cualquiera de esas cosas se nos ofende.

-Acepto las condiciones -dijo-. Vea mi plan. Voy a llamar al Manoliño y le voy a decir: "Usted me responde de lo que ocurra. He hablado ya con el señor Meleiro.y me ha puesto estas condiciones, que yo, a mi vez, le pongo a usted. Si ocurre algo, usted es el único responsable. ¡-Y lo hundo si pasa algo!"

Salió a despedirme hasta la escalera.

Encaminé mis pasos al local de Lamas Carvajal, en donde me esperaban la mayor parte de los Jefes de servicio que se habían enterado de la llamada del Gobernador. Celebramos Consejo. Les di cuenta de la conversación sostenida con el señor Ibars y las promesas que mutuamente nos habíamos hecho. Les pareció bien. Después hicimos una reducción en el programa de propaganda que teníamos preparado. Hubimos de suprimir todo aquello que pudiese significar represión de los actos contrarios, o controversia, y resaltar el tono afirmativo de nuestras consignas. Se preparó todo para que quedase terminado y a punto en las primeras horas de la noche, pues mi compromiso de inhibición se refería exclusivamente al día siguiente. Se ordenó también que se tuviese a punto todo el aparato de represión para explotar al máximo cualesquiera fallos de las promesas contrarias. Se designaron incluso los grupos de camaradas que habían de asistir al acto.

No se perdió, por el no uso, la pintura ni el chapapote. Ni la primera línea estuvo inactiva durante la noche. Hubo necesidad de ahuyentar a los grupos marxistas que vigilaban las entradas de la ciudad para que pudiesen los nuestros pintar las paredes. La vigilancia de los guardias en las calles de la ciudad dejó alguno de los letreros sin terminar. Pero donde nuestros grupos superaron, a fuerza de ingenio, no pequeñas dificultades, fué en los parajes constantemente vigilados. En la Plaza Mayor se pintó un ¡¡Arriba España!! de grandes dimensiones, en las mismas narices de los guardias. Tanto, que los marxistas hicieron averiguaciones para saber quiénes habían hecho la guardia de la Plaza durante aquella noche, para pedir su destitución por complicidad con los falangistas. No concebían que se pudiese pintar el letrero sin la complicidad de los guardias. Y no había nada de eso. Cada uno de nuestros camaradas pintaba una letra. habíanse entrenado previamente para verificarlo con rapidez. Los guardias paseaban en parejas, distraídos. Mientras en los contornos no ocurriese algo extraño no tenían por qué alarmarse ni alarmar a nadie. En una de las vueltas, mientras iban de espaldas, nuestros camaradas pasaban en fila india, cada uno con su brocha mojada, y sin detenerse apenas, pintaban la letra que correspondía a cada uno en el lugar adecuado. Cuando se daban cuenta los guardias, si se la daban, que muchos había que ni se fijaban, ya se había secado! el chapapote y no se borraba fácilmente. Así se escribió ¡¡Arriba España!! en la pared del espolón.

El Gobernador cumplió su palabra. Nosotros, también. El mitin se celebró sin manifestación, ni banderas, ni puños en alto. No hubo gritos ni algaradas. Los asistentes, que fueron muy pocos por temor a nosotros, dicho sea de paso, llegaron al teatro individualmente ó en grupos pequeñísimos. Y leyeron nuestras frases, consignas y saludos con resignación. Quizá temiesen algo más y no lo consideraron excesivo si paraba ahí.

Los camaradas que lo presenciaron en acto de servicio nos informaron que había asistido muy poca gente. Los oradores se limitaron a decir vaguedades. Ni una alusión a nosotros. Los de fuera, vacilantes. Los de Orense se limitaron a criticar la Administración Municipal durante el período cedo-radical.

INCIDENTES

El Servicio de Información e Investigación sufrió vicisitudes sin cuento. No había manera de encajarlo. Por la enorme importancia de este servicio y por la influencia que su buena marcha podía ejercer en la vida misma de la organización, procuramos, desde un principio, que las vicisitudes de la Jefatura del mismo no afectasen a la función. Para ello se ejerció en todo momento, desde la Jefatura Provincial de la Falange, una supervisión y control rigurosos del Servicio. Podría decirse que el jefe provincial era el Jefe directo de Investigación e Información. Este servicio se pasaba largas temporadas sin titular.

Una tarde quisieron los marxistas probar a ver si sorprendían sin protección adecuada a los chicos de la Sección Infantil que voceaban y vendían "Arriba". Los atacaron frente a Santa Eufemia. Iban bien protegidos. Se destacaron el "Feixe", fallecido ya ; Aranda, también fallecido, y Julio Domínguez, quienes repelieron la agresión rotunda y eficazmente. Los detuvieron. Vinieron a darnos cuenta del hecho a la Jefatura tres de los chicos, al mando del camarada Eladito Ramos, hoy Oficial de Aviación. Entre ellos, José Luis Taboada, hoy gobernador de Salamanca. Al parte que nos dieron acompañaban una pistola, dos llaves inglesas y tres porras. Se las habían sacado a los detenidos de los bolsillos. Era uno de sus cometidos. Al darse cuenta de que los llevaban a la Comisaría, se ponían a jugar al escondite y a correr por entre los guardias y los detenidos. Tropezaban con ellos, se abrazaban a sus piernas, corrían y se volvían a abrazar. Así cuantas veces fuese necesario pan desvalijarlos de los objetos que pudieran hacerlos delincuentes.

Nos personamos en la Comisaría para evitar que durmiesen en los calabozos aquella noche. Logramos su libertad. El "Feixe" estaba inconsolable porque creía que había perdido un revólver y una porra, y los otros tampoco daban razón de sus llaves inglesas y de sus porras. Les aseguré que se las habían sacado los chicos y que las tenían en Jefatura. Respiraron tranquilos.

DESPEDIDA DE FELIPE BÁRCENA, Y GUERRA

Habían trasladado al camarada Felipe Bárcena de Castro a la Sucursal del Banco de España en Vigo. Se iba precisamente el 14 de abril. Para despedirle organizamos una cena en el restaurante Fornos la noche del 13 de abril. Nos congregamos en torno a la mesa veintitantos camaradas, y, para que no se dudase del carácter del homenaje, ocupaba la presidencia el Jefe provincial de Falange. A mi derecha, el homenajeado. A mi izquierda, el Secretario provincial, camarada Montero. A un lado y al otro, los camaradas Emilio González Núñez, Francisco Rodríguez, Joaquín Estévez, Ricardo Martín (a) Kaíto, José Luis Calafate, César Calafate, Fernando Vide, Nicolás Barja, Eustaquio Carbajo, Celso Cendón, Rafael Valcárcel, José Rodríguez Feijoo (a) "el Feixe", Adolfo Villar, Angel Barrio, Ricardo Valencia, Emilio Amor y Manuel Conde. Todos con cargos en Falange de..Orense. Eduardo Valencia vino a los postres. Un poco más tarde se nos unió Inocencio Castelao. Creo recordar que éramos algunos más, pero no conservo notas que así lo atestigüen. Lo lamento. Pido que me disculpen aquellos que se consideren excluidos.

El buen humor fué la nota dominante durante la cena. Nos habían servido el café cuando llegaron unos tradicionalistas solicitando nuestra ayuda. Habían proyectado colocar la bandera bicolor en lo alto de la torre del Instituto. Enterados los marxistas, se habían apostado en Posío, tras las tapias del jardín, para disparar sobre los que lo intentasen. Téngase en cuenta que al día siguiente, 14 de abril, se celebraba el aniversario de la proclamación de la República, y si unos querían que ondease en lo alto de la torre la bandera bicolor, otros estaban muy interesados en impedirlo. La embajada tradicionalista venía a pedirnos que enviásemos unas escuadras en misión de limpieza a los jardines de Posío para que pudiesen colocar la bandera. Se aceptó lo de la ayuda, pero no lo de enviar unas escuadras. No podíamos mandar a nadie- a que se jugase

la vida por unos postulados que no eran los genuinos de la Falange. Sin embargo, no se lo impediríamos al que voluntariamente quisiera hacerlo. Y como no había tiempo para otra cosa, propuse que fuésemos de los allí presentes los que libre y voluntariamente quisieran prestar ese servicio a las fuerzas de la Tradición. Todos aceptaron. Se envió al conserje a buscar el arsenal de la Falange y salimos a la calle. Un grupo al mando de Vide, jefe de centuria, basó hacia Posío por la calle del Progreso. Los demás cruzamos la Plaza Mayor y tomamos la calle de Colón. Aquí destaqué otro grupo, que a las órdenes de Barja, cubriese el flanco izquierdo por las calles de Hernán Cortés y Reina Vitoria, Nosotros seguiríamos por Colón y atacaríamos por el centro, calle del Padre Feijoo adelante. Al desembocar en ésta, frente a la Trinidad, oímos los primeros disparos. Había establecido contacto el grupo de Vide. Apresuramos el paso. Se generalizaba el tiroteo, que presionaba en la noche con siniestros ecos. Se oyeron pasos, como de gente que corría por las callejuelas, adyacentes. Sospeché una, emboscada y un intento de envolvimiento. Fraccioné el grupo en patrullas de tres para realizar sobre la marcha un reconocimiento rápido de aquellos lugares con la consigna de volver en seguida al punto de partida, si no se hallaba enemigo, y verifiqué por mí mismo, con Bárcena y Villar, el reconocimiento de las callejas de la derecha. Seguía el tiroteo intermitente, cada vez más cercano, y se percibía el correr de algunos por las inmediaciones. Nosotros no hallamos a nadie y nos volvimos. Nos esperaba el grupo de Montero, que tampoco se tropezaron al enemigo. Los además, igual. A excepción de Emilio Núñez y Joaquín Estévez, sobre quienes dispararon parapetados desde un portal. Cesaba ya el tiroteo. Sacamos la conclusión de que los pasos eran de los que huían.

Nos disponíamos a continuar hasta Posío, cuando sonaron de nuevo disparos hacia la calle de la Libertad. Nos precipitamos hacia ella. Otra vez los pasos apresurados resonaron en el silencio de la noche. Sombras chinescas cruzaban en dirección de Hernán Cortés. Por la del Dos de Mayo nos precipitamos a cortarles en San Cosme. Nuevo tiroteo cercano. El grupo de Barja se los había tropezado. Poco después los hacíamos huir definitivamente hacia el campo, por; la plaza de San Cosme y San Damián. Se nos unió el grupo de Barja. No quedaba ningún enemigo por los alrededores. Ignoro si los marxistas tuvieron alguna bala. Nosotros, ninguna. Nos encaminamos al jardín de Posío, en donde nos esperaría Vide con los suyos. Se habían apostado para no dejarse sorprender por los marxistas si reaccionaban. A poco nos cuesta un disgusto serio. La noche era oscura. El alumbrado, insuficiente por aquellos parajes. Nos confundieron con los marxistas y se disponían a disparar cuando a uno de nosotros se le ocurrió gritar anunciándonos. Después de juntarnos, nos dispersamos rápidamente, antes de que la natural inquietud producida por el tiroteo atrajese a la Policía. En pequeños grupos regresamos al centro por distintos caminos. Afortunadamente, comenzó a llover con fuerza. Bárcena y yo nos metimos en el Liceo. Allí, Felipe me regaló su pistola. Me dijo al entregármela :

-Te la regalo. Por lo que he visto esta noche, creo que la vas a necesitar antes que yo. Es de poco calibre, pero es más eficaz que andar sin ella:

Anoto catas palabras de Felipe porque resultaron proféticas.

14 DE ABRIL DE 1935. CONTINÚA LA GUERRA

En la tarde del 14 de abril de 1935 hube de improvisar el puesto de mando. en el Liceo Recreo. La Sociedad estaba en fiestas oficiales por el aniversario de la República y se bailaba en sus salones por todo lo alto. Obligado era que yo estuviese allí con la novia. Bien mediada la tarde, comenzaron a llegar enlaces con noticias poco gratas: había salido una manifestación de gamberros republicano-marxistas, con la bandera republicana al frente y la roja un poco atrás. Las pancartas, también mitad y mitad. Se les veía el juego. Sabían que nuestra táctica era de respetó para la República, y más en su aniversario, y jugaban a ampararse en sus símbolos. El señor Iban estaba de vacaciones, y hacía de Gobernador el Presidente de la Audiencia. El Jefe de la primera línea envió enlaces. Preguntaba qué se hacía ante tal eventualidad imprevista. Habíamos movilizado la primera centuria, que en orden de combate mantenía nuestras consignas a toda costa. A las preguntas del Jefe de la primera línea se contestó con la siguiente consigna: "Respetar lo que fuere exclusivamente republicano, y oponerse, atacando hasta el aplastamiento, a cuanto huele a marxista. Si se presentan mezclados y confundidos, leña a los dos. No tenemos por qué distinguir lo que ellos confunden. Que paguen los republicanos el pecado nefando de su contubernio con el diablo".

No tardaron en volver los enlaces con la noticia de que había sido disuelta la manifestación con porras y llaves inglesas y que se habían cogido como trofeos al enemigo las banderas, pancartas y algunas estacas. Varios de los nuestros fueron llevados a la Comisaría ; pero no estarían mucho tiempo allí, porque los "flechas" les habían sacado de los bolsillos cuanto pudiera comprometerlos. Cumplían a las mil maravillas su cometido de "fuerzas auxiliares".

Se rehizo de nuevo la manifestación, y otra vez fué disuelta, Lo que más indignó a los tragacuras aquel día, según supe después, fué que el paseo continuase con normalidad tras los estacazos. La gente no les temía ; ya no huía ante su presencia estentórea, como antaño ; se replegaba simplemente sobre las aceras, para continuar paseando una vez concluida la refriega.

Como recurso extremo acudieron a la manifestación musical, con la esperanza, quizá, de que la música amansase a las, para ellos, fieras. Pidieron a la Banda que interpretase el himno de Riego y la Internacional. La rodearon de una muralla humana defensiva. Y los nuestros los rodearon a ellos. Al sonar los primeros acordes de la Internacional, lentos, pausados; los camaradas de la Falange arremetieron con redoblada bravura y dieron con los marxistas, los músicos, los atriles, las partituras, los instrumentos y las notas, en revoltijo informe y embarullo, en el suelo ; acabando, de una vez por entonces, con la música, los festejos y los intentos gamberristas.

Serían las diez de la noche aproximadamente cuando me presenté en el teatro de operaciones, camino de casa. Vivía ya entonces en el mismo paseo. Me esperaba un nutrido grupo de camaradas en la esquina de la calle de Eugenio Montes para aconsejarme que retrasase la entrada en mi casa, pues me esperaban a la puerta misma de ella unos setenta u ochenta bárbaros en disposición de asesinarme. Me preparaban la muerte "por aclamación popular", procedimiento que habían inaugurado cota éxito hacía poco, en una provincia del Cantábrico, sobre la persona del Jefe provincial de la Falange. Estas novedades me dieron los camaradas. Les agradecí su interés, pero no accedí a su consejo de retrasar la entrada en casa. Poco reflexioné sobre el partido que convenía tomar. Dispuse que se diese la batalla. Se me venía a las manos, rodada y graciosamente, la ocasión de abatir definitivamente la altivez marxista en Orense, y no era cosa de desperdiciarla.

Ordené que se retirasen los que no tuviesen armas de fuego e invité a los demás a seguirme. Quedamos siete, y uno de las "fuerzas auxiliares infantiles", el "flecha" Prego, que nos siguió a distancia para evitar que yo lo mandase a casa. De todos modos, me parecieron excesivas las armas: no había más que cuatro en la Falange. Pregunté, como era natural, por el exceso, y se me contestó que algunos que llevaban sólo porras no habían querido retirarse por si no había más que estacazos. Ya se las arreglarían ellos ultima hora, Acepté. Realizamos este servicio Vide, Sarmiento, los dos Calafate, "el Feixe" y Romero. Al acercarnos se hizo un silencio palpitante, que rebosaba incertidumbre y amenazas. La multitud llenaba la calle en un buen trozo. Nos dejaron paso replegándose sobre ambas aceras. Quizá los sorprendimos. Pero a la vuelta nos recibieron con gritos hostiles, que contestamos adecuadamente. Entonces sonaron disparos, que también fueron contestados, y se generalizó el tiroteo a discreción. Nosotros, desplegados y a pie firme hasta que desaparecieron todos de nuestra vista. Ellos, como el humo que una ráfaga esparce, precipitadamente, derribaron mesas y sillas, saltaron por encima de ellas, las pisotearon y se-tiraban de cabeza por las ventanas del Café España cuando la aglomeración de la multitud marxista, presa del pánico, les impedía pasar por las puertas. Se apagaron las luces del café y desde el interior nos disparaban, parapetados y amparados por la oscuridad.

-Resonaban aún disparos sueltos, secos, restallantes, y se veían, cual dramáticos fuegos fatuos, los fognazos en las tinieblas de los portales y del café, cuando ordené la retirada: por el parque de San Lázaro, unos ; por la esquina del Banco, los demás.

Nuestra actuación mereció unánime y encendido elogio hasta de la prensa neutral. "La Región", que se titulaba entonces "diario independiente", nos dedicó todo un editorial elogioso, del que copio lo siguiente: "... Y sólo ocho o diez fascistas -así nos llamaba- hicieron frente en la noche del domingo a más de cincuenta de los otros, a pecho descubierto los fascistas, inmóviles, impávidos, frente a ellos y a la descubierta, y los socialistas y demás, parapetados tras los veladores de mármol y las paredes de un café".

FINAL DE LOS SUCESOS DEL 14 DE ABRIL DE 1935

Me había retrasado algo en la retirada para que ésta fuese ordenada y para proveer en cualesquiera contingencias imprevistas. Delante de mí, los camaradas que se retiraban hacia la esquina del Banco se encontraron por sorpresa con los guardias de Asalto, que, pistola en mano, intentaban cachearlos sin darles tiempo a reaccionar y que pudieran ocultar las armas, humeantes aún. Los consideré perdidos si no obraba con celeridad. Tiré mi pistola debajo de un carrito de helados, cuyo dueño salió corriendo como alma que lleva el diablo, y de un salto me planté ante los guardias ; di un empujón al camarada Calafate, a quien se disponían a cachear, y, levantando los brazos y la voz, les grité :

-¡Cachéenme en seguida a mí y vayan allí, al Café España ! ¡ Desde allí nos dispararon a nosotros ! ¡ Cachéennos en seguida y no pierdan tiempo! ¡ Vayan antes de que se escapen!

La estratagema dió resultado: me cacheó muy a la ligera y se fué con los demás guardias, que corrían ya hacia el Café España, donde se producía en aquel momento un tumulto atroz. Las mujeres lloraban a gritos, chillaban tremendamente. Los hombres discutían levantando la voz y los brazos. Nadie se entendía en medio de aquella confusión. Pensé entonces en mi madre, en que probablemente se percataría de que todo aquello iba por mí, y me sentí imperiosamente impulsado a presentarme ante ella para que pudiera verme indemne e intacto. Además, sangraba abundantemente por el dedo anular de la mano izquierda. Me había producido una herida levisima en la refriega, que deseaba lavar, encaminar y vendar ; cuando menos, contener la hemorragia.

Decidí ganar la puerta de mi casa. Creí pasar, inadvertido y poder colarme en ella gracias al revuelo que se había armado, pero no me fué posible. Alguien me reconoció y gritó:

-¡A ése, a ése! Ese tuvo la culpa. ¡A él todos!... ¡¡Matadlo!!

Y se vinieron todos a mí en tromba, bramando improperios y blandiendo bastones y estacas. Me vi mal, francamente mal. Pedí a Dios me perdonase mis muchas faltas y me conservase la serenidad hasta el último instante. Salí al encuentro de aquella multitud, enfurecida por su propio engaño y derribé al más cercano con tanta suerte, que su caída hizo que tropezasen en él los que le seguían y cayesen al suelo en revoltijo informe de cuerpos humanos. Esto los contuvo unos instantes, que aproveché para acercarme a un guardia indeciso y vacilante. El golpe había sido de mucho efecto. La masa aullaba profiriendo insultos, pero sin agredirme. Me pegué al guardia y le grité :

-¡Guardia! Si usted no me defiende, ¡ déjeme las armas para que me defienda yo!

Intenté cogerle el sable, pero no me lo dejó.

-El sable, no-murmuró-. No sea tonto. El sable, déjemelo a mí. Si se ve apurado, cójame la pistola. Nos defenderemos los dos.

Acompañó la acción a la palabra: desabrochó la funda de la pistola. Luego desenvainó el sable y amenazó a los energúmenos trazando arabescos en el aire. Retrocedieron. Seguían gritando a prudencial distancia:

-¡Cachéelo, guardia!... ¡Lleva armas!...¡Deténgalo!... ¡Ha disparado!... ¡ Cachéelo !...

- ¡ No faltaría más! -me decía por lo bajo-. No se aparte de mí. Váyanse

Con el sable desenvainado, los echaba hacia la acera de la Bilbaína, mientras me aconsejaba en voz baja:

-Mire a ver si puede meterse en alguno de esos portales.

Intenté meterme en el Café Bilbaína, pero no pude. Cuando estaba a punto de lograrlo, echaron los cierres metálicos. En este momento oí a mis espaldas una voz amiga que me decía:

-¡A tus órdenes! Esto se pone feo. Ten cuidado. Yo te guardaré las espaldas.

Era el camarada Adolfo Villar. No tardó en acudir otro amigo, Arcas, obrero tradicionalista. Llegó también el Teniente de Seguridad y Asalto con algunos guardias. A la vista de estas fuerzas aumentó la indignación de la masa y la intensidad de los gritos e imprecaciones. Insistían apremiantemente en que se me cachease y se me detuviese. El Teniente vacilaba, se resistía porque suponía que llevaba armas: Me acerqué a él y se lo rogué en voz alta para que lo oyese todos:

-¡Cachéeme, Teniente; se lo ruego! Tengo prisa por llegar a casa.

En voz baja añadí:

-Puede hacerlo sin cuidado. No tengo nada. Ya lo solté. El Teniente me cacheó con parsimonia, mientras me decía con voz casi imperceptible:,

-Enhorabuena. Muy bien. Han estado magníficos. ¡No tiene nada, señores! -añadió hacia los energúmenos-. ¡ No se le puede detener ! Puede irse cuando quiera, caballero, Y ustedes hagan el favor de circular, si no, me veré obligado a dar una carga.

Habían llegado más camaradas. Rodeado de ellos y auxiliado de un guardia, pedimos paso. Y la multitud de bárbaros se partió en dos, haciéndonos camino hasta mi casa.

Durante la noche patrulló por las calles de la ciudad sobrecogida la Guardia Civil a caballo, en alarde externo de fuerza republicana, cuando todo había pasado. Y Orense durmió tranquilo una noche más, corno si en ello residiese lo trascendente. Para el liberalismo y sus gobiernos democráticos, lu esencial es el orden público. Pero la procesión andaba por dentro.

COLETAZOS

Al día siguiente publicaba "La Región" el editorial aludido ya. Nos elogiaba grandemente. Unos vecinos de la Avenida de Buenos Aires se hicieron con las armas que nosotros tiráramos -ignoramos el procedimiento-y nos las limpiaron y engrasaron. Nos fueron devueltas a los pocos días en un paquete que misteriosamente nos entregó un desconocido en la calle.

También al día siguiente me buscó el agente señor Carril para aconsejarme cautela. Había tenido confidencias de que intentarían provocarme de nuevo. Me dijo que pidiese la licencia de uso de armas. Me garantizó su inmediata concesión. Y por último me aseguró que podía usar armas aun sin licencia. Había cambiado impresiones con sus compañeros y estaban concertados para no encontrarme ninguna en los registros que me hiciesen. Todos ellos me conocían ; pero si me cacheaba algún desconocido no tenía más que decir mi nombre, que al momento me sería devuelta. En caso extremo se resolverían las cosas en la Comisaría.

Dos días después, frente a los jardinillos del Padre Feijoo, intentaron apalear a un camarada que pillaron descuidado, Lo hubiera pasado mal sin la espontánea ayuda de algunos transeúntes que reaccionaron virilmente.

Para protestar de los sucesos del 14 de abril y ver de recuperar algo del prestigio perdido, intentaron organizar una magna concentración marxista provincial en las afueras de Orense. Pretendían el desfile de algunos miles de afiliados por las calles. Me crucé con ellos cuando regresaba del Liceo. Pasaron por delante de casa. Caminaban con aire de perdonavidas. Diríase que trataban de convencernos de que todavía eran los amos. Pero la gente no se lo creía. Se sonreían al verlos pasar y les decían cuchufletas. De pronto, unas mujeres que iban tranquilas por el centro de la calle, o en dirección contraria, se volvieron airadas y prorrumpieron en los más soeces insultos contra los manifestantes. Ellos continuaron su camino e hicieron caso omiso, olímpicamente, de tan furiosos improprios.

DILIGENCIAS SUMARIALES

Fuí llamado a declarar en el sumario que se incoó en los días sucesivos. Prometía ser movido, a juzgar por el apasionado interés que ponían los marxistas en acumular pruebas .en contra nuestra. Acariciaban la ambiciosa pretensión de que se convirtiese en el proceso de repulsa de la Falange. Nuestro servicio de Información conocía los proyectos del enemigo. Por de pronto, todas sus baterías apuntaban contra mí. Pretendían anularme influyendo adecuadamente en el ánimo conjunto del Juez y del Fiscal, cuya intervención provocaron por desconfianza hacia el primero, que había presenciado los hechos y había mandado detener a los provocadores marxistas. Si fuera preciso, declararían en el sumario cientos de testigos falsos. Agotarían cuantos medios estuvieran a su alcance, que entonces eran muchos, incluidos el traslado de funcionarios de la Justicia provincial, las coacciones., los atentados, la huelga general, para conseguir mi procesamiento y la condena y repulsa pública de la Falange. Muy fuertes se debían de encontrar, a juzgar por las bravatas. Claro que del dicho al hecho...

El antedespacho del Juez hallábase atestado de energúmenos. Entregué mi tarjeta al alguacil ; me hice anunciar. Dada mi condición de Abogado en ejercicio se me hizo pasar seguidamente, no sin la protesta consiguiente de los postergados. Entré. Declaraba un jefecillo socialista, que se debatía en sinuosidades ensayadas, ante la estupefacción del Juez, señor Estampa, y del Abogado Fiscal, señor Alonso. El Ministerio público, que, por presiones marxistas, se personó en el sumario, había otorgado la representación para intervenir en las diligencias al entonces Abogado Fiscal de Orense, y hoy en el Supremo, don Angel Alonso. Declaro, desde luego, que me fueron dispensadas espontáneamente cuantas consideraciones eran debidas a mi consideración de Letrado.

El Juez había presenciado los hechos desde un portal, a nuestras espaldas. Por suerte para nosotros, había alcanzado tan sólo una visión parcial de los sucesos, que nos favorecía grandemente. Desde donde estaba, solamente divisaba el campo marxista, la actuación del enemigo de frente y a placer. Pasaba del cine hacia su casa cuando se encontró en medio del revuelo. Presenció las provocaciones, los gritos, oyó los primeros disparos y se refugió en un portal frente al Café España. Vió desde allí cómo los marxistas disparaban parapetados tras los veladores, ocultos en el café y en los portales adyacentes. A nosotros no

nos vió. Se lo impedía la limitación del mismo portal en que estaba y se supuso que nosotros habríamos puesto pies en polvorosa en cuanto hubiéramos podido. Lo confirmaba el hecho de que junto a él se había refugiado desde los primeros instantes el camarada Emilio Romero, a quien había visto conmigo momentos antes del jaleo. Nuestra actuación había pasado inadvertida para él. Todo esto se lo explicaba al Fiscal acaloradamente, en apoyo de la versión que daba yo en ¡mi declaración. No me era desconocida la versión del señor. Estampa ni su actuación. Examinara ya al camarada Romero.

-Lo he visto yo -le decía al Fiscal-. Y, al final, yo mismo detuve al culpable y lo entregué a los guardias.

-Pero del otro lado se disparó también -contestaba el Fiscal, dubitativo-. ¿Quién produjo, si no, los impactos que se apreciaron en la fachada del café?

Primeramente dirigían sus acusaciones contra mi persona exclusivamente. Y aunque algunos aseguraban que no iba solo, ignoraban todos la identidad de mis compañeros delincuentes. Pero las apariencias se habían empeñado en favorecerme. Eran innumerables los testigos que tenían como exacta la versión del Juez por haber concurrido en ellos análogas circunstancias. Se me ofrecieron muchos. Seleccioné los principales de entre los que no fuesen afiliados a Falange. Los camaradas que fueron testigos habían recibido sus consignas. Se ordenó la búsqueda, por el Servicio de Información, del guardia que me había cacheado en la esquina del Banco inmediatamente después de los sucesos!; y se pidió su testimonio. También se pidió que depusiese el Teniente de Seguridad y Asalto. Todas estas pruebas y testimonios no sólo reforzaban la tesis del Juez, señor Estampa, sino que llevaban a la conclusión de que no era lógicamente posible que yo hubiera disparado ni cometido el delito de tenencia ilícita de armas que se intentaba imputar me. Reforzaba esto el hecho de haberseme concedido la licencia de uso de armas en los días siguientes al 14. Claro que la apreciación del Fiscal acerca de los impactos en la fachada del café restaba evidencia a la tesis: la hacía menos rotunda. Pero como existían indicios de que aquella noche no iba solo, bien neutralizado podía quedar el reparo atribuyendo los disparos y la tenencia a cualquiera de mis innominados compañeros. Lo que quedaba perfectamente inconcuso era que yo no podía haber sido el autor de los disparos. Y, sin embargo, los marxistas me acusaban a mí solo.

Después de muchos días de diligencias, pruebas y discusiones, triunfó, al fin, el criterio del Juez, y, convencidos ambos, sobreyeron el procedimiento ; pero el Fiscal jefe, enorme-mente presionado por los marxistas, devolvió el sumario, revocó el auto de conclusión y pidió una diligencia de reconocimiento en rueda por los testigos que se declararon presencia-les. Y es que los marxistas se dieron cuenta de que mi coartada era perfecta e implicaron en el hecho a voleo, a última llora, a cinco camaradas más, que habían de ser reconocidos en rueda de presos para que hubiese verdadero culpable y no pudiese atribuirse a una nebulosa anónima, flotando en el espacio de las burlas, la carga de nuestra responsabilidad. Porque la de ellos estaba claramente atribuida al dirigente que el propio señor Estampa había mandado detener "in fraganti".

Se dió en este sumario el caso curioso de que lo que declararon los testigos falsos era la realidad, mientras que los testimonios veraces no daban la versión exacta. Los marxistas se vieron obligados a echar mano de falsarios para testimoniar la verdad, y no fueron creídos. En cambio, nuestra tesis, no real, estaba sostenida por testimonios veraces.

REGISTRO EN EL LOCAL. BOICOT A UNA CHURRERÍA Y OTRAS INCIDENCIAS

Una tarde, al filo de las ocho, fuí requerido para que me presentase en el local urgentemente. La Policía me esperaba. Era el agente señor Carril, con mandamiento judicial, dispuesto a practicar un registro. Había preparado dos testigos marxistas. La precaución no dejaba de tener su gracia: antes nos había mandado aviso de que se le ordenaba practicarlo. Maquiavélico, ¿verdad? Ya habían llegado a nosotros, por otros conductos, las noticias, y todo se había puesto a buen recaudo, o, por lo menos, así se había ordenado. Sin embargo, hubo una sorpresa: el registro fué minucioso..Se llegó hasta el final sin el menor hallazgo de materia delictiva, ante el asombro de los testigos marxistas. Mejor dicho: se llegó hasta casi el final del mismo sin hallar nada. Los marxistas jurarían que aquello era cosa de brujas. Quedó para última hora un cuartucho interior que daba al salón grande, en que se guardaban las cosas del S. E. U. y de Prensa y Propaganda. El Jefe de este servicio, camarada Sarmiento, tenía la llave y tardaba en llegar. Lo esperamos. Mientras, Carril fué cacheando a los presentes. Tampoco halló nada que pudiera comprometer a nadie. Alguien me dijo entonces que aquel cuartucho no había sido revisado. Iba a inventar algo para alejar a los energúmenos, cuando se presentó el que traía la llave exhibiéndola con gesto triunfal. El propio Carril se hizo cargo de ella y abrió. Al empujar la puerta se oye un ruido fuerte, como de objeto metálico, que cae. Un ruido

tan sospechoso, que Carril me miró desconcertado. Uno de los marxistas se precipitó en el interior. Tras él, uno de los nuestros ; pero no pudieron evitar que recogiesen del suelo una porra de gran tamaño confeccionada con alambre retorcido. .

Se levantó acta; los marxistas se fueron muy satisfechos del hallazgo. Pocos . días más tarde se nos impuso una multa de doscientas cincuenta pesetas. En pocos días se reunieron en aportaciones voluntarias, pero acordamos no pagarla. Se ofrecieron varios camaradas insolventes para cargar con la responsabilidad de declararse dueños del artefacto contundente, vulgo parra, y pasarse en la cárcel los días que se le impusiesen. Elegimos entre ellos el más necesitado, el camarada Teodoro Cambeses Blanco, que trabajaba unas pocas horas tan sólo a la semana en una panadería para ganar un par de pesetas cuando más. En la cárcel tendría rancho seguro mientras durase el encierro y un duro diario que le entregaría al salir el Servicio pro Presos o Socorro Azul, que era la cuota que correspondía a todo camarada preso, según acuerdo concertado. Y salimos ganando el resto. Cuando se enteró de que le habíamos elegido para ese servicio, saltaba de alegría.

Continuaba el sumario: un procedimiento lento, laborioso. Una tarde; Ricardo Valencia fué a buscarme al Liceo para informarme de la declaración de acababa de prestar. De ella se deducía que algunos testigos falsos lo acusaban como-coautor de los disparos. Comenzaban a darse cuenta de que a mí no podían condenarme. Ricardo protestaba indignado. También a Villar lo acusaban. Habían estado los dos en la Bilbaína desde mucho antes. Cuando los sucesos, tuvieron que guarecerse como todos los presentes. Después vinieron ambos a guardar-me las espabilas. Lo tranquilicé. Bien fácil les sería a los dos probar su no intervención. Quizá lo utilizaran como argucia leguleyescas para que desmereciese su testimonio. No es lo mismo aparecer como testigo que como complicado. ,

Salimos del Liceo conversando. A poco, dijo Ricardo:

-Cuidado. Creo que nos siguen. Parémonos en un escaparate.

En efecto, nos seguía una pareja de conocidos marxistas. Acortamos el paso ; ellos lo acortaron también. Nos parábamos, y ellos se paraban. Seguimos. En los jardines del Padre Feijoo se les unió otra pareja. En la calle de Paz Nóvoa, otra. Así sucesivamente en cada trozo de calle, hasta formar un grupo bastante nutrido. La gente se dió cuenta en seguida de qua aquello era una persecución.

-Esto se pone feo -observó Ricardo.

Recluté entonces a cuantos camaradas hallábamos al paso. Reuní una guerrilla nada despreciable: Cendón, el Teniente Osset, Emilio Romero, Emilio Núñez, Montero... Pero entre todos no reuníamos arriba de tres pistolas, y el combate lo considerábamos inminente y de su iniciativa. Llegamos a la puerta de mi casa. La gente, presintiendo algo grave, se retiraba del centro de la calle, despejaba el campo de batalla, apresuraba el paso, se metía en los portales. Se mascaba la tragedia. Tras los visillos de algunas ventanas se asomaban rostros temerosos, expectantes. Nos paramos ante el portal de mi domicilio. Nos volvimos a examinar la situación. Se habían retrasado mucho. Lo suficiente para suponer que desistían de la acción. Me despedí de los camaradas y me metí en casa. En la Falange, la fanfarronería no estaba bien vista.

El Servicio de Información, cuyos tentáculos se extendían hasta el mismo Juzgado. nos trajo un día la sorprendente noticia de que los propietarios de una churrería ambulante, establecida hacía unos meses en el solar que hoy ocupa el número 1 de la calle de José Antonio, habían declarado contra nosotros ; aseguraban que nos habían visto disparar ; daban nuestras señas personales, los nombres de cada uno y otros pormenores.

Estos churreros habían tenido un gran éxito en Orense. Vendían mucho. Confeccionaban los churros a la vista del público. Era una familia catalana: el matrimonio, de mediana edad, y varios hijos de uno y otro sexo. Guapas, vistosas y atractivas, ellas trabajadores y simpáticos, los churros. El negocio marchaba viento en popa a toda vela. El día de autos, a la hora aquella, tenían abierta la churrería. Quedaba frente a nosotros y pude apreciar -se me fueron pocos detalles- que cuantos estaban dentro, al oír los primeros disparos, se escondieron debajo del mostrador y no se asomaron hasta que todo había acabado. A pesar de esto, nos acusaban con lujo de detalles. Sospechamos que había "gato encerrado". Se ordenó una información acerca de su filiación o de su manera de pensar. No tardamos en saber que pertenecían al partido comunista, del cual eran miembros activos. En posesión de tales datos, se convocó a Consejo y se trató de las medidas que convenía tomar. Acordamos el boicot a la churrería. Un boicot absoluto, que se extendía incluso a la rigurosa abstención de ingerir los churros si se conocía la procedencia. Y no sólo cuando se tratase de nosotros, sino también de nuestros familiares y amigos.

La consigna circuló rápidamente. En unas horas llegó a conocimiento de todos los camaradas, y cada uno de éstos lo comunicó a sus familiares y demás zonas de influencia. Se adhirieron a él todos con entusiasmo. El éxito fue rotundo. En pocos días pusimos a los churreros comunistas al borde de la ruina. Se pasaban los días de brazos cruzados, sin vender un churro. Por fin, viendo que tendrían que levantar la tienda y ponerla de nuevo sobre ruedas para caminar errantes, pidieron parlamentar. Nos enviaron al más representativo de

la familia para que les dijésemos en qué condiciones haríamos cesar el boicot. Se les exigió el retractamiento total y sin que dejase lugar a dudas, de sus declaraciones en contra nuestra. Lo prometieron y lo cumplieron a su tiempo. Se cesó en el boicot. Pero no recuperaron la clientela. El publicarse su filiación retrajo a muchos. Comenzaba a no ser negocio redondo pertenecer al partido comunista.

III. PROCESAMIENTO Y PRISIÓN

EL Juez, como he referido ya a pesar de las presiones que sobre él se ejercieron, se negó a procesarnos. Convenció al Abogado Fiscal de que su tesis era la auténtica. De acuerdo ambos, dictó auto de conclusión con sobreseimiento provisional. Pero el Fiscal jefe, acaso por presiones marxistas, devolvió el sumario para la práctica de nuevas diligencias, entre ellas el reconocimiento en rueda y el procesamiento de los que resultásemos reconocidos. Así, fuimos procesados por el supuesto delito de tenencia ilícita de armas cinco camaradas: Adolfo Villar, Cesáreo Calafate, Ricardo Valencia, Fernando Vide y yo, y lo fuimos por el testimonio de un solo testigo marxista, que además era falso. Nos constaba, teníamos pruebas, que pensábamos utilizar a su tiempo, de que había estado de viaje el día 14 de abril. Los demás se retractaron. Incluimos los churreros comunistas del cuento. Alguno más fué reconocido en la rueda de presos, Emilio Romero entre ellos ; pero a éste, el señor Estampa se negó a procesarlo porque había estado a su lado en el portal durante la refriega. Les constaba su inocencia. ¡No faltaba más! Tampoco procesaron a unos cuantos reclusos de la prisión que fueron señalados en la rueda como participantes en el tiroteo. Procesó también al dirigente marxista que él mismo había detenido. Como el procesamiento en esta clase de delitos llevaba consigo la inmediata prisión preventiva, me rogó que pasase a última hora de la tarde por el juzgado para hacerme entrega del mandamiento de prisión:

-Lo pondré a su nombre para que lo cumplimente usted mismo. No quiero que lo conduzca la fuerza pública -me dijo.

Las horas que me faltaban para constituirme en prisión las empleé en hacer preparativos y escribir algunas cartas. La primera, al Decano del Colegio de Abogados; le rogaba que me visitara en la cárcel. Escribí también a algunos amigos de La Coruña y de Madrid con influencia suficiente para que intervinieran eficazmente. Mi plan consistía en hacer ruido, en meter bulla, que, además de servir de propaganda, resaltaba la, injusticia, que, aunque no fuese más que aparente, se pretendía, en realidad, cometer con nosotros. Y la que se había cometido ya. Se acepta como principio judicial inconcuso que lo que no existe en los autos no existe en el mundo. Nuestra responsabilidad no existía en los autos, y, sin embargo, se nos había procesado. Esto, por tratarse de un Abogado en ejercicio adscrito al Colegio de Abogados de la, capital, era una tremenda descortesía procesal. Si conseguía que esto llegase a todos los medios y que resonase fuerte y se hiciese luz sobre ello, evitaría que se consumase la tropelía.

Cité a muchos camaradas en el bar del Roma para después de comer. Allí se tomaron las disposiciones pertinentes. Allí nos pusimos la camisa azul. El ingreso en la cárcel era un acto de servicio y había que realizarlo de camisa azul. Luego se dictaron consignas para que acudiesen a presenciar nuestra entrada el mayor número posible de camaradas. Recogido el mandamiento judicial, nos fuimos a la Alameda a hacernos fotografías y a esperar que fuese hora adecuada para el ingreso en la prisión. Había que perpetuar un momento de tal trascendencia. Aparte ser yo el Jefe provincial, lo que ya de por sí le daba cierta importancia, nos cabía el honor de ser en la provincia los primeros falangistas encarcelados por acto de servicio. Se nos unieron grupos de camaradas que acudían conforme la tarde llegaba a su ocaso. Cuando nos decidimos a presentarnos, una verdadera manifestación, bien nutrida, nos se-guía y otra nos esperaba en las puertas de la prisión.

Entregué al jefe el mandamiento. Faltaba el marxista. Nos hizo esperar.

-He de advertirles que la cárcel está llena -nos dijo-. No disponemos de celdas para ustedes. Carecemos de camas y de colchonetas. Es un conflicto. No sé qué piensan. No nos mandan más que presos, y más presos, y más presos. A ustedes los voy a meter en la enfermería, pero no tengo colchones ni camas para todos.

Propusimos traer de nuestros domicilios la cama, el colchón, las sábanas, etc., etc. Aceptó. Unos cuantos camaradas se prestaron a realizar el servicio y pudimos dormir cómodamente aquella noche.

La enfermería constaba de dos partes, derecha e izquierda separadas y aisladas entre sí y del resto de la prisión. A nosotros nos recluyeron en la derecha, entrando, y al marxista, en la izquierda. ¿Afinidades electivas? No creo, al menos respecto a nosotros. Nuestros dominios consistían en un pasillo adonde daban cuartos y rejas a un lado y al otro. Las de la derecha daban a un patio interior; las de la izquierda abríanse sobre el río Barbaría. Daba la sensación de ser una prisión pequeñita dentro de otra más grande. Una prisión chiquita para nosotros solos. Azulejos en el piso y ladrillos esmaltados, blancos. en las paredes. Teníamos hasta cuarto de baño para nosotros solos. En cambio, carecíamos de W. C. Al fondo, una sala amplia destinada a quirófano. Allí instalaron nuestras cinco camas. Tiramos cuerdas de extremo a extremo, que hicieron de colgador colectivo. Unas sillas sirvieron de mesillas de noche. Lo demás, por el suelo. Las camas tenían múltiples aplicaciones. Aparte, claro, de la suya propia, cubrían el vacío de la mesa de comedor, escritorio, sofá, mesa de juego, de lectura y otros muchos. Debajo, o en su interior, se escondían cuantos

objetos prohibidos deseábamos tener. Disponíamos de ventanas enredadas a ambos lados. Al patio, con vistas a la calle del Progreso, y al río.

Un enfermero recluso se constituyó en asistente nuestro por disposición superior. Asistente y entrenador. Uno de los cuartos lo ocupaba un enfermo permanente que se apoyaba en un bastón y cojeaba. Se trataba de un contrabandista, muy simpático y de gran experiencia en el delito.

Nuestra entrada causó malestar en la población penal, que hizo patente su desagrado cantando la "Joven Guardia" y la "Internacional" a toda voz. Nos ocupábamos en desembalar el equipaje cuando llegaron a nuestros oídos, entre sus estrofas los insultos más soeces. Desde la ventana se les gritó :

-¡Eso no se dice desde ahí, cobardes; eso se dice en la calle!

Cesaron en los insultos, pero redoblaron el tono de la "internacional". Nos llevaban ventaja, porque nosotros no teníamos himno aún. Cerramos la ventana y seguimos con la instalación. Al deshacer el paquete de mis ropas, notamos que había sido apuñalado con un cuchillo de grandes dimensiones, con deterioro grave de la colcha, una americana, el colchón y las pastas del Código Penal. Acordamos no dar cuenta del incidente a la Dirección. Esto nos conquistó las simpatías del recluso enfermero y las del contrabandista, que temían se investigase sobre la existencia de armas punzantes y cortantes en la prisión. Según ellos, el lío que se iba a armar era morrocotudo, porque en cualesquiera celdas que se registrasen se hallarían las que se quisiera, y estaban prohibidas.

No habíamos concluido nuestra instalación y ya cesaron los cánticos soviéticos. Se presentó en nuestra celda uno de los oficiales para rogarnos de parte del Director, con todos los respetos, que nos despojásemos de las camisetas azules. Se trata de insignia, distintivo o uniforme de un partido político cuyo uso en aquel lugar no podía autorizar, puesto que molestaba a otros reclusos y daba lugar a desórdenes. En nombre de todos le dije solemnemente que tranquilizase al Director respecto a nuestra actitud: que nos dábamos cuenta de que mientras permaneciésemos allí estábamos sometidos a su autoridad y no pensábamos olvidarlo en ningún momento ; que no sólo le obedeceríamos puntualmente en cuanto al régimen interno, sino que le ayudaríamos a imponer su autoridad y el orden si para ello necesitase de nuestra ayuda ; pero que también le rogábamos que probase a conseguir de los contrarios que no fuésemos molestados nosotros.

Al enfermero seguía gustándole nuestra actitud. Nos mostró su adhesión, ofreciéndose incluso- para la clandestinidad. Nos decía:

-Aquí hay muchas cosas prohibidas, pero se hace de todo. Las armas, unos las pasan y otros las hacen aquí. Igual lo demás: bebidas, comida y todo lo que quieras. Si quieres algo, dímelo, que aunque esté prohibido, lo tendrás. No te diré cómo entra, pero lo tendrás.

Vino de nuevo el oficial a agradecer de parte del Director nuestras palabras. Nos dijo que los autores de los insultos habían sido castigados severamente. Nos rogó cerrásemos la ventana que daba al patio.

Por la noche nos acostamos tarde. En la enfermería disfrutábamos el privilegio de tener la luz encendida todo el tiempo que quisiéramos. Nos visitó algún recluso y charlamos.

CAMARADAS DE MASIDE EN LA CÁRCEL

Transcurridos algunos días nos metieron en la celda a tres camaradas de Maside. Venían trasladados de la cárcel de Carballino, en donde habían ingresado por su actuación frente a una manifestación comunista. En la refriega resultaron varios heridos, entre ellos el propio Secretario de la J. O. N. S., camarada Germán Rodríguez, de una puñalada en la espalda. He aquí los nombres de los tres encarcelados: Emilio Valderrama, de profesión herrero y entonces Jefe de la J. O. N. S. de Maside, fallecido ya Fernando Pérez, peluquero, y José González, mozo de una fábrica de gaseosas.

Las circunstancias hicieron que el propio Jefe local en persona me trajera a la cárcel el informe de lo ocurrido. Aquel 1.º de mayo, en Maside, los bárbaros celebraron con una jira campestre la fiesta marxista del trabajo. Al final, con las primeras sombras de la noche, beodos de vinazo, exaltados los instintos por el sol y el aire puro, regresaron en manifestación tumultuosa, pletóricos de barbarie, a los acordes de la "Internacional". La horda no puede ser nunca más que horda. Gritábanse las frases groseras, los vivos y los muertas, los insultos más soeces, las procacidades más repugnantes. Barbarie pura y suelta. Proclamaban la imperiosa y urgente necesidad de quemar la iglesia para comenzar la noche roja y arrasarse Maside, asesinar, violar e implantar el comunismo en el pueblo. El programa era seductor. ¿Quién se atrevería a oponerse a su omnímoda voluntad de soviétizar, aunque no fuera más que por unas horas? Entraban ya en el pueblo. Se escuchaban los acordes desacompañados de la "Internacional".

-¡A quemar la iglesia, camaradas ! -decía una voz-. ¡A quemar la iglesia antes que nada! ¡Vamos, seguidme a la Iglesia! ¡Vamos!

Los demás le seguían enardecidos. Chillaban todos como endemoniados.

La noche nacía lentamente, clara, serena, tibia, acariciadora, en promesa de fecundidad. El pueblo semejaba parada de sombras agazapadas en un recodo de la carretera. En la entrada, descuidados, conversaban cuatro falangistas: el Jefe local, el Secretario y dos más, ajenos a lo que se les venía encima. Inesperadamente perciben el tumulto. Se aproxima la horda gritando en tropel. Vivas a Rusia y muera a la Falange. Se dan cuenta de que van a quemar la iglesia y de todo lo demás. Las turbas iban ya camino del templo. El Jefe da órdenes concretas. No hay tiempo que perder. La decisión está tomada: van a cortarles al paso. Envía a uno de los cuatro a que avise a cuantos falangistas logre hallar. Con los dos restantes se lanza a cortar el paso a los manifestantes. No importa que los energúmenos sean más de cien ni que vengan provistos de palos, piedras, cuchillos y demás artefactos. Ellos son tres falangistas, y con eso sobra. Es preciso salvar a Maside de una noche de locura roja.

Cierran los tres sobre la horda de bárbaros al grito de "¡Arriba España!" Las primeras filas ceden a los puños de los falangistas. Derriban enemigos por doquier. Abren brecha profunda y penetran en ella a golpes de puño. Una coraza invisible parece protegerlos. Nadie logra tocarlos. Un poco más. y la masa cede terreno, se disgrega. Se inician las huidas: con disimulo, al principio ; francas, después. Llegan refuerzos de camaradas que recibieron el aviso y consuman la derrota, que fué completa y sin paliativos. Los marxistas, en su huída, dejaron en el campo varios heridos. De los nuestros, sólo uno, el camarada Germán, Secretario de la J. O. N. S., con una puñalada en la espalda, que tardó unos días en curar. Al día siguiente fueron detenidos y encarcelados en Carballino. Después se les trasladó a Orense, con los marxistas, y compartieron nuestra celda durante unos días.

LUZ Y RUIDO, GUERRA FRÍA

Uno de los primeros días me visitó el Decano. Por cierto que fui al locutorio escoltado por dos oficiales de Prisiones. Atravesamos el patio central entre el rencor de los reclusos, que suspendieron sus juegos para contemplarme. El ambiente se cargó de hostilidades. Los oficiales, un tanto nerviosos e intranquilos, me decían que apresurase el paso, que no me fijase, que no me detuviese. Se quedaron a la puerta de pro. Lección de la entrada. Era Decano del Colegio de Abogados por aquellas fechas don Miguel Moreiras. Yo, entonces, le trataba poco. Tras los saludos de rúbrica, me dijo:

-He venido ,a verle porque me lo pide en su carta. La verdad, no alcanzo a comprender lo que, como Decano, pueda resolverle en este asunto. Si mi presencia le sirve de consuelo, aquí me tiene usted. Si puedo servirle en algo, como com. pañero o como simple particular, estoy a su disposición. Si desea que le defienda, lo haré con todo entusiasmo. Pero como Decano no veo nada que hacer. Usted ha delinquido y lo han encarcelado. ¿Qué quiere que haga el Colegio?

Le expliqué que no era al compañero ni al particular a quien requería. sino precisamente al Decano. Que no era la defensa la que me faltaba ni la asistencia de los amigos. Que le agradecía sus ofrecimientos, de los cuales tomaba buena nota para consultarle alguna dificultad que surgiese en su día. Pero que el llamamiento de ahora era al Decano y por una cuestión de prestigio para el Colegio: se cometiera una tremenda descortesía procesal conmigo. Se menospreciaba mi calidad de miembro de este Ilustre Colegio. Es una cuestión de procedimiento nada más. Por ahora lo llamaremos simplemente descortesía procesal: el Fiscal se personó en el sumario e intervino en todas las actuaciones sumariales. Todo lo que se actuó fué bajo su control y conformidad. En tales condiciones, se sobresee el sumario y se dicta auto de conclusión sin procesamiento. Pero al llegar la causa a la Audiencia, el propio Fiscal lo devuelve para la práctica de nuevas diligencias y el procesamiento consiguiente. ¿Puede admitirse, sin desdoro del Colegio, que el criterio del Ministerio Público varíe así en dos momentos casi idénticos del mismo proceso, cuando está encartado un Letrado en ejercicio? Le dije que por eso lo había llamado, para que reuniese al Colegio y le diese cuenta de esa descortesía procesal.

-¡Caramba! -exclamó don Miguel-. Eso es algo más que una descortesía procesal. Reuniré al Colegio; examinaremos el sumario y se hará lo que proceda. ¡No faltaba más!

Lo hizo así. Reunió al Colegio. Calificaron aquello con más dureza que yo. Tomaron, entre otros, el acuerdo de protestar colectiva y enérgicamente del desafuero. Se nombró una comisión, presidida por el propio Decano, que visitase al Fiscal y le hiciese constar públicamente el desagrado de la corporación. Como el Fiscal carecía de motivos razonables para proceder como lo hizo, la entrevista no fué cordial. Se

originaron nuevas protestas y críticas y estalló la indignación general al hacerse pública la injusticia de nuestro encarcelamiento. Toda la ciudad culpó al Fiscal de nuestro encierro. Días después visitó al Fiscal un Diputado, amigo personal mío, y le recriminó la injusticia. A la-vez recibió de la Secretaría riel Congreso una carta en la que se interesaban por el asunto y le anunciaban una inspección por si se cometieran irregularidades. Entonces nos envió un emisario que nos dijese que no pensaba acudir a estrados el día de la vista. Que había rectificado su criterio y que había decidido mandar al Abogado Fiscal, señor Alonso, que, por haber intervenido en el sumario, acusaría con mas conocimiento de causa y sostendría mejor que él el criterio de la Fiscalía. De todos modos, aunque tarde, se lo agradecí. Siempre aprecié a don Avelino. Expreso aquí mi reconocimiento público,- aunque él no viva ya para recogerlo. Como se ve, en este aspecto se resolvieron las dificultades.

LA GUERRA FRÍA DENTRO DE LA CÁRCEL

Nuestra vida en la prisión durante los primeros días se deslizaba lenta, tediosa, aislada. Se nos confinaba en la enfermería para protegernos y vigilarnos estrechamente. Diríase que grandes e ignotos peligros se cernían sobre nuestras cabezas. No nos dejaban respirar. La puerta de la enfermería estaba constantemente cerrada. Si uno de nosotros pedía salir a lugar excusarlo, se ponía en conmoción toda la casa. Surgían vigilantes y guardianes como por ensalmo. Eso y el recreo al aire libre debieron de ser objeto de estudio y planeamiento especial. Se nos sacaba en grupo, juntos todos; previamente se habían despejado los pasillos del tránsito y desalojado el lugar de destino; oficiales delante y detrás. El recreo lo disfrutábamos por la tarde, a la misma hora que los demás, pero en distinto lugar: un patio interior, al que daban celdas y locales. Nos dejaban solos. Cerraban la puerta y nadie podía llegar hasta nosotros.

El tedio es lo molesto de las cárceles. El tedio producido por la carencia de quehacer. le deslizaban las horas sin afanes. Para mí, gran aficionado a la lectura, transcurría el día de libro en libro, de lectura en lectura. Los compañeros me imitaban en cuanto se lo permitían los demás. En general. no pasaban mucho tiempo en quietud. Siempre había alguno que no estaba dispuesto a dejar leer a los demás. Yo era otra cosa. Me respetaban en mis aficiones porque se trataba del Jefe y les daba reparos la jerarquía. Sólo esto me libraba de que cayeran sobre mi cabeza, inesperadamente, proyectiles en forma y sustancia de almohada u otra prenda más dura, dañina y contundente. Trababan combate por menos de nada. Unas veces, boxeo; otras, grecorromana, y otras, lucha libre, que cortábamos los demás, cuando se ponían pesados los contendientes; nos echábamos encima hasta extenuarles con el peso de nuestros cuerpos. Luego tenían que descansar. Así lográbamos paz por algún tiempo.

El ritmo lento de nuestra vida monótona se veía jubilosa-mente interrumpido por las llamadas de camaradas que acudían a la orilla del río Barbaña para vernos y cruzar con nos otros señas y voces. En ocasiones pasaban por abajo marxistas levantando el puño.

Algunos clientes que tenía yo en la cárcel -pocos, claro-se apresuraron. a visitarme. Tras ellos vinieron otros en plan de consulta. Un Abogado a mano no es cosa con que se pueda contar todos los días. Así, por esto y por otras causas, se rompió el hielo que nos tenía apartados de la población penal. Los clientes se detenían, fumaban cigarrillos, que teníamos en abundancia ; charlaban y salían contentos de nuestro trato. Luego nos hacían propaganda beneficosa.

Un día se nos presentaron tres reclusos de la máxima categoría y prestigio en el lugar. Advertiré, para mejor entendimiento de cuanto se relata, que en la cárcel andan subvertidos los valores morales. El prestigio y la autoridad sobre los reclusos se otorga a la inversa de o que suele ocurrir en sociedad, y suele disfrutarse en razón directa de la gravedad y perversión del delito cometido. Es una metafísica invertida, en la que la tabla de valores permanentes, o entidades de razón, o verdades preestablecidas, sufre algunas variaciones. Los primeros valores de la tabla los constituyen los delitos llamados de sangre y los últimos, los delitos contra la propiedad. Los reos de delitos de sangre, sin mezcla ni contaminación de interés alguno, forman la aristocracia pura, a quien todos obedecen. Los tres que nos visitaron constituían el triunvirato conocido y voluntariamente acatado por todos. Nos los presentó el enfermero, que pertenecía por derecho propio a la aristocracia también. El más significado de los tres. se expresó así:

-Venimos a que nos digáis cómo ocurrió lo que os ha traído aquí, porque ahí -señalaba al patio central- se dicen cosas de vosotros que, francamente, no nos gustan. Por otra parte, os observamos desde hace algún tiempo y hemos visto en vos-otros cosas que nos gustan. Los comunistas aseguran que sois unos cobardes y unos "niños pera" que por menos de nada la emprendéis a tiros con los obreros, amparados por los guardias, que os lo pagan a buen precio, y que, en cuanto alguno os hace frente, escapáis y se os caen del miedo las armas de las manos. ¿Queréis decirnos si es cierto todo esto?

-Y a vosotros ¿qué os importa? ¿Es curiosidad o hay algo más?

-Son de toda confianza -dijo el enfermero-. Podéis hablar sin miedo.

-Sólo queremos saber si podemos fiarnos y trataros como amigos. Os hemos visto tranquilos. No delatáis a los que os insultaron y cortaron la ropa. Eso no lo hace un cobarde. No reclamáis de nada. En cambio, ellos se quejan de todo. Os advierto que, si nos convencéis, de aquí en dos días la cárcel será vuestra.

Eran simpáticos. Los obsequiamos con cigarrillos y des-corchamos unas botellas en su honor. Las botellas eran objeto de un permiso especial. Punto. por punto, fuí refiriendo los sucesos del 14 de abril. De paso, los iniciaba ligeramente en la doctrina nacionalsindicalista. Creó que logré convencerlos de muchas cosas que hasta entonces ignoraban. Cuando se despidieron, estaban satisfechos de haber parlamentado con nosotros y parecía como si se hubieran quitado un peso de encima.

Aquella misma noche aumentó el número de contertulios. Y en los días sucesivos, pocas veces nos encontrábamos solos. El régimen excepcional, de temeroso aislamiento, a que en un principio se nos sometió, se dulcificaba ostensiblemente. Hasta nos hicieron versos encomiásticos, que nos arrojó en el recreo el propio poeta anónimo desde una ventana. Sin que lo supiéramos, nos montaron los presos- una guardia clandestina para cuando tuviéramos necesidad de salir de la enfermería. Luego se dejó sin cerrar la puerta de rejas que nos aislaba de la cárcel. Lo sospechábamos. Para convencerme, una mañana hice una escapada a los urinarios en los momentos de más afluencia. Se armó revuelo entre los marxistas. Al verme, se juntaron inmediatamente para hacerme pagar cara mi osadía. Observé sus movimientos, sus conciliábulos, su nerviosismo. También observé cómo los "comunes" les hacían frente y cómo lograron disuadirlos con argumentos convincentes. Salieron a relucir las más variadas armas, que no se usaron al fin porque se convencieron de que les convenía más ser buenos chicos. Entonces nos dieron la partida por ganada.

Un problema difícil estuvo a punto de plantearse a la Dirección. Nos refirió el enfermero cómo se discutía sobre nos-otros en el patio central durante los recreos. En varias ocasiones estuvieron a punto de pasar de las palabras a los hechos. Se habían formado dos bandos numerosos. No había neutrales. Todos los reclusos habían tomado partido, unos en contra y otros a favor. Y discutían con calor. Sus disputas no eran académicas precisamente. Según nos aseguraba, no se habían venido a las manos de milagro. Y estaban armados.

TODO QUEDA EN NADA. VISITA DE SUEVOS, Y PACTO

Los de Maside nos dejaron a los pocos días de entrar. Nuestra popularidad iba en aumento. Los días de visita se formaban a las puertas de la cárcel manifestaciones multitudinarias. Nos traían tal cantidad de cosas, que pro nos hubiera sido posible consumir si no nos ayudasen los reclusos de nuestra tertulia.

Una mañana nos pasaron una tarjeta de Eduardo Valencia con unas letras de Suevos. La conservo. He ahí el mensaje: "Querido camarada: He llegado hasta aquí con ánimo de ver-te; pero el Director me dice que, aun sintiéndolo mucho, no puedo pasar. Aprovecho esta ocasión para abrazarte cordialmente.-Jesús Suevos (rubricado).-¡Arriba España!". Acababa de ser nombrado Jefe territorial de Galicia y venía en visita oficial de presentación a Orense. En vista de la rigidez del Director, lo llevaron por la parte del Barbaña y nos vimos y hablarnos por señas.

Los marxistas entablaron negociaciones y propusieron un pacto para salir con bien del juicio. Sólo pusieron como condición que yo no subiera a estrados ese día. Llevaría la defensa de todos nosotros el señor Sabucedo, y la del marxista, Pazos, que había sido pasante de aquél. Era la única manera de que se salvase el marxista, pero también era la única salvación de algunos de nosotros. Casual o provocada, el caso era que se había llegado a una situación en que el único modo de salir absueltos todos lo constituía el pacto. Los marxistas lo propusieron y nosotros lo aceptamos. Di cuenta a los demás de las proposiciones y del estado de la cuestión. No quería decidir yo solo, aunque se tratase de cuestiones jurídicas. Asistió a las deliberaciones alguno de los presos. Les expuse con claridad la cuestión. Sin pacto, no teníamos posibilidades de salir absueltos más que tres: Ricardo Valencia, Villar y yo. Los tres que podíamos probar la no tenencia de las armas o la no presencia en el lugar de autos. Los demás, Vide y Calafate, señalados por los testigos, reconocidos en rueda, sin prueba en contrario, tenían muy pocas probabilidades de absolución. Acordarnos por unanimidad aceptar el pacto.

ÚLTIMOS DÍAS, Y JUICIO

Dejaron de sacarnos a aquel patio pequeño, auténtico patio de luces, para el recreo. La puerta de la enfermería no se cerraba ya. Pedíamos salir cuando quisiéramos al patio central y visitar todas las dependencias de la casa sin restricciones. Nadie nos autorizó, pero lo hacíamos. Tampoco nos lo prohibieron. Participábamos en los juegos y entretenimientos de los reclusos. La vida se nos hizo más soportable.

Hicimos, como era natural, propaganda y proselitismo. Unan reclusos nos pidieron. que los afiliásemos a la Falange. Y no eran sólo los presos comunes, sino políticos. Así, arrancamos de las filas de la F. A. I. algunos camaradas para la Falange. Claro : hubo que tamizar ; pero después no se expulsó ,a ninguno de los admitidos. Se formó un grupo especial allí dentro. Se constituyó en célula y fué adscrito al servicio de Información e Investigación. Prestó valiosísimos servicios. Todos los objetivos que se persiguieron al formar el grupo en la cárcel fueron brillantemente superados. Dejó de ser la prisión un feudo de nuestros enemigos y pasó a ser vivero fecundo de excelentes camaradas que: tras sincero arrepentimiento, abjuraron de sus errores.

Creo que el día que tuvimos que abandonar la prisión lo hicimos con pena. Se nos avisó temprano para que estuviésemos listos cuando los guardias acudiesen a buscarnos. Me daba pena pensar que la absolución era segura y que no volveríamos a aquel remanso de paz, a aquel no hacer nada. a aquella tediosa lentitud de ver desgranarse las horas sin un quehacer, al, disfrute de aquellos afectos primitivos, fuertes, apasionados, sinceros, espontáneos ; a la sociedad de aquellos hombres, juguetes de pasiones violentísimas, que muy pocas veces distinguían el bien del mal y se dejaban arrastrar por una especie de instinto que los conducía al odio absoluto o al amor absoluto. Extraño mundo, en verdad. Al afeitarme el barbero aquella mañana de despedida, me refirió, por última vez, cómo había rebanado de un tato, con la navaja barbera, el cuello de su víctima, que maltrataba a un hermano suyo. y pensaba yo en el contraste que ofrecía aquel mundo que dejaba para enfrascarme en el de la normalidad, como en dos entes contrapuestos que tuviesen biología diferente. Semejante pena recordaba haberla sentido la última vez que visitara el Museo del Prado, consciente de que no volvería a él en mucho tiempo. Era éste un Museo de pasiones vivas. Vidas paradas en un momento de su excelencia, en aquella hora precisa en que se había exacerbado la pasión dominante, reunidas en aquel local -diríase- para exhibir su momento dramático.

El enfermero asistente, admitido en la Falange, el que más cerca de nosotros había estado, no pudo evitar que se le saltasen lágrimas furtivas al despedirnos. El cojo contrabandista enfermo, a pesar de no haber sido admitido en la Falange, se nos ofreció incondicionalmente para cuanto quisiéramos pasar de Portugal. Desfiló por la celda la crema de los reclusos. No faltó ninguno de los distinguidos. Constituyó una auténtica demostración de simpatía. Nos emocionaron. Salimos rodeados de todo el grupo. El patio central estaba animado. Llegaron con nosotros hasta el rastrillo, en el mismo patio. Los guardianes les obligaron a quedarse algo atrás. Se colocaron en formación a unos metros del rastrillo, mientras éste se abría para nosotros. El resto de los reclusos del patio se aproximaron también. Los saludarnos, brazo en alto, desde la puerta, gritando "¡Arriba España!", que fué contestado con entusiasmo en idéntica actitud.

En la calle nos esperaban unos coches de punto, y el bullicio alegre de los camaradas, que en tropel querían abrazar-nos todos. El juicio transcurrió según el convenio. La primera línea de la Falange ocupó más de la mitad de la sala, desde los primeros bancos, y todo salió a pedir de boca.; El primero en declarar fuí yo. Los demás siguieron la pauta marcada por mí. En el público se oían comentarios y risas. Los magistrados soportaban seriamente, con miradas de esfinge perdidas en la infinitud de un público sin fondo, aquella farsa, que quizá no comprendieran del todo. Creo sinceramente que eran, con el Fiscal, los únicos que asistían de buena fe a aquella comedia, montada con todo aparato. Las defensas se deslizaban suaves a favor del viento acariciador de una prueba amañada y convenida, sin que el Fiscal opusiera la más leve resistencia. Acusaba el Abogado Fiscal, que había intervenido en el sumario y que sostenía la tesis de nuestra inocencia. Se lo agradecemos. Acusaba por pura fórmula. El procedimiento era de urgencia, y allí mismo nos fué comunicada la sentencia absolutoria. En la calle nos vitorearon. Los camaradas organizaron una manifestación que nos acompañó a la cárcel a formalizar nuestra salida. Pudimos observar que el decaimiento se había apoderado de los marxistas, Anclaban tristes, mohines, huidizos, preocupados. Era tarde. Se acercaba la hora de almorzar. Me despedí de todos y me fuí a casa. Había que normalizar la vida.

¿NUEVA TÁCTICA DEL ENEMIGO?

Una crisis en la organización provincial, que pudo ser seria, se produjo durante mi encarcelamiento, al tratar de quién debiera sustituirme en el despacho de los asuntos de la Jefatura. Hubo un juego de rencillas, antipatías y pequeñas ambiciones, que a poco dan al traste con la unidad conseguida. Salí a tiempo y se conjuró el peligro sin que llegaran las cosas a mayores.

No pudimos asistir al mitin del 19 de mayo de 1935 en el cine de la Opera, de Madrid, debido a nuestro encarcelamiento. El Mando me expresó su condolencia porque ello ocurriera así y me felicitó por nuestra actuación, encarcelamiento y libertad.

Los marxistas no estorbaban ya nuestros movimientos. Se estaban quietos, dallados, diríase que apabullados. Claro que habíamos conquistado la calle ; pero era extraño que lo reconociesen y la cediesen sin más. ¿Cambio de táctica? El Servicio de Información me trajo noticias reservadas: Había llegado a Orense un pistolero contratado por los marxistas. Se hacía pasar por viajante de comercio. Traía licencia de uso de armas falsificada. Nada más llegar, se reunió con tres de los principales dirigentes para recibir instrucciones concretas. Ignorábamos el hotel en que se hospedaba. Supimos, en cambio, que se negó a operar inmediatamente de llegar, como querían los contratantes. Según los informes, le apremiaban, tenían prisa, pretendían que al día siguiente, lo más tarde, despanzurrase a quien estorbaba. Se negó rotundamente. Les contestó que el cuándo y el dónde eran cosa suya y que en lo suyo no admitía intromisiones, pues sólo él sufriría las consecuencias de un paso en falso. Me informaron también de que para los gastos de la "operación" habían hecho una derrama entre los destacados y que lograron reunir algo más de tres mil pesetas (de las de entonces), que habían depositado en manos de uno de ellos.

Preparamos un grupo especial de primera línea para caso de que nos viésemos obligarlos a una actuación violenta. Busqué al agente, señor Carril, que tan cordiales tratos había tenido conmigo, y le transmití la información de nuestro servicio. Me prometió actuar inmediatamente. Le ofrecí cuantos camaradas precisase y me contestó que los tuviese en reserva, por si acaso ; pero que de momento obraría solo.

Algunos días después, el propio Carril me informó de lo siguiente: Se hospedaba en el Hotel Español. Todos los datos que le suministraros eran exactos. (Aquí, elogios a nuestro Servicio de Información.) Había recorrido varios hoteles hasta da, en el Español, con un fulano de las señas que le habíamos proporcionado. La licencia de armas estaba expedida en Guadalajara. La pistola Star, que es la que solían usar los pistoleros, se prestaba a "camouflages". La guía me huele también a falsa. Preguntado para qué quería la pistola no siendo viajante de objetos de valor, respondió que estaba muy perseguido, sin explicar bien el porqué. Le dije que teníamos órdenes de la Dirección General de revisar todas las licencias. Como la suya era de Guadalajara, le expliqué necesidad de llevármela para consultar por teléfono. Mientras, él quedaba a disposición de la Comisaría en el hotel. Que ésas eran las órdenes. Le recogí licencia y pistola. Al volver, pasados unos días, había desaparecido. Habían preguntado a Guadalajara. La licencia y la guía eran falsificadas".

El Servicio de Información me confirmó lo que Carril me dijo. Se había llevado un susto tremendo. Se despidió de loo contratantes marxistas atropelladamente y se fué en el primer tren. sin cumplimentar la misión y sin recoger el arma.

NUEVOS INTENTOS Y NUEVOS FRACASOS DEL ENEMIGO

Otra etapa de calma tras la fracasada intentona. Etapa de alerta tensa. El Servicio de Información, nunca bien ponderado, señaló otra alarma: se intentaba la infiltración en nuestras filas para desbaratarnos. Los primeros informes hablaban de que habían ingresado en la Falange, en los Sindicatos, destacados elementos marxistas con este objeto.

Se montó un servicio especial que estuviese atento a cuantas actividades sospechosas pudiesen desarrollar los recientemente ingresados. No se logró localizar de momento. No era fácil. Los Sindicatos tenían que nutrirse, necesariamente, con elementos procedentes del campo marxista. En los otros campos. en las derechas, era nula la actividad sindical.

El Servicio de Información insistía y cada vez concretaba más. El plan, algo diabólico, consistiría en destacarse en nuestras filas basta lograr puestos de confianza, para destruirnos desde dentro. Entraba en sus cálculos facilitar el asalto al loo cal, apoyándolo. Colocar bombas en ocasión solemne. Según los informes, uno de los ingresados tenía experiencia en esta clase de misiones, pues había volado un tren allá por el sur de España. A otro le habían encargado la tarea de desbaratar nuestros Sindicatos y organizar la defección en masa de los obreros y su vuelta a la Casa del Pueblo. Aun señalaban la existencia de un

tercero que actuaría de enlace entre ellos y los dirigentes marxistas. El plan era perfecto ; pero se olvidaron de un pequeño detalle: de que la Falange no era una manera de pensar solamente, como decía José. Antonio, sino también una manera de ser, que se contagiaba por simpatía. El resultado fué que perdieron irremisiblemente para el marxismo a esos tres valiosos elementos, al ponerlos en contacto con la Falange en momento de arrolladora vitalidad.

Contaré sucintamente lo que ocurrió a cada uno. El primero, actuando en primera línea, llegó pronto a jefe de escuadra. El segundo, hábil en tareas sindicales, se destacó en el Sindicato de Oficios Varios. Intrigó, y en el momento en que decidimos estudiar la actuación de cada uno, figuraba como candidato para jefe del Sindicato. Era casi segura su elección. Contaba con las simpatías de cuantos la decidían por su preparación y eficacia en cuestiones sindicales. Decidimos pensarlo. No lo trataba ni lo conocía personalmente. Nos pareció más prudente suspender la elección mientras no se localizase a los infiltrados. Poco duró la incertidumbre. El grupo de obreros de una aldea cercana vino a plantear la cuestión crudamente. Pidieron que se les escuchara antes de la elección, a solas, y me dijeron que el tal no era de fiar. Que en octubre había sido el encargado de sublevar a los de aquel sector, y de suministrarle armas y dinamita, y de mantenerlos alerta y agrupados en el monte y que había estado al frente de ellos hasta que fracasó la intentona en toda España. Y terminaron:

-Le conocemos bien y podemos asegurarte que no trabaja para la Falange.

Poco a poco, el desarrollo de los acontecimientos iba llevándonos a descifrar el enigma. Se llamó al camarada en cuestión, con. el que sostuve sustanciosa conversación. No le había hablado nunca, pero me di cuenta en seguida de que estaba en presencia del señalado por los informadores. El también se dió cuenta de que se habían descubierto sus intenciones. Después prestó buenos servicios a la Falange y a España. No revelo su nombre para que nadie lo aproveche en su perjuicio. Al final de nuestra conversación, corrió le preguntase si mantenía su candidatura, me rogó que le concediese un plazo de unos días para reflexionar. Días después vino a decirnos que no se encontraba con fuerzas para el desempeño del cargo y que retiraba su candidatura. Añadió:

-Me veréis poco por ahora. Quizá más tarde frecuente más esto y seamos amigos. Pase lo que pase, estad seguros de que tenéis en mí a un camarada. Me ha gustado vuestra manera de ser. A veces la vida no deja elegir. En fin : si os hubiera conocido antes...

Su actitud fué correcta para con nosotros hasta el 18 de julio de 1936; No volvió a destacarse en las filas contrarias ni causó baja en nuestros ficheros. Durante nuestra guerra de Liberación prestó buenos servicios a la Falange en los primeros meses, y luego, al Ejército. Respecto a los otros dos, el en-lace se esfumó silenciosamente, como había llegado. Lo localizamos, pero nada hicimos contra él porque pasó por nuestras filas sin pena ni gloria. El tercero, el más temible de los tres, el que se había comprometido a volar el local con todos dentro, fué después un camarada estupendo. Identificado con nuestro ideario, apasionado de nuestro sentir español y humano, unió su nombre a los hechos más notorios de la Falange orensana y murió después heroicamente en la defensa del Hospital de Oviedo, durante el ataque a la capital asturiana por los rojos en febrero de 1937. Se llamaba Orentino y por sólo este nombre era conocido de todos. Hallábase hospitalizado por heridas recibidas en el frente, y durante el ataque se levantó de la cama para agregarse a los defensores. Murió animando a todos. Al estampar aquí su nombre no descubro ningún secreto. Su procedencia era conocida de todos. El mismo se descubrió y no tuvo reparos en confesarnos su culpa y la de los otros dos. Claro que cuando lo dijo ya se estaba sobre la pista y en vías de solucionarlo todo. Ignoraba nuestras pesquisas y nuestras desconfianzas. No fué a mí, sino a otro de mi confianza a quien se lo confesó. Confirmó en todos sus puntos los datos proporcionados por el servicio de Información. Dijo estar arrepentido, conquistado por nuestro estilo y dispuesto a someterse a las sanciones y pruebas que quisiéramos imponerle si le permitíamos que se quedase con nos-otros. Y se quedó. Se le vigiló. El Servicio de Información aseguró que era sincero.

Poco después estuvo en la ciudad otro pistolero, requerido para lo mismo que el anterior y por los mismos. Estaban impacientes por dar empleo a las pesetillas que habían juntado para ese fin. Este segundo nos despreció. Dijo que éramos muy poca cosa para él ; que él era de mucho postín dentro del género de los pistoleros. ¡Aún hay clases! Y que no se manchaba las manos por tan poca cosa. Y se fué.

CONCURSO DE MÉRITOS PARA SER PROCESADO

Se trataba de una causa por tenencia ilícita de armas. La calificación fiscal comenzaba así: "La tarde del 13 de junio de 1935, la Policía practicó un registro en los locales de Falange Española, que resultó infructuoso. Llegó al local el afiliado José Rodríguez Feijoo, que llevaba sin licencia un revólver Smith sin

número, y al advertir la presencia de la Policía se lo metió en el bolsillo a otro afiliado, Augusto Martínez Fernández, siéndole ocupado por los agentes."

Con un espectacular golpe de efecto contra Falange en toda España, el Director general de Seguridad de turno daba rienda suelta a su truculenta imaginación, temerosa de complots y confabulaciones. Pretendía sorprender a todas las Jefaturas Provinciales con registros simultáneos, y repartió agentes de Madrid por todo el ámbito nacional con unos días de anticipación. Ignoro lo que intentaba descubrir. Nosotros supimos su llegada y conocíamos todos sus movimientos. Nuestro Servicio de Información nos tenía al tanto de todo, pero no acertaba a averiguar sus intenciones. Sin embargo, las sospechábamos. No era difícil. Por entonces no se empleaban a fondo unas que contra nosotros. Gozábamos de ese privilegio. Y, en efecto, se practicó el registro el día 13 de junio por la tarde, creo que en toda España, y, al decir del Fiscal, resultó infructuoso. Aquella tarde mandaba la guardia del local el jefe de escuadra camarada Augusto Martínez Fernández, empleado en los Almacenes Romero, quien, instruido al efecto con la corrección debida entretuvo a los agentes con la disculpa de avisar al Jefe provincial, o a quien pudiera sustituir me, y corrió la voz para que los demás obrasen adecuadamente. Pronto localizaron al Secretario provincial, camarada Montoro, quien, en ausencia mía, presenció el registro. Todo marchaba a las mil maravillas. No hallaban nada ilegal. Los afiliados se avisaban unos a otros y hacían desaparecer cuanto pudiera comprometerlos. Pero el camarada Martínez se olvidó de que, como jefe de la guardia tenía en el bolsillo un revólver. Al final registraron á cuantos estaban en el local. Comenzaron por quien estaba más próximo a ellos, que era el camarada Augusto Martínez, el cual les había asistido durante todo el registro sin separarse de ellos ni un momento. Y, claro, le ocuparon el arma y se lo llevaran detenido.

A eso de las diez de la noche se me informó de lo ocurrido. Había que obrar con rapidez si queríamos aprovechar las es casas posibilidades de salvarlo. Decidimos la inutilización del arma en la Comisaría, antes de que se les ocurriese probarla o someterla a dictamen pericial. Aprovecharíamos algún des. cuido durante las visitas que en el curso de la noche le hicieran los camaradas. Encargamos de ello al camarada Nicolás Barja, hoy de la Policía y que entonces estaba para ser nombrado jefe de la primera línea. De su actuación en misión tan delicada da idea el parte de la Comisaría, obrante en el sumario, el cual Indica a la vez que habíamos llegado con retraso. Dice así: "El revólver fué examinado por los agentes, que observaron que funcionaba normalmente; pero al ser probado de nuevo, al tercero o cuarto golpe de gatillo dejó de funcionar. ignorándose las causas." El Juez se daba por conforme con este parte y se disponía a sobreseer y a dictar auto de conclusión sin procesamiento; pero el Fiscal lo probó de nuevo en el patio del Juzgado, y, tras algunos fracasos, al fin disparó.

El camarada Martínez se hallaba expuesto a la pérdida del empleo. A pesar de la buena disposición de los Almacenes Romero, la Casa del Pueblo, ardía en ira e indignación. Les exigían la expulsión del fascista sin contemplaciones. No podíamos exponer a los empresarios a las iras del populacho enardecido con amenazas de huelgas, revueltas, ruptura de lunas y otros desmanes.

Decidimos entonces cambiar de procesado. Se convocó un concurso de méritos entre los camaradas para su sustitución, y lo ganó el camarada José Rodríguez Feijoo, que los tenía indiscutibles. Era a 4a sazón jefe de una falange de la primera centuria y había intervenido en casi todas las acciones de algún volumen de la Falange orensana. Para ello hacía imprescindible conocer la posible reacción del Juez. Nos exponíamos a que fuesen procesados los dos. Yo mismo visité al señor Estampa, en mi calidad de Abogado encargado de la defensa del procesado. La tarea se nos presentaba erizada de dificultades, pues trataba al señor Estampa sólo superficialmente. Salí airoso, gracias a su amabilidad, y mi misión se vió coronada por el éxito. Al camarada Martínez se le puso en libertad y el "Feixe" sufrió dos meses de cárcel.

He aquí la declaración de éste al presentarse en el Juzgado. En el folio 11 del sumario puede leerse: "José Rodríguez Feijoo, soltero, electricista, de veintiún años, vecino de Orense, Peligro, 6, segundo, declara: que se presenta espontánea-mente a decir que es el dueño del revólver ocupado por la Policía, en el local de F. E., a Augusto Martínez. Al llegar al local y ver a la Policía, creyendo que ya habían cacheado a todos, pasó el revólver a Augusto Martínez para que cuando lo cachearan a él no se lo encontrasen. Que estaban presentes cinco o seis afiliados, ignorando si observaron o no la operación. Que Martínez no protestó, y no sabe si se dió cuenta o no. No tiene licencia, y lo encontró hace unos meses en la playa de la Concha, del río Miño, con unos cargadores de fusil."

REAJUSTES EN LOS MANDOS. PROPAGANDA

El verano en Orense es disociador. El calor nos dispersa imponiendo un paréntesis a la normalidad. Si añadimos el final del curso, en que los estudiantes de fuera se reintegran a sus hogares, se comprenderá

que las organizaciones como la Falange de entonces, que se nutria en buena parte del esfuerzo estudiantil, se resintiesen doblemente llegado el verano. A esto atendimos con un reajuste de mandos: unos, interinos; otros, definitivos. El Secretario provincial, camarada Montero, se ausentó en junio y no se reintegró hasta final del verano. Le sustituyó interinamente el camarada Antonio Rodríguez Ruiz, Maestro nacional de excepcionales dotes, muerto gloriosamente durante el Movimiento como Teniente provisional de Infantería. Desempeñó con singular acierto y eficacia la Secretaría Provincial durante los meses de verano, y la Jefatura Provincial en agosto, mes elegido para mis vacaciones. También vacó la Jefatura de Prensa y Propaganda, por ausencia del camarada Joaquín Sarmiento, y le sustituyó el camarada Fernando Vide Romero, jefe, a la vez, de la primera centuria. Se designó, durante estos meses, Jefe provincial de la primera línea al camarada Nicolás Baria, Maestro nacional y Jefe de la J. O. N. S. de Trasmiras.

A los dispersos se les utilizó en la propaganda para la provincia. Se les instruyó especialmente; se les dotó de los elementos necesarios para la fundación de las J. O. N. S. Se les dieron propaganda y ejemplares de "Arriba" y se procuró no perder el contacto con ellos durante la ausencia: De esto estaba encargada la Jefatura de Prensa y Propaganda, que, de cuando en cuando, ordenaba a los que residían en comarcas colindantes se concentrasen en un punto para el reparto de hojas que se les enviaba o para provocar discusiones en tabernas, bares, juegos de bolos o de llave y demás lugares de reunión y esparcimiento en aldeas y pueblos. Otras veces, los grupos de discutidores salían de la capital, y se daban tal maña que enviaban filiaciones y fichas firmadas a los primeros contactos. Otros se veían en la precisión de repartir estacazos. Pero todos abrían surcos y dejaban semilla y abono para que fructificase.

MODOS DE PROPAGANDA. JUICIO DE DIOS

Corría el verano de 1935 entre ardores y esperanzas. La desbandada veraniega se había iniciado ya. Primero, los estudiantes, la parte más bulliciosa de la Falange, que, finalizados sus estudios habían se habían integrado a sus hogares. Después, otras gentes: funcionarios, y empleados que, huyendo de este horno, se pasan los meses tórridos en climas más apacibles. Nos quedamos con los obreros. Estábamos en cuadro y nos asábamos a fuego lento.

Aprovechábamos una y otra circunstancias y canalizábamos la propaganda. Distribuíamos por la provincia pequeños grupos de camaradas, convenientemente instruidos y aleccionados, que provocaban discusiones sobre determinados temas enjugares de reunión y concurrencia de gentes -cafés, tabernas, reuniones callejeras- y exponían ante el público, más o menos numeroso, nuestros fines y los principales puntos de nuestro programa.

Uno de ellos, quizá el más selecto, actuaba en un pueblo cabeza de partido, de cierta importancia, de cuyo nombre prefiero no acordarme, en donde todos nuestros intentos de penetración, y fueron muchos, habían fracasado y sólo contábamos con un núcleo embrionario, raquítrico, enclenque. Habían fracasado allí nuestros mejores y más variados recursos de la propaganda. Ni el "Arriba", enviado gratuita y asiduamente a determinadas direcciones; ni los puntos iniciales y otras hojas de propaganda, reproducidas continuamente en la imprenta de "La Región"; ni los discursos del Jefe Nacional llegados por el mismo camino, habían logrado convencer a nadie. En vanos empeños se perdían nuestras ilusiones.

En la mañana de un día de feria me presenté en ese pueblo para presenciar los efectos de este medio de propaganda. Comimos en casa de uno de los camaradas de aquella local. Después al café, punto habitual de reunión y centro de las discusiones. Había en él mucha gente. El calor, agobiante; la atmósfera, pesada. Dos ventiladores proyectaban de vez en cuando, sobre nosotros, chorros de aire caliente. El piso, mojado por manos humanitarias, daba la impresión de que el dueño había intentado procurarnos sitio fresco y agradable. Nubes de moscas revoloteaban en masa por todas partes con su zumbido característico. Llenaban las mesas, la faz y el cuerpo de los concurrentes, las tazas del café, las copas, las lámparas, los cordones de la luz, las paredes, el aire, todo. Diríase que estábamos allí para alimento y criadero de moscas.

Ocupábamos una mesa que nos reservaran al lado de los contrincantes habituales de nuestro grupo de propagandistas. Era ya costumbre. Hasta tenían su público, que se agolpaba para escucharlos. Comenzó la discusión. Las razones de más peso eran las de los nuestros. El mayor ímpetu y la mejor dialéctica, también. Pero los otros eran tercios no se rendían. El público había hecho corro: se interesaba vivamente por la discusión. Tras una hora estéril, el jefe de los nuestros apeló a un recurso heroico:

—Estoy tan convencido —dijo— de la verdad y calidad de nuestra doctrina, que os invito, más bien, os reto, a poner en práctica el procedimiento medieval del Juicio de Dios para dilucidar esta cuestión. Pongamos en manos de Dios la decisión de cuál es la mejor entre nuestras dos posiciones programáticas.

Estas palabras sobrecogieron a los contrarios. Hubo una pausa, un silencio denso. Aprovechó el estupor para insistir:

—No vamos a acudir al procedimiento del fuego. Tampoco saldremos a la palestra a batirnos, como antaño. La decisión de Dios puede expresarse de cualesquiera modos. Lo que importa es que haya en nosotros voluntad de someternos a ella. Sometamos a su fallo cuál es la mejor de las dos doctrinas, cuál el programa mejor o cuál el camino que debemos seguir. Una vez sabido esto, cuantos aquí estamos nos inscribiremos en masa en las filas del partido elegido.

Dirigióse a mí para preguntarme si podía hacerlo, a lo que respondí afirmativamente. No así los contrarios. Se quedó en que el bando vencido dejaría el campo libre al vencedor en aquel pueblo sin más estorbos, cortapisas ni ulteriores propagandas.

—El Auto de Fe se celebrará aquí mismo —continuó nuestro camarada—. Dos programas impresos: uno, de nuestros veintisiete puntos, y el otro, de los vuestros, se extenderán en esta mesa ; se pondrán juntos e igualmente expuestos ambos a la libre acción de estas nubes de moscas. El primero que fuere obsequiado con esas motitas negras, o heces y huevos, de tales «volátiles», quedará fuera de combate, descalificado y vencido. ¿Hace?

Unos momentos de vacilación. Unos murmullos del público, que jaleaba y comentaba. Al fin se decidieron y aceptaron. Se limpió convenientemente el mármol de la mesa. Sobre ella se colocaron extendidos los dos programas. Esperamos. Guardábamos todos respetuoso, emocionado silencio.

Tras unos minutos de ansiedad, una escuadrilla, un nutrido grupo de moscas, se posó en la parte superior de nuestros veintisiete puntos. Tras éste, aterriza otro más numeroso todavía ; luego, otro. En poco tiempo, la parte superior de nuestro programa quedó cuajada de moscas que, inquietas, buscaban no sé qué, mientras el de los otros se conservaba intacto. La congoja hizo presa en nosotros, atroz, atroz ; nos agarrotaba la garganta. ¡Qué tentaciones de soplar! Pero nadie se movió. Había que cumplir la palabra empeñada. El grupo de moscas se movía : de la parte superior se trasladaron a la inferior ; se pararon, se volvieron y recorrieron de nuevo el papel de abajo arriba, de izquierda a derecha, sin mancharlo ; ni una gotita negra, nada. Y entonces ocurrió lo inesperado: levantaron el vuelo todas y, después de revolotear unos momentos y unírsele más que engrosaron el grupo, se lanzaron como Stukas sobre el programa de los contrarios. Y allí sí que no se pararon en barras, lo pusieron a pan pedir, todo cubierto de motitas negras. No respetaron ni el retrato del jefe, ni las firmas, ni la fecha. Diríase que vengaban alguna ofensa: tal era el ensañamiento con que se producían.

Una formidable carcajada resonó en el café pueblerino. Hubo aplausos y vítores. Cuando quisimos estrechar las manos de nuestros contrincantes, vencidos, no los hallamos ya. Habían desaparecido. Desde entonces pudimos contar allí con fuerte apoyo.

SEVERO CASTIGO A UN TRAIADOR

De nuevo, la Falange en el banquillo de los acusados. Esta vez. el delito es grave. Nada menos que «atentado». En el sumario habían sido, dos los procesados, pero el Fiscal sobreseyó respecto a uno. Esta vez estaba de nuestra parte.

He aquí el comienzo de la calificación del Ministerio público: «1.º Resulta del sumario que en la madrugada del 14 de agosto de 1935, el procesarlo, Manuel Delgado Rodríguez, en unión de otros dos sujetos que no pudieron identificarse, acometió, por rivalidades políticas, al sereno de la calle de Santo Domingo, Eduardo Rodríguez López, cuando se hallaba en el ejercicio de las funciones de su cargo, y le produjo lesiones en diversas partes del cuerpo, de las que obtuvo curación a los ocho días de asistencia médica, sin quedarle defecto ni deformidad.» Y le pedían tres años, cuatro meses y un día por el delito de atentado. Más quince días por la falta incidental de lesiones.

Había elegido el mes de agosto para disfrutar mis vacaciones veraniegas. Me hallaba en la playa, en Bayona de Vigo, cuando recibí la noticia por la prensa, que la daba con caracteres sensacionalistas, del castigo que la Falange infligiera en Orense a un sereno.

Era más bien una actuación de los Sindicatos. Jefe de la Central Obrera Nacional Sindicalista (C. O. N. S.) era el camarada Campio Vázquez, sastre. Actuaba entonces de Jefe provincial, sustituyéndome, el Secretario provincial interino, magnífico y eficacísimo camarada, Antonio Rodríguez Ruiz, Maestro nacional y de excepcionales dotes de inteligencia y valor, muerto gloriosamente en acción de guerra en la de Liberación, como Teniente provisional de Infantería. En Orense, durante el verano, todos se iban, y había

que turnarse y sustituirse unos a otros en los cargos. Los Sindicatos gozaban de cierta autonomía, que se habían ganado por la competencia de sus dirigentes. Funcionaba en ellos un servicio de colocación admirable. En cuanto se producía una vacante en cualesquiera empresa o servicio público, diríase que se enteraban antes que los de la misma empresa ; se movilizaban con tal acierto, que al final conseguían la plaza para su candidato.

A mediados del invierno quedó vacante la plaza de sereno de la calle de Santo Domingo. La solicitó el entonces camarada Eduardo Rodríguez López, apoyado por nosotros. La trabajaron también con ahinco los socialistas y los comunistas, presentando cada cual su candidato. En aquellos tiempos, los serenos eran muy valiosos para los Servicios de Información. Para el nombramiento se necesitaba que coincidiesen dos mayorías : la de vecinos y la de la Comisión municipal correspondiente. No se arredraron los de nuestro Servicio de Colocación. Contábamos con algunos concejales afiliados en fichero reservado, cuyos nombres lamento no recordar. Y no nos faltó el apoyo del vecindario, que se volcó con entusiasmo a nuestro favor. Las casas de la calle de Santo Domingo, tan orensana, albergaban, tras sus gruesos muros de granito, innumerables camaradas y familias enteras de simpatizantes. El éxito fué arrollador. Firmaron casi todos, y además estaban dispuestos a no entregar las llaves a otro que no fuera nuestro patrocinado. Y triunfó nuestro candidato.

A los pocos meses sé nos pasó a los comunistas. Comenzó a cumplir de mala gana las consignas que se le daban. Dejó de concurrir al local. Hizo caso omiso de las citaciones y se negó a pagar las cuotas sindicales. Se le requirió para que se explicase y no hizo caso ; más bien contestó con insultos y desplantes. Se investigó, y se supo que de antiguo le hacían tertulia destacados comunistas hasta muy entrada la madrugada, y que se jactaba de ello y menospreciaba a los Sindicatos falangistas. Se la ganó.

El grupo que le aplicó la sanción se componía de seis camaradas. Tres vigilaban los posibles accesos y tres le atizaron, sujetándolo y golpeándolo hasta dejarlo tendido y conmocionado. A sus gritos acudieron los vecinos, que lo condujeron a la Casa de Socorro de la Cruz Roja. Los camaradas del grupo eran: Francisco Rodríguez, ferroviario ; Julio Domínguez, camarero ; Vicente Ucha, labrador; Manuel Delgado, peón; Manuel Buceta, recauchutador, y Arturo Quintana, peón. A los que habría que sumar los serenos de las calles adyacentes, quienes, también camaradas, colaboraron en la vigilancia y facilitaron la fuga y ocultación de los seis. Fué un golpe de efecto, que convenció a los comunistas de que con nosotros no se bromeaba.

Al regresar del veraneo, en los primeros días de septiembre, hube de hacerme cargo de un sumario bastante embarullado y con dos procesados por atentado: Vicente Ucha y Manuel Delgado, los cuales, al ser interrogados por la Policía habían confesado. Menos mal que los demás se habían escurrido por entre las mallas de la justicia con sus declaraciones gracias a la habilidad de Julio Domínguez en tales menesteres.

Antes del juicio oral tuve un cambio de impresiones con el Fiscal. Había hecho indagaciones acerca de la fórmula empleada en la redacción de la credencial y tenía mis dudas de que el sereno fuera autoridad en aquel momento. El Fiscal, acusaba al Jefe, señor Espinosa albergaba las mismas dudas. Le hallé francamente inclinado a favorecernos. y hasta noté en él cierto deseo de darnos esa satisfacción. Concertamos que tomaría él la iniciativa a este respecto en el juicio.

Ya en estrados, pidió al perjudicado la credencial del nombramiento de sereno. La examinó y me hizo un guiño afirmativo. La pasó al Tribunal, y luego, a mí. Después, en su momento procesal oportuno, retiró la acusación, y el asunto pasó al Juzgado Municipal para su tramitación en juicio de faltas. Resultó que no era autoridad el sereno en cuestión y, por tanto, no podía haber delito de atentado.

TRASLADO A VIGO DE LA PLAZA DE TOROS DE MADERA

Una empresa de Vigo adquirió la plaza de toros de madera que se había montado con carácter provisional para las fiestas del Corpus de aquel año en Orense. El empresario de esta ciudad don Vicente Nieto, comerciante y gran aficionado a los toros, se había comprometido a trasladarla a Vigo. Los jefes sindicales aseguraban que nuestros Sindicatos se hallaban en condiciones de realizar el traslado. Consistía este trabajo en desmontarla en Orense, transportarla y montarla en Vigo. Vinieron a mí para contagiarme su optimismo y arrastrarme a tratar con el empresario para conseguir la contrata. Convocamos a Consejo rápidamente, en presencia de las jerarquías sindicales y los asesoramientos que consideré oportunos, y acordamos que los Sindicatos tenían capacidad más que sobrada para la empresa en cuestión y que procedía la gestión solicitada. Se trató con el señor Nieto. Como esperaba, por esta parte no hubo dificultades. El señor Nieto simpatizaba con nosotros, aunque no figurase entre nuestros afiliados. Aceptó. Al momento firmamos un compromiso, indispensable según el maestro carpintero que iba a dirigir la obra, para

preparar la herramienta y contratar a la gente. Algunos camaradas eran de fuera y había que desplazarlos. Aquella noche, en el Bar Roma, se celebró la firma del contrato. Inmediatamente comenzaron los preparativos.

Días después fui llamado por el señor Nieto. Me dió cuenta de las dificultades que habían surgido con la empresa de Vigo al enterarse de que habían sido precisamente nuestros Sindicatos los que habían cogido la contrata del traslado. Temían a la Casa del Pueblo de Vigo, en manos de los marxistas, y aseguraban que no lograríamos hacer nada en aquella ciudad. Le habían rogado que nos propusiera la rescisión del contrato con las indemnizaciones consiguientes. Discutimos amistosamente el asunto y quedamos en prestar una fianza de 15.000 pesetas en garantía de que la plaza se montaría para una fecha determinada. Estuvo presente a nuestra entrevista el empresario de Vigo. Se mostraba intransigente y se puso pesado con que los de la Casa del Pueblo no nos permitirían trabajar allí. Para acallar sus escrúpulos, tuve que decirle que de aquí tampoco saldría la plaza si nosotros nos oponíamos. Como el señor Nieto corroboró mis afirmaciones, el de Vigo transigió. Di cuenta a los mandos sindicales del giro que había tomado la cuestión, de las dificultades que surgieran por coaccionar la Casa del Pueblo de Vigo a los empresarios de aquella población y de la fianza que había prometido al señor Nieto, a quien no quería perjudicar en lo más mínimo. Insistí en que reflexionasen de nuevo sobre las dificultades que inesperadamente se habían presentado. Les puse al corriente de la fórmula propuesta por el de Vigo, y rechazada por mí, de que se desmontara y trasladara por nosotros y se le dejara allí para que fuera montada por los de Vigo, la cual, aun cuando rechazada por mí, me había parecido una transacción bastante decentita. Y que en este caso no se nos exigiría fianza. Se discutió y fué rechazada. Era tal la euforia reinante, que se encontraron capaces de coronar la empresa del montaje en Vigo contra todas las oposiciones.

Rechazada la transacción, pusimos manos a la obra de buscar un fiador. Visitamos a los económicamente fuertes que se titulaban protectores nuestros. Ninguno aceptó proteger a la Falange hasta esos extremos. Los había solventes entre los camaradas de primera línea ; pero me resistía a convocarlos para tal empresa, por considerar que ya era bastante con que se jugasen la vida a cada instante como militantes de la Falange. Pero no fué posible asociar a nuestra empresa a los económicamente fuertes de fuera de nuestras filas, y hubimos de recurrir a los de casa. Tanto Montero como Cendón tenían solvencia más que sobrada para responder de esa fianza ; se echó maná de ellos. Se comprometió cada uno por la mitad : siete mil quinientas pesetas.

Al día siguiente fuimos a formalizar la caución, que fue aceptada por ambas partes sin reparos, y el empresario de Vigo, un tanto monino, me confesó que nos la había exigido en la creencia de que no podríamos prestarla y lograr así la rescisión. Ya dije que no nos conocía.

Había no pocos parados en el Sindicato. Se les dió trabajo a todos en la empresa colectiva. Comenzaron la faena en me-dio del mayor entusiasmo. Fué tal el ardor puesto en ella, que la primera etapa, el desmontarla, se logró en la mitad del tiempo calculado. La alegría de Montero y de Cendón no es para descrita, seguros ya de que su dinero no peligraba. Cendón hacía continuas visitas al lugar del emplazamiento y nos tenía al tanto de todo. Se había constituido en el más diligente inspector de las obras. Un tanto impaciente, inquieto, desasosegado, no pararía hasta ver las siete mil quinientas pesetas rescatadas y a cubierto de todo riesgo. Los demás lo embromaban :

—Por ahora las cosas marchan bien, Cendón. Pero en Vigo...

—En Vigo será como aquí. Si se desmontó ene la mitad del tiempo, calcula lo que sobrará del montaje — contestaba.

—O no. Allá no cuentas con las ayudas que tienes aquí. Aquí ayudaron hasta los del S. E. U. Todos hicimos algo. Los estudiantes, al salir de las clases, se iban allí y ayudaban. Los dependientes de comercio, los empleados, todos,. en fin, íbamos allí en nuestros ratos libres y echábamos una mano. Y en Vigo, eso no va a poder ser.

Cendón se impacientaba. Pero acertó el embromador. Todo marchaba bien ; no diremos que sobre ruedas, porque sobre ruedas fué, en realidad, hasta Vigo, transportado en camiones. Todo iba a pedir de boca, hasta que comenzó la explanación y el montaje en la ciudad de la Oliva. No los dejaban trabajar los marxistas de la Casa del Pueblo. Constante-mente se veían obligados a organizar la defensa del tajo contra los continuados intentos de asalto de los marxistas, y no podían trabajar. Muy valientes, se defendían bravamente ; pero no podían trabajar. Hasta nosotros llegaban noticias alarmantes. Aquello no avanzaba. Apenas si habían logrado la explanación y colocado unas maderas en varios días en los ratos que les dejaban libres los asaltantes. Cendón estaba desolado. Temió por sus siete mil quinientas pesetas.

A pesar de los informes descorazonadores, no juzgarnos conveniente ni oportuna nuestra intervención. Esperaba a que la solicitasen los propios mandos sindicales. Mientras ellos considerasen normal la situación, no tenía por qué precipitar los acontecimientos. Pero loa-mandos sindicales se mantenían en la más sospechosa de las reservas. Se envió entonces un observador ex profeso de toda confianza, con instrucciones concretas. Y he aquí lo que informó: «No es posible trabajar en las condiciones en que

pretenden hacerlo, teniendo que rechazar los asaltos al tajo que les organizan a cada momento. Lo peor del caso es que no se le encuentra remedio. Visité a los de Falange de Vigo y me convencieron de que les es imposible hacer nada. Son pocos y gente bien ocupada. No sé qué crisis padece en estos momentos la Falange de Vigo. Visité a un policía amigo. Hablé con un sargento de guardias de Asalto conocido y con algunos números para ver de inclinarlos a nuestro favor. Al explicarles el caso se indignaban contra los de la Casa del Pueblo, pero contestaban todos lo mismo: «No es posible hacer nada.» En el Ayuntamiento, y presentado por un concejal amigo, tampoco podían hacer nada. Al parecer, en Vigo la Casa del Pueblo es el más sagrado «tabú» de que tengo noticia. Todos comprenden, todos me dan la razón ; algunos, hasta se indignan ; pero al enterarse de que anda por medio la Casa del Pueblo, callan todos, se encogen de hombros y declaran con desfallecimiento: «Nada ; no es posible hacer nada.» La clave de estos misteriosos acontecimientos me la dió el oficial que la otra tarde mandaba el piquete, también amigo. Le expuse mi punto de vista y le di mis quejas por la conducta de las turbas y la de la autoridad por él representada en aquel instante. Me atajó con ironía y me aseguró que aquello no tenía mayor importancia. Que, en efecto, las autoridades podían portarse de otro modo, pero que consideraban, y esto sí que puede tener más trascendencia, que la culpa era nuestra por habernos ido a meter en don-de nadie nos llamaba, precisamente en Vigo, en donde tenía tanta fuerza la Casa del Pueblo. Que a él, particularmente, lo tenía a mi disposición y a la de los nuestros ; pero oficialmente, al mando del piquete, tenía órdenes concretas que cumplir. Estas consistían en presenciar, nada más, mientras no llegasen a las manos. En caso de que esto ocurriese y tuviese que intervenir «por la violencia desplegada por los fascistas —los fascistas éramos nosotros—, lo haría para proteger a los de la Casa del Pueblo contra los provocadores forasteros». Terminó con la afirmación de que no nos hiciéramos ilusiones. Desde luego, los trabajos están desesperadamente atrasados.»

Hice venir entonces al Jefe de la J. O. N. S., camarada Campio Vázquez ; al del Sindicato, camarada Orentino González ; al maestro carpintero. Los tres estaban en Vigo, al frente de las obras. Los hice venir para que me informaran e informaran al Consejo que se convocó a tales efectos. Coincidieron, en términos generales, con el informe anterior. Reconocieron la imposibilidad de terminar el montaje de la plaza en aquellas condiciones de trabajo para el día del compromiso. Habían intentado negociaciones con la Casa del Pueblo, pero no les hicieron el menor caso. Pero había una salida: a los empresarios de Vigo se les causaban pérdidas irreparables de no montarse en el plazo fijado. Se trataba de una corrida en las fiestas. Trabajando en paz, con obreros de Vigo, podrían tenerla lista para ese día. Habían intentado negociar con los Jefes Sindicales la rescisión de contrato, indemnizando, naturalmente, lo que procediese. Decidimos que ésta era una solución muy razonable y conveniente, y el Consejo acordó que se aceptasen las proposiciones de los empresarios de la ciudad de la Oliva. Se avinieron a pagar con bastante esplendidez todos los gastos, jornales bastante altos e indemnización por lo que se había renunciado a ganar. Téngase en cuenta que la esplendidez de la empresa era obligada, puesto que no podría reclamar la menor cosa por incumplimiento de contrato si no se le entregaba en el término fijado. Teníamos a favor nuestro la causa de fuerza mayor. Las fianzas, per-tanto, estaban a salvo. Todos quedaron contentos. Se demostró, además, que hacíamos lo posible por no causar perjuicios a quien trataba con nosotros de buena fe.

SERIO PERCANCE EN GINZO DE LIMIA. PREPARATIVOS MARXISTAS

La célula falangista que dejamos constituida en la cárcel nos comunicó el plan revolucionario marxista con que pensaban conmemorar el aniversario de la revuelta rojo-separatista de octubre de 1934. No llegó a producirse ; pero estaba concienzudamente estudiado y minuciosamente dispuesto. Se informó a Madrid. Nos dió cuenta también de la convocatoria, celebración y resultados de un Congreso —clandestino, claro— para unificar las distintas ramas, actuaciones y programas anarquistas, que se celebró en El Ferrol por entonces. Conocimos hasta el detalle su preparación, desarrollo y acuerdos. Supimos incluso los nombres de los delegados de esta provincia que acudieron al mismo. De todo se dió cuenta oportunamente a la Nacional.

Nuestras actividades propagandísticas adquirían cada vez mayor volumen. Las conferencias semanales que se habían dado en el local nos depararon un plantel de oradores nada despreciable. En los equipos de discutidores habían conseguido perfeccionar su dialéctica no pocos camaradas. Teníamos en estudio un vasto plan para recorrer la provincia dando mítines semanales en los puntos más interesantes, para terminar con un acto en Orense, en el que intervendrían las más altas jerarquías nacionales. Mientras, inundábamos la provincia de hojas y de números de «Arriba», nuestro semanario, que, una vez leído por los camaradas, era entregado en el Departamento de Propaganda para su envío a determinadas direcciones. Habíamos logrado de «La Región» trato de favor para la reedición de la propaganda que nos enviaba la Nacional, en grandes cantidades, sin duda, pero que para nosotros resultaban insuficientes. Uno de los aspectos del trato de favor consistía en que le fuéramos pagando con arreglo a lo que íbamos reuniendo, no en relación al

volumen de la deuda. Llegamos a deberle hasta seis mil y pico de pesetas, cantidad para entonces, y para nuestros medios, realmente astronómica. Otras veces se desplazaban en turismo los equipos de camaradas a verificar el reparto en lugares de concentración: romerías, ferias... O se subía a los pisos y se metía por debajo de las puertas.

En septiembre sufrimos un serio percance en Ginzo de Limia. Perdimos en él casi todas las armas de que disponía la Provincial. Y detuvieron y procesaron por depósito de armas a dos magníficos camaradas : Julio Domínguez, a quien conoce ya el lector, y Diego López, empleado municipal de Arbitrios.

Este último, con licencia de uso de armas. Los tuvieron encarcelados indefinidamente en prisión preventiva, sin que se viese la causa. Así estuvieron hasta que, llegado el 18 de julio de 1936, fueron libertados.

Tratábase del reparto de las hojas que sobre la vergüenza de Gibraltar había editado la Nacional. Contenían la reproducción fotográfica en huecograbado y un pie bastante sustancioso. Se preparó un reparto profuso en la feria de Ginzo, acompañado de otras hojas con los discursos de José Antonio y los puntos iniciales y demás. Se encargó del servicio un grupo de distinguidos: Montero, Barja, Ballesteros (a) «Cepillo», estudiante, muerto gloriosamente en, el frente de Huesca ; «el Feixe», Julio Domínguez, Diego López, Julio Rey y Fernando Vide, Barja y Montero esperaban en Ginzo. El primero era Maestro en una aldea próxima. El segundo residía durante el verano en aquel pueblo. Los seis restantes se desplazaron en un taxi desde la capital con todo el material necesario. Se di-rigieron a casa de Montero, adonde pasaron los paquetes de la propaganda. En esta faena fueron sorprendidos por un cabo de Asalto, asistido de un número de la Guardia Civil requerido al efecto,, quienes detuvieron a los que hallaron en el coche, que resultaron ser: el chófer del taxi, que luego fué puesto en libertad ; Diego López y Julio Domínguez. Este último salió corriendo velozmente, perseguido por los guardias. Hubo de entregarse en una calle sin salida, por donde erróneamente se había metido. Los otros se salvaron al fugarse en dispersión. La casa de Montero fué respetada. El camarada Joaquín Estévez, tablero, de Orense, que había acudido a la feria en ejercicio de su industria, auxilió a los que pudo al verlos en apuros y consiguió ocultar a algunos en distintos lugares. Al «Feixe» lo metió en el Casino apresuradamente. Al encontrar-se solo, se desprendió de cuantos objetos pudieran comprometerlo si fuera detenido. Escondió en el piano una porra, y en la estufa, un puñado de balas de revólver. Luego salió des-preocupado en busca de los demás. No volvió a acordarse de las balas de la estufa. A nadie advirtió que las había escondido allí. Y cuenta que, transcurrido poco más de un mes, una tarde en que el ,frío arreciaba encendieron la estufa sin limpiarla previamente. Minutos más tarde se oyó una explosión ; luego. otra y otra... Salieron corriendo todos los presentes. ¿ Petardos, bombas?... Nadie daba con lo que podía ser aquel misterio. Al fin cesaron. Con las cautelas del caso volvieron todos. Examinaron la estufa. “¡Balas! ¿Quién habría tenido la humorada de colocarlas aquí?”

La mayor parte de la propaganda se había salvado en casa de Montero. Y mientras se instruía el atestado en el cuartel a los detenidos, los no detenidos la repartieron en la feria. Luego se personaron en el cuartel de la Guardia Civil, a fin de aliviar en lo posible la suerte de los presos y evitar que el cabo de Asalto, cuya parcialidad era manifiesta, agravase ron fantasías los cargos del atestado. La intromisión extemporánea de este funcionario ocasionó un incidente con la Guardia Civil, que tuvo que imponerse con firmeza para defender sus fueros. Lo cual no dejó de favorecer la complicada situación de los nuestros. Sin embargo, no pudo evitarse que se deslizasen en el atestado apreciaciones que dieron lugar en el sumario a ciertas inquisiciones del juzgado, en el afán inmoderado de complicarnos en el depósito de armas a todos los directivos de la Falange provincial. Esto y la prolongadísima prisión provisional, a sabiendas de que la sentencia había de ser absolutoria : el sinnúmero de molestias a que fueron sometidos ambos camaradas, quizá" con objeto de provocar contradicciones, y la circunstancia, sospechosa en extremo, de que el cabo de Asalto estabas destinado a La Coruña y llegó aquella mañana a Ginzo, requiriendo inmediatamente la ayuda del Guardia civil para realizar este servicio, sin vacilar y sin equivocarse en el coche que había que registrar, me hace sospechar lo que no diré aquí, porque supongo que el lector no lo necesita, máxime después de que han ocurrido tantas cosas inexplicables. Y si desea aguzar un poco más las sospechas, no olvide el detalle, al parecer sin importancia, de que ese día se preparaba. por vez primera, de reparto en masa de las hojas de Gibraltar hasta entonces desconocidas por el gran público. A pesar de todo, se repartieron profusamente.

Las conclusiones provisionales del Fiscal en esta causa comienzan así: 1.ª «El día 27 de septiembre de 1935, los procesados Julio Domínguez Rodríguez y Diego López Rodríguez, en compañía de otros sujetos hasta el presente desconocidos, se dirigieron en automóvil de esta ciudad a Ginzo, con objeto de hacer propaganda de Falange Española de las J. O. N.-S.», siéndoles ocupadas. después de llegar a dicha villa, por la Guardia Civil, bajo el asiento trasero del coche que los condujo : un revólver Smith, fábrica de Crucelegui ; dos revólveres sistema Velo-Dog, sin marca ni número de fabricación, y una pistola marca Joloar, Eibar —ésta es la que me había regalado Felipe Bárcena la noche de su despedida—, para el uso y tenencia de las cuales carecían de las necesarias licencias y guías. El procesado Diego López llevaba además sobre sí una pistola Astra, número 508.614, para cuyo uso poseía la licencia y la guía de pertenencia reglamentarias. Los procesa-dos eran, al ejecutar el hecho, mayores de dieciocho años,

deduciéndose de las circunstancias de aquél su escasa peligrosidad social.» Se veía que el Fiscal era más comprensivo que el cabo de Asalto.

Entre las piezas de convicción se señalan, aparte de las armas enumeradas, folletos de propaganda. libros de ¡Arribar España! y cuatro camisetas azules. Y entre las preguntas que les fueron hechas por el Juzgado, que constan en el sumario, está lo siguiente: «Preguntada si para repartir propaganda o usar las armas seguían sugerencias o instrucciones de F. E. de Orense o hechas directamente por los directivos, dice que lo ignora y no sabe si a sus compañeros se las darían. Que ninguna de las armas ocupadas era de su pertenencia.»

VISITA DE SUEVOS. REUNIÓN DE JEFES EN MADRID

Nos hizo por entonces su segunda visita oficial el Jefe territorial, camarada Jesús Suevos. Visita de despedida. Estuvo todo un día entre nosotros. Cenamos juntos. Durante la cena me dijo que había renunciado al cargo. Había de trasladarse a Madrid a fin de preparar unas oposiciones. Confidencialmente me confió su convicción de que se me designaría a mí para sustituirlo.

Poco tiempo después fui llamado a Madrid por José Antonio. Se me señalaba en la comunicación el día y la hora en que debería presentarme en el despacho de José Antonio. El expreso llevaba tanto retraso, que no me fué posible comparecer ante el Jefe a la hora ordenada ni siquiera el día señalado. Tardamos unas doce horas en llegar a León. Allí nos hicieron transbordar a otro tren, un correo que, habiendo salido unas horas antes que el nuestro había corrido peor suerte, con más retraso que nosotros ; pero quizá por eso se le consideró con más experiencia que a nuestro expreso, y a él pasamos los viajeros de varios trenes. En el restaurante de la estación me tropecé con Suevos. Iba a lo mismo que yo. Había sufrido análogos percances. También lo metieron en el correo de marras. Como los dos viajábamos en tercera —entonces no podíamos hacer otra cosa—, nos constituimos en compañeros de viaje. No nos vino mal. Tardamos unas veinticuatro horas aproximadamente de León a Madrid. Total: más de treinta y seis horas de viaje. Suevos había preguntado por teléfono. Sabía que se trataba de una reunión de Jefes provinciales, territoriales y Nacional.

Llegamos de noche. En las calles de Madrid, el bullicio de siempre. Una diferencia noté. En el año 33 se compraba «La Nación» arrebatándose de las manos a los vendedores. Ahora, dos años después, lo que la gente pedía era el «Heraldo». Lo comentamos. Suevos había observado lo mismo. ¡Este bienio absurdo!

—Derechas, izquierdas. Igualmente fracasadas. Si nosotros llegamos antes que el comunismo, salvaremos a España. Si no..., ¡sólo Dios sabe lo que ocurrirá !

Por la mañana acudimos los dos a la Cuesta de Santo Domingo para saludar a José Antonio y explicarle nuestro retraso. Hubimos de hacer antesala. José Antonio despachaba con unos extranjeros. Mientras, recorrimos las dependencias para observar las instalaciones de los diversos Servicios Nacionales y saludar a los Jefes. Despachamos con Raimundo asuntos pendientes. Charlábamos con Aguilar y Mariano García, que clasificaba papeles y fichas, cuando se abrió la puerta del despacho de José Antonio y salió éste acompañando a dos jóvenes rubios, altos, fuertes, a quienes acompañó hasta el pasillo. Al regresar nos saludó con su natural afabilidad y nos invitó a pasar al despacho. Vestía la camiseta azul con las tres estrellas en oro de Jefe Nacional debajo del yugo y las flechas. Resaltaban unos gemelos de esmalte con yugo y flechas. La pieza, no muy grande, rectangular. La mesa, renacimiento, en el ángulo de la izquierda, entrando. Tras ella un sillón frailer, que ocupaba él. Tomamos asiento frente al Jefe. Explicamos el retraso del tren. Comprendió ; nos disculpó. Nos dió cuenta del objeto de la convocatoria: reunir a todos los Jefes de España para que nos conociésemos unos a otros y que cada uno informase, delante de los demás, de la labor de cada cual en su provincia y del estado actual de las organizaciones provinciales, para que cada uno de nosotros consiguiese una visión de, conjunto lo más completa y auténtica de la Falange en toda España. Además, y éste era otro de los fines de la reunión, quería advertirnos de que muy pronto nos veríamos obligados a una clandestinidad más o menos rigurosa, y deseaba tomar algunas medidas para que la organización saliese airosa del trance difícil, cuyos términos no podía prever, pero sí presentía. Sobre ello no insistió. Eran las medidas: la consigna de que nos organizásemos en células y la entrega a cada uno de nosotros de una clave, para que nos comunicásemos en lenguaje cifrado con la Nacional cuando lo requiriesen las circunstancias. También quería entregarnos en mano a cada uno quinientas pesetas para los gastos provinciales, que le había donado un torero para esos fines. No dijo quién había sido el generoso donante, pero después se habló entre nosotros de Marcial Lalanda y de Nicanor Villalta.

Lamentó nuestra ausencia. Nos aseguró que la reunión se había celebrado en un ambiente de sinceridad alentador y había constituido un éxito rotundo. Nos hizo luego el resumen de lo tratado. Tenía sobre la mesa

un libro abierto. En la mano derecha, una plegadera con la que golpeaba las páginas del libro mientras hablaba con voz persuasiva y gesto abstraído, inclinándose hacia adelante y fijando la mirada en algunos objetos que reposaban en la mesa. A veces la levantaba para observarnos alternativamente. Nos habló de Galicia ; nos dijo que nuestra región era como un poema de fecundidad. Que había en nuestra tierra algo telúrico que se metía ,en el alma y nos sujetaba a ella. Y que el hombre que se asomase a los ojos de una gallega no era fácil que se olvidase de ellos. Se declaró admirador de su trascendente femineidad.

A mi regreso se me miraba en Orense con curiosidad ostensiblemente temerosa. Mi viaje había puesto sobre ascuas a muchos que creyeron, al igual que no pocos ilusos camaradas, que había sonado nuestra hora en el reloj de la Historia y que me llamaban para asaltar el Poder. Se nos vigilaba. Incluso en Telégrafos detuvieron telegramas dirigidos a mí con el burdo pretexto de que se desconocía mi personalidad. Pude reclamarlos antes de que los devolvieran, gracias a la diligencia de uno de los oficiales del Centro, afiliado a la Falange.

SEGUNDO CONSEJO NACIONAL. SE ME NOMBRA JEFE TERRITORIAL

No tardé en volver a Madrid. Sé reunía el segundo Consejo Nacional, y yo había sido designado Consejero por el propio José Antonio. En las elecciones para Consejero representante de Galicia había salido elegido el camarada Daniel Buhigas, a la sazón Jefe provincial de Pontevedra. Cada J. O. N. S. tenía un voto. Y el escrutinio se hacía en Madrid, en la Secretaría Nacional. Galicia contaba con tres Consejeros Nacionales: Suevos, Buhigas y yo.

Oportunamente se nos envió el reglamento del Consejo, el programa y los temas a discutir, a fin de que eligiésemos la ponencia en que deseábamos figurar. El viaje lo hice con Buhigas. Días antes me llamó para poner a mi disposición dos plazas en un turismo de alquiler. Designé, para que me acompañase, al camarada Vide. Ya he consignado que era Jefe de Prensa y Propaganda, y continuaba siéndolo de la primera centuria, y me interesaba que observase la organización y funcionamiento de aquel servicio en la Nacional. Hicimos el viaje de un tirón hasta Valladolid. Allí nos detuvimos y visitamos el local de Falange. Entramos en Madrid de madrugada. A la mañana siguiente nos levantamos un poco tarde. Llegamos con algún retraso a la sesión inaugural. Cuando penetramos en el salón de Plenos, iba ya más que mediado el discurso de apertura de José Antonio. Estaba haciendo un resumen de lo actuado en el período de su Jefatura. Al fondo, en telón negro con el yugo y las flechas en rojo, los nombres en oro de los caídos. Algunos Consejeros llegaron aún más tarde que nosotros. Después saludamos al Jefe y tuvimos un cambio de impresiones sustancioso. Nos distribuimos en las ponencias. A mí se me incluyó en la Comisión de los regionalismos para fijar nuestra posición ante los Estatutos. Trabajamos de firme, sin descanso. Unas horas, de comisiones ; otras, de sesiones plenarias. Todas muy interesantes. Todo el día ocupados. En el último Pleno se eligió la Junta Política, y al final nos regaló José Antonio los cordones distintivo de Consejeros Nacionales. Cordones rojo y negro con borlas y pasadores en oro. A la salida nos hicieron una foto colectiva que he visto publicada en varios lugares. Luego, el acto de clausura, en el cine Madrid, fué impresionante. Daba sensación de fortaleza maciza, rotunda, aquella masa, electrizada por los oradores de aquel día, por el discurso profundo del Jefe Nacional, por los ritos de la Falange. Después, un banquete de camaradería. Por la tarde, la despedida. Estábamos todos fatigados, y José Antonio, más. El día había sido de prueba: Me tenía asombrado su resistencia física. En la Cuesta de Santo Domingo, a última llora de la tarde, nos recibió por regiones para despedirnos, cambiar impresiones e impartir consignas. Reiteradamente había expresado deseos de sostener una larga conversación conmigo... Dejé para última hora nuestra despedida creo que deliberadamente. Era ya bastante tarde cuando nos llamó a los gallegos. Entramos Buhigas y yo. Suevos no había asistido. Nos habló primero de cosas triviales ; después, del éxito del Consejo, de la opinión unánime de cuantos habían desfilado por su despacho aquel día respecto al acto de clausura, de que producía la sensación de estar en el Poder. Nos asegura a continuación que Suevos insistía en dejar la Jefatura territorial de Galicia y que él quería que le sustituyese yo. Acepté. Llamó a Raimundo y le dijo que se me extendiese el nombramiento, que conservo. Seguidamente rogó a Buhigas que nos dejase solos. Deseaba hablar conmigo reservadamente. Se fué Buhigas, y José Antonio me instruyó en los deberes específicos de mi nuevo cargo. Me entregó el nombramiento, que firmó allí mismo, en mi presencia, y me dió la consigna de que me desligase cuanto antes de la organización provincial. Continuamos de charla buen rato aún. La conversación se desvió a temas profesionales. Le di cuenta del proceso por depósito de armas del Juzgado de Ginzo. Cambiamos impresiones respecto al mismo. Perfilamos definitivamente el plan de propaganda que tenía proyectado para la provincia, del cual habíamos hablado los días precedentes, y quedó establecido que sería cerrado con un acto en la capital, en el que intervendrían el propio José Antonio, Raimundo, Julio Ruiz de Alda y Manuel Mateos.

Al fin nos despedimos. Un fuerte apretón de manos, un abrazo, unas palmadas y unas palabras:

—Tu misión es muy difícil. ¡Que el Espíritu Santo te ilumine!

Salió a despedirme hasta la puerta. Allí lo dejé, alto, imponente sin afectación dentro de su camisa azul, varonil, yugo y flechas sobre su corazón, apasionadamente al servicio de España. ¡Nuestro capitán de los luceros Recia personalidad.

NUEVO JEFE PROVINCIAL

A nuestro regreso convoqué un Consejo Provincial extra-ordinario. Se convocó a todos los Jefes de J. O. N. S. de la provincia, juntamente con los Jefes de Servicios de la capital. Faltaron muy pocos y duró dos días. Les di cuenta de las tareas del segundo Consejo Nacional y de la decisión de José Antonio de designarme Jefe territorial de Galicia, con el en-cargo expreso de que me desligase de la Provincial y nombra-se nuevo Jefe para sustituirme. Añadí que esperaba saliese de ese Consejo el futuro Jefe.

Así fué. Durante las sesiones del día segundo llegamos al convencimiento de que quien reunía las condiciones máximas para Jefe provincial era Jaime Prada Losada, Jefe de la J. O. N. S. de Valdeorras y de brillante historial. Fundador de aquella J. O. N. S. afiliado desde el año 33 a la Falange, había formado parte del primer Triunvirato provincial. Su prestigio era grande entre los camaradas y había ejercido beneficiosa influencia en la organización provincial. Reunía, además, la adhesión, unánime y las simpatías de todos. Al clausurar el Consejo teníamos la impresión de haber dado un paso en firme. Pero duró poco. Antes de un mes se trasladó a Madrid, donde vive desde entonces. Le dieron un destino en el Ministerio de Comercio. Al ausentarse y dejar vacante de nuevo la Jefatura Provincial, tras algunas vacilaciones, se designó para sustituirlo al camarada Antonia R. G. Montero, Abogado, que venía actuando de Secretario territorial, y antes, de Secretario provincial.

Desligado de la Provincial, me dediqué de lleno al estudio de los problemas que tenía planteados la Jefatura territorial.

Nos visitaron camaradas de las distintas provincias de nuestra jurisdicción. Recibíamos copiosa correspondencia. Nuestro deseo hubiera sido, tras un estudio de los problemas, confeccionar un plan general para irlos solucionando en un orden de preferencia, según su importancia. Pero no nos dieron tiempo. Todos eran igualmente urgentes: dos provincias, sin Jefe provincial ; varios camaradas, encarcelados ; banderías y peñas encontradas y contrapuestas por doquiera ; problemas sin altura, empequeñecidos. Suevos había recomendado algunas soluciones. La Nacional apremiaba. Salimos a solucionar sobre la marcha lo más apremiante. En Lugo se nombró Jefe provincial a Mario Zaera. Visitamos la prisión en que sufría encarcelamiento un camarada cuyo nombre no recuerdo. En Santiago, al Jefe de la J. O. N. S., camarada Víctor Muñoz, hubimos de visitarlo en la cárcel. Era Farmacéutico y estaba casado con una alemana. Se le designó Jefe provincial de La Coruña. Murió heroicamente en la quinta columna de Madrid durante la Cruzada.

Se hicieron otros nombramientos de carácter territorial: se designó Jefe territorial de la primera línea de Galicia a Juan Canalejo, hasta entonces Jefe de la J. O. N..S. de La Coruña ; Jefe territorial de Sanidad, a Manuel Sendón, que era ya Médico en Santiago, y a Vaello, Jefe territorial de la C. O. N. S.

MITIN EN CARBALLINO. LA DIALÉCTICA DE LOS PUÑOS

En las postrimerías del año 1935, la Falange dió un mitin en Carballino. Era el comienzo del plan de propaganda que culminaría en un mitin magno en Orense en la primavera. En él hablarían José Antonio, Raimundo, Julio Ruiz de Alda y Manuel Mateos. Durante el segundo Consejo Nacional, como ya he consignado, se lo propuse a José Antonio y se mostró conforme.

Carballino era comarca difícil para nosotros. Marxismo y caciquismo hallábanse arraigados. El primero, por la importancia de las obras del ferrocarril en construcción. El segundo, por tradición.

Yo no pude asistir. En noviembre, como se sabe, se me había designado Jefe territorial de Galicia con la consigna expresa de desligarme de la Provincial. A mi vez, había nombrado Jefe provincial a Jaime Prada Losada. No recuerdo por qué no pude asistir.

Era Jefe provincial de la primera línea Nicolás Barja, hoy de la Policía. El asumió el mando de las escuadras de Orense y de Maside que combatieron ese día. Oradores designados lo fueron: Angel López, Jefe del S. E. U.; Manuel García Manzana, Secretario del S. E. U., y Agapito González, Maestro nacional, Jefe de la J. O. N. S. de Coles, muerto gloriosa-mente en nuestra guerra como Teniente provisional de Infantería. El camarada Albiñana era jefe de la J. O. N. S. de Carballido. De la de Maside, Efrén Campos, entonces Maestro nacional y hoy de la Policía. Jefe de la primera línea de Maside, Isaac Fernández, muerto gloriosamente en la guerra de Liberación.

Desde muy temprano estaba a punto el teatro. Adornado con banderas y gallardetes, consignas y telón de fondo. Los marxistas corrieron la voz de que no podía celebrarse porque ellos lo impedirían y que ese domingo sería de luto y de tragedia. Consiguieron que la gente se quedara fuera con las ganas de entrar y que la Guardia Civil patrullase por calles y plazas.

Comenzó el acto en ambiente de terror. Las más aguerridas escuadras de la primera línea orensana, unidas a las también veteranas de Maside, formaron aquel día contra el marxismo. En el escenario, detrás de los oradores. En la sala, es soltando el banderín, y convenientemente repartidos por los pasillos. Ante las puertas exteriores, la multitud, atemorizada por los marxistas, sin decidirse a entrar.

Comenzó a hablar el camarada Agapito. A poco penetra en el local una masa de mozalbetes marxistas bastante nutrida. Se veía a las leguas que constituían unidades de milicias en formación tumultuosa, con sus jefes al frente. Milicia contra milicia. Tras algunas evoluciones, se colocaron en masa cerca del escenario. Interrumpían al orador con chistes soeces que celebraban entre sí. Agapito contestaba con ingenio y serenidad, metiendo en apuros a los marxistas. Los nuestros se consumían en ansias de echarse a ellos. Barja los contenía. Mientras ganase Agapito aquel combate dialéctico, no había por qué intervenir. Al fin, el enemigo se cansó de que le tomase el pelo un orador falangista. Ellos eran más y habían venido en busca de camarra. Uno de ellos, el mandamás, se subió a un banco y exclamó indignado :

—¡Esto no se aguanta ni un minuto más, camaradas! Los fascistas, asesinos de obreros indefensos, ofenden nuestros ideales revolucionarios. ¿Consentiréis, camaradas?...

No pudo terminar. Barja había dado la orden de ataque, y éste fué fulminante. En unos segundos, aquella voceadora masa marxista desharrapada se vió derribada, golpeada, pisoteada, pulverizada. Los bancos hacíanse añicos con estruendo, y sus astillas, armas contundentes. Las sillas, igual. Algunos marxistas lograron gatear y escurrirse por debajo de bancos y butacas; pero tras la puerta los esperaba Francisco Rodríguez con una porra. La Guardia Civil penetró en el local, fusil en alto, y encañonó a los nuestros. Nadie más que los nuestros se veían en pie. Barja, percatándose del peligro, dió la voz de alto, y al instante se acabó la contienda. Este alarde de disciplina impresionó a la Guardia Civil. Puso en descanso los fusiles y parlamentó con el Jefe. Le encargó que cubriese las salidas para que nadie abandonase el teatro. Los chicos de la Sección infantil tuvieron que hacerlo por el patio. Se vieron obligados a saltar una tapia para poner a buen recaudo armas y porras...

Se le hicieron al enemigo nueve heridos. Uno, muy grave ; tres, graves, y cinco, de pronóstico reservado, aparte los innumerables contusos. En vista del balance, para protegernos, el delegado de la autoridad suspendió el acto. Barja fué detenido y puesto a disposición del Juez. En la calle, las amasas» intentaron lincharlo. Pasó la noche en la cárcel. Al día siguiente le tomó declaración el Juez y lo puso en libertad. Sobreseyó el sumario. El nombre de este Juez merecía figurar aquí, pero no lo recuerdo.

El resto de los camaradas desfiló por las calles de Carballino con gritos y canciones. Luego se fueron a pie hasta Maside, donde esperaban los autobuses.

MITIN EN MASIDE

Siguiendo el plan de propaganda concertado el segundo mitin se celebró en Maside. No recuerdo si se había producido ya la vacante de la Jefatura Provincial por traslado a Madrid de Jaime Prada, ni si había sido designado para sustituirlo el camarada Montero. Lo que sí recuerdo es que no asistió al mitin de Maside el Jefe provincial, fuese Jaime o fuese Montero. En cambio. acusó su presencia el Jefe territorial.

Fuimos designados oradores para aquel día: el camarada Efrén Campos, Maestro nacional y Jefe de la J. O. N. S. de Maside ; camarada Alonso, de la J. O. N. S. de Orense ; Angel López, Jefe del S. E. U. de

Orense, y yo. Nos acompañaba lo más granado de la primera línea de la capital. Pungín, Carballino y, como es natural, la de Maside en su totalidad.

El ambiente, aquel día, se nos presentó aparentemente hostil. Conocíamos Maside, contábamos con una J. O. N. S. potente, pero no ignorábamos que el enemigo allí no era manco. Para nosotros no cabían sorpresas. Sin embargo, pretendieron sorprendernos. Al bajarnos del coche, frente al local de la J. O. N. S., pudimos observar que casi todas las fachadas aparecían ostentosa e insultantemente embadurnadas con letreros marxistas, hoces y martillos y frases del peor gusto. Un derroche de chapapote. Se habían ensañado en la casa de un camarada peluquero, que caía enfrente mismo del local. Noté a Efrén preocupado. Me informó que aquello no era más que una pequeña muestra de cómo estaba el resto del pueblo. Habíanlo realizado de noche y no era cosa de ponerse a borrarlo en domingo.

—Pero hay algo peor —añadió alargándome varias hojas de colores—: han repartido estas hojas insultantes.

En ellas, con ese lenguaje soez que los caracterizaba, se nos ponía a pan pedir y se nos amenazaba con el aplastamiento masivo si insistíamos en celebrar el mitin. Esto en unas. En otras se hacía un severo llamamiento a todos los marxistas de la provincia, a los que se convocaba a la concentración en Maside para el «massacre» final de fascistas durante el mitin. Alguien aconsejó que se suspendiese el acto, en vista de que procedían a concentrarse en un montículo de las afueras. Se desechó el consejo. Se dió orden de montar vigilancia adecuada, que ya tenía establecida Efrén, y. de emprender la marcha hacia el teatro.

Conforme avanzábamos hacia la plaza en que estaba situado, con las precauciones de rigor, se nos presentaban ante los ojos nuevas muestras del vandalismo marxista en las fachadas embadurnadas de chapapote y la prueba palpable de que su ingenio no daba para mucho. Habían agotado el repertorio: vivas a Rusia, a Stalin, al soviét; mueras al fascio, que en su lenguaje éramos nosotros; la hoz y el martillo profusamente, sin que faltasen las reclamaciones de la libertad de Thaelman y de Prestes. Maside había sido siempre coto marxista de primer orden y les dolía perderlo. Desembocamos en una plazuela en donde estaba el teatrillo, lleno de gente ya, con muchas puertas abiertas de par en par y un hormiguero humano entrando y saliendo y moviéndose en él. El Gobierno había prohibido que se celebrasen mítines al aire libre. Permitía sólo los que se celebrasen bajo techado. Aquel local servía para las dos cosas. Era techado y podía presenciarse el mitin desde el medio de la plaza. Tenía muchas puertas, que dejamos abiertas. Siempre fui enemigo de que se cerrasen las puertas en los actos públicos. Era planta baja con piso de tierra. No había asientos más que para los oradores, el delegado de la autoridad y los espectadores de galería. La primera línea se quedó fuera, por si había necesidad de emplearse a fondo. Se nos recibió con una ovación. No todos eran enemigos, en Maside.

A pesar de ello, el acto comenzó y se desarrollaba en un ambiente frío; receloso. Algo flotaba en el aire que impedía el entusiasmo, que coartaba, que enfriaba los ditirambos. Todos estaban pendientes de lo que podía ocurrir en la calle de un momento a otro: parecían distraídos. Era yo el último orador y veía con desolación llegar mi turno sin que el público se hubiera encendido, ni tan siquiera templado, con los discursos precedentes. Y es que ninguno de los camaradas que me precedieron en el uso de la palabra había improvisado ningún párrafo para fustigar o simplemente aludir a los letreros desafiantes y amenazadores de los marxistas. Y el público lo necesitaba. Todos traían preparada su perorata y la soltaron como se la sabían. No habían contado con esto. Los cogió de improviso y no dijeron nada de lo más candente en ,aquel momento.

Me levanté a hablar ante un auditorio frío. Daba la sensación de que escuchaba los discursos con cortesía obligada, de circunstancias, oficial. Aunque se me recibió con una ovación la preocupación seguía pesando sobre el auditorio. Juzgué necesario subsanar el descuido de los antecesores y comencé con una alusión directa a lo que estaba en la mente de todos, No sólo condené la acción de los enemigos, sino que los desafié abiertamente y añadí frases de gran efecto, que resultaron proféticas. Les dije nada menos que, seguramente, al embadurnar las fachadas, quizá ignorasen que escribían ,su propia sentencia de muerte, pues muchos de ellos verían esas hoces clavadas en su corazón y esos martillos golpear en sus cabezas antes de que pudieran sospecharlo. La ovación fué inenarrable. Había puesto el dedo en la llaga. Hube de interrumpir mi discurso porque el público aullaba y aplaudía frenético, y no había hecho más que comenzar. Hasta dos guardias civiles de los antiguos. con bigotes gruesos, saltaban jubilosos como dos chicos e izaban en sus manos los fusiles. Levantados los ánimos del auditorio, pude encauzar sus entusiasmos por vías de serenidad. Finalizó el acto sin que tuviéramos que lamentar el menor incidente. Seguidamente se organizó el desfile. Durante él, tampoco ocurrió nada.

-¿Para cuándo dejan los marxistas nuestro aplastamiento?

-¡Cualquiera lo sabe! Ahora saldremos de dudas.

Llegaba uno de los enlaces. Habló breves instantes con Efrén. Luego me informó éste de que no habían reunido gente suficiente para nuestro «massacre». Decidieron levantar el campo y desaparecer antes de que terminase el mitin. Temieron que a la salida les atizásemos.

Se organizó un baile en honor de los camaradas de Orense. Muchos se quedaron hasta tarde. Los demás regresamos seguidamente.

EXCURSIÓN NOCTURNA A CELANOVA

Actuaba ya Montero de, jefe provincial. No recuerdo, en cambio, si el período electoral había comenzado. Un equipo de propaganda hizo el recorrido, en coche, de Allariz, Ginzo y Celanova. A su regreso había informado que en este último pueblo habían visto propaganda galleguista abundante y que al pasar los habían apedreado y les habían gritado mueras a España. Se decidió nuestra intervención inmediata.

En los preparativos se invirtió mucho tiempo. Cuando salimos, pasaba con mucho de la media noche. Hicimos este servicio los camaradas Montero, Barja, Emilio Núñez, Angel Barrios, Manuel Conde y yo. íbamos al lado del chófer dos camaradas; los demás, en la parte trasera con el material. Llevábamos andados más de catorce kilómetros cuando me advirtieron los de atrás que vigilase los movimientos del conductor, que era de la F. A. I. Me fijé entonces en aquel hombre, pequeño y grueso, con cara de buena persona, que conducía a mi lado. «¡Cualquiera se fía!», pensé

—¿Alguno de vosotros sabe conducir?—pregunté.

Ninguno de ellos sabía; Yo, tampoco. Nos resignamos a que nos llevase uno de la F. A. I. Ibamos sobre ascuas... «¿.Se le ocurrirá a éste buen hombre hacer alguna barbaridad?», pensaba. A su merced caminábamos todos. El también. Pero eran tan temerarios estos anarquistas, que aceptarían el suicidio con tal de llevarse consigo una buena redada de falangistas. Dedicué toda mi atención a observar sus movimientos... «¿Quién habrá tenido la ocurrencia de alquilar este taxi?» Consulté el reloj. Eran las dos menos cuarto. La carretera desplegaba ante nosotros la cinta oscura, zigzagueante, del asfalto, en medio de las de las sombras que los faros aventaban. Estábamos ya cerca del punto de destino. Habíamos pasado Puente Grande y acabábamos de cruzar el Puente Pequeño. Nos hallábamos en uno de los lugares de la carretera más a propósito para las emboscadas, cuando el motor empezó a ratear, rezongando de extraña manera ; dió irnos cuantos estampidos y se paró. Nuestro terrible hombre de la F. A. I. se apeó y examinó el motor. Los de atrás advirtieron de nuevo:

—¡Cuidado! Este es capaz de cualquier cosa. No hay que perderlo de vista.

Descendimos del coche con las precauciones de rigor. Nos aproximamos. Temíamos que hubiera dado aviso a los suyos y que nos esperasen para asaltarnos en este lugar, en combinación con él. Examinaba el motor, medio oculto por las compuertas del capot, y trataba seriamente de averiguar de qué padecía. Dejamos a Manuel Conde con él para que lo vigilase y nos retirarnos unos metros a deliberar: La noche, fría, desesperadamente fría, gélida y despejada. Los luceros profusamente esparcidos sobre el manto azul oscuro, hacían guiños. El “consejillo de urgencia” deliberó largo tiempo. La avería parecía seria y tardaba en arreglarse. Se dividían las opiniones. Desde el que consideraba urgente y hacedero tirarlo al río y seguir a pie el resto del camino, hasta quien sostenía que debíamos continuar con él mientras su comportamiento no se apartase de la línea de corrección que parecía haber adoptado. Prevaleció esta última proposición y nos disolvimos para patear sobre el asfalto en pequeños grupos. El frío subía en intensidad por minutos.

Al fin se arregló la avería y llegamos a Celanova sin novedad. Dejamos el coche a la entrada del pueblo, al amparo de unos árboles, preparado para la eventualidad de una retirada precipitada. Y aquel terrible hombre de la F. A. I. cumplía puntualmente cuantas instrucciones le dábamos. Esto nos desconcertó un tanto, lo confieso.

Celanova, en aquellas horas de madrugada invernal, dormía su más plácido sueño. Las calles, desiertas. Ni un alma viviente se vislumbraba por parte alguna. Los serenos hallábanse con entrados al amor de una estufa, o algo así, que se adivinaba encendida en el Ayuntamiento, instalado en los bajos del antiguo monasterio benedictino. Partían de allí indicios de conversaciones reposadas, confiadas, tranquilas. He de confesar no sin sobresalto, pues en Celanova residían familiares muy queridos, que aquella noche, y supongo que la mayoría, el servicio nocturno hallábase en el más completo abandono. Fuimos dueños del pueblo por unas horas. Nuestra misión era de inofensiva propaganda ; pero hubiera tenido iguales resultados de éxito aunque tuviera contrario signo. Todo el quid del éxito consistió en una estrecha vigilancia de las puertas del Ayuntamiento. Nos dedicamos a ello Montero y yo. A Manuel Conde le encargamos la de las calles. Estaba a la escucha. Barja y Angel Barrios sustituyeron la propaganda galleguista por la de Falange. La casualidad les facilitó la labor. Se encontraron a las puertas de una taberna en reposo unas sillas. Se las llevaron y se subían en ellas. Estaban muy altos los pasquines galleguistas. Emilio Núñez, Jefe de Administración y Tesorería, mezclados los ingredientes de la pintura roja, pintaba yugos y flechas, frases y

consignas, por las que sentía predilección, en la gran plancha de cemento de la Plaza Mayor. Usa insignia gigantesca yugo y flechas en rojo, quedó decorando el cemento.

Alguien objetó, al hacer las mezclas, que aquello tenía que llevar aceite de linaza ; pero los demás le aseguraron que no entendía, que quedaba estupendamente así. Indudablemente necesitábamos técnicos. Con lo que sobró de la plaza pintó algunas fachadas.

Un grupo de noctámbulos interrumpió nuestras tareas. Manuel Conde dió la alarma. Suspendimos los trabajos. Se ocultaron los calderos y las sillas. Pasaron sin fijarse en lo que había pintado. Reanudamos la tarea y la terminamos sin más novedades. Cuando emprendimos el regreso era muy tarde. Nos entregamos de nuevo en manos de aquel terrible hombre de la F. A. I. Estábamos un tanto desconcertados por su correcto comportamiento. Al día siguiente encargué al Servicio de Información que averiguase los antecedentes, ideas y filiación política del chófer en cuestión. No tardaron en proporcionármelos. Se trataba de un buen padre de familia, de antecedentes derechistas, con grandes simpatías por la Falange que no ocultaba cuando discutía con sus compañeros. No tardó en figurar en nuestras filas. A veces es una suerte no saber conducir.

Por la tarde se sentó en nuestra peña del Roma el Alcalde de Celanova. Tratábase de persona que tenía en gran estima un buen amigo. Protestaba de que le llenásemos el pueblo de pasquines y de letreros.

—Pase lo de los pasquines —decía—, porque son bonitos y están colocados sobre los de los galleguistas. Pero lo de la pintura es un abuso. Menos mal que la pintura no llevaba aceite y se limpió con un baldeo. Los pasquines los dejé.

Los camaradas se miraron con gesto resignado. Sin técnicos no se puede dar un paso.

VISITA DE PILAR

En pleno período electoral nos visitó Pilar Primo de Rivera, designada Jefe Nacional de la Sección Femenina. Realizaba su primer viaje de inspección a las Delegaciones Provinciales, La acompañaba la Secretaria Nacional, Dora Maqueda, toda nervio y simpatía. Arribaron a Orense después de recorrer media España y precisamente cuando comenzaba la expectación despertada por el Decreto de disolución de las Cortes del segundo bienio.

La llevamos de la estación a; Roma. De éste al local, don-de celebró una reunión larga con la Sección Femenina. Al día siguiente, a Maside, en donde la recibió el pueblo en masa. Allí, una multitud de mujeres pertenecía a la Sección Femenina. Con no poca sorpresa por su parte, la reunión íntima que proyectaban para repartir consignas se convirtió en auténtico mitin, con el local abarrotado de mujeres y de hombres. Tanto Pilar como Dora improvisaron sendos discursos para que toda aquella Sección Femenina escuchase sus consejos. Pilar se encontraba muy a gusto allí. No era fácil sacarla de entre aquella gente. Se hizo de noche y hubo necesidad de cubrir la carrera en varios kilómetros de carretera. Este servicio corrió a cargo de las escuadras de Maside, que se ofrecieron voluntarias. Y lo cumplieron a la perfección. Era de ver el alborozo de Dora Maqueda cada vez que los faros descubrían una pareja de camaradas en camisa azul, que saludaban brazo en alto y al grito de “¡Arriba España!”

IV. PERIODO ELECTORAL.

¿FRENTE NACIONAL? ILUSIONES Y ESPERANZAS

EL Decreto de disolución de las Cortes dejó en suspenso nuestras normales actividades. Raimundo, desde Secretaría General, me tenía al tanto telefónicamente del curso desesperante que seguían las negociaciones con los grandes partidos de derechas para la constitución del Frente Nacional preconizado por nosotros. En el Consejo Nacional habíamos decidido acudir a la lucha electoral, y no solos, sino en un Frente Nacional perfilado genialmente por José Antonio. El Consejo se reunió en noviembre, cuando nadie hablaba aún de elecciones. Entonces se trazaron los límites de un programa mínimo para la coalición no sólo electoral, sino para desarrollar en el Gobierno, si hasta allá nos llevaban los vendavales desatados de la política. Exigencias mínimas de nuestras ansias de ambición histórica y de justicia social. La coalición se llamaría Frente Nacional, y en él cabría cuanto fuese español neto, no materialista. Como las izquierdas en España eran todas antinacionales, marxistas o masónicas, necesariamente para constituir el tal Frente Nacional habíamos de pactar con las derechas, que sólo tenían el inconveniente de ser cicateras, egoístas y excluyentes. La falta de generosidad de las derechas nos perdió ; pera al otra camino, el de las izquierdas, era peor.

El Frente Nacional tropezaba con dificultades sin cuento. No acababa de formarse. La desorientación, la desconfianza, la ambición; hacían presa en el ánimo de los dirigentes de los grandes partidos y no cuajaba la fórmula definitiva. «Dios ciega a los que quiere perder», dice el adagio. Diríase que los había cegado.

Al fin, un día, las palabras de Raimundo dieron paso al optimismo. Habló de que se iría a la lucha coligados en nuestra provincia. Se presentarían des candidatos. Había acuerdo con la Ceda. Se nos concedían treinta puestos en toda España.

Una minoría falangista de treinta camisetas azules en las Cortes, dirigida por José Antonio Solté un «¡Arriba España!» que atronó la casa y asustó a mi madre. No sé si Raimundo se dió cuenta del exceso de optimismo. Lo cierto es que inmediatamente lo frenó. Me comunicó que era preciso, para que tuviera validez el pacto, que me entrevistase con el Jefe provincial de la Ceda y que él lo ratificase. Necesitaba el refrendo de los Jefes de las distintas provincias lo pactado por Gil Robles. Me dió mala espina. Expresé a Raimundo mi desconfianza y me contestó que tampoco a ellos le parecía muy correcto ; pero que había que hacerlo así para agotar todos los recursos, y que no me olvidase de informados, rápida y minuciosamente, de la entrevista. Suponía que tendría noticia de todo y que estaría esperándome.

Intenté hacerlo aquella misma tarde. Nuevo contratiempo. El Jefe provincial de la Ceda no residía en Orense ni siquiera en la provincia. Vivía en La Coruña. Indudablemente, la Ceda nos tenía reservadas no pocas sorpresas. Allá nos fuimos Montero y yo. Era un buen amigo, a quien apreciaba y quien debía algunos favores. Esta coyuntura me traía algunas esperanzas. La entrevista fué cordial. Me recibió con alegría. no entibiada por las exigencias de la misión que llevaba, la cual escuchó entre complacido y extrañado. Me respondió que no tenía la menor noticia del acuerdo entre los dos Jefes Nacionales. Me aseguró que, de haberse concertado,. le habría sido notificado inmediatamente y que le parecía infantil lo de la ratificación por los provinciales de los acuerdos concertados por Gil Robles. Y agregó :

-Si hubiera recibido la menor indicación a este respecto. a estas horas tendría usted noticias más. Lo mismo, exactamente, que le ha ocurrido a usted. Se lo ordenaron y se vino en busca de mí.

Me aseguró que me apreciaba lo suficiente para ver con gusto mi candidatura al lado de la suya, luchando juntos. Le atajé, agradecido por la lisonja, y le aseguré que no me llevaba hasta él la negociación de mi candidatura. Desconocía quiénes iban a ser los candidatos por Orense. Y no estaba autorizado para discutir otra cosa que no Vera la cantidad de puestos y las particularidades que con ello se relacionasen.

Me dijo entonces que se figuraba que por deficiencias de organización podría no haber recibido las notas del pacto ; que procuraría tratar la cuestión con la autonomía que se le atribuía. Me preguntó con qué contábamos concretamente en Orense para llevamos esos dos puestos. No teníamos muchos votos, o, al menos, eso creíamos todos. No era ésa nuestra especialidad. Así lo hice constar. Si los tuviéramos, no vendríamos a tratar de ello con nadie. Pero contábamos con algo que valía, si no más que los votos, al menos tanto como ellos, y era el fervor de la juventud organizada, el prestigio de la victoria constante sobre los marxistas: la calle, en una palabra, que era nuestra ; la violencia organizada con la seguridad de que se escuchase nuestra propaganda y no la contraria, si nos lo proponíamos. Y al final, impedir los pucherazos contrarios y garantizar el éxito de los nuestros. Todo esto y algunas cosas más podíamos ofrecer a quien nos diese votos. Me contestó que eso se lo daríamos igual y gratuitamente. ¿Qué sería de nosotros si ellos no ganaban las elecciones?

Me despedí. Informé al Mando telefónicamente del fracaso de mis negociaciones, sin perjuicio de redactar más tarde, con calma, la relación minuciosa de todo lo actuado.

ELECTOREROS

De regreso, me esperaba la siguiente carta de José Antonio: «Camarada Fernando Meleiro. Orense. Querido camarada: Tu provincia es una de las dieciocho aludidas en nuestra nota del día 8. En ella, por consecuencia, se va a comenzar en seguida una intensa campaña de propaganda.

»A mediados de la semana próxima llegará ahí un equipo de propagandistas provisto del material impreso y de los medios económicos suficientes. Para cuando lleguen, deberás tener estudiado el mejor itinerario para recorrer eficazmente la provincia en diez días, señalados los lugares estratégicos para la celebración de mítines (que, por tener que celebrarse casi todos en días de trabajo, habrán de anunciarse para las horas en que mayor pueda ser la concurrencia de público) y solicitadas las autorizaciones gubernativas para ellos.

» Conviene que, tan pronto recibas esta carta, visites al señor Gobernador Civil de la provincia con objeto de recabar todas las facilidades legales para el plan de propaganda que se intenta. Si le ves una actitud deconfiada u hostil, avísame en seguida.

» Te saluda cordialmente, José Antonio Primo de Rivera»

(rubricado).

Se puso manos a la obra sin pérdida de tiempo. Con el mapa de la provincia a la vista, trazamos dos itinerarios: uno, máximo ; otro mínimo, dependientes en su aplicación de las posibilidades económicas. Se alquilarían dos autobuses para los diez días y nos lanzaríamos provincia adelante. Si nos cogía la noche en despoblado, dormiríamos al sereno. Se consultaron precios y se elaboraron los presupuestos. El mínimo alcanzaba la cantidad, un tanto astronómica para nosotros, de dos mil pesetas. El máximo, la de nueve mil. Visitarnos al Gobernador. No ocupaba ya el cargo el señor Ibars. Había sido sustituido por un representante genuino de la astuta, vieja y desacreditada política caciquil de Lugo. Pertenecía al naciente partido de Centro, que se acababa de sacar del sombrero hongo, ante la atónita mirada de los espectadores, el nigromántico Presidente del Gobierno, señor Portela Valladares. Aseguraban los entendidos que se intentaba «el timo del Partido Centro» para descongestionar los partidos de derecha y adelgazar el Partido Radical, que se había ganado el ceño de la masonería por haber tomado demasiado en serio la alianza con la Ceda en las Cortes fenecidas. Se aseguraba una mayoría en el Centro a costa de esos extremos si se aprovechaban hábilmente los resortes del Poder. Aseguraban que la masonería lo había decretado así. Para algo era grado 33 el señor Portela. Y a eso, según se murmuraba, habían enviado al nuevo Gobernador civil.

Lo visité, acompañado del Jefe provincial, camarada Montero. El antedespacho era un hervidero de caciques y cacicuelos de toda condición y pelaje, que pululaban como en su centro, como si reviviesen en cultivo adecuado. El portero, al vernos, exclamó asombrado: —¿Ustedes también ?...

Nos recibió en seguida. Nos, recibió con el despacho atestado de gente. Le expusimos nuestra comisión, y no. pareció agradaarle. No contaba con nosotros, como si le aguásemos la fiesta. Nos contestó que allá los alcaldes. Que él no disponía de agentes del Orden Público para todo. Había confundido nuestra embajada, y se lo dije. Le expliqué que había entendido mal, que nosotros no necesitábamos protección, y terminé, para tantear el terreno, proponiéndole la inclusión de la Falange en la candidatura de Centro. Me miró con gravedad y respondió:

—Son ustedes unos humoristas. Formaríamos una mezcla detonante. Lo más seguro es que me expulsasen del Partido, y no lo deseo.

Nos despedimos. De todo informé inmediatamente a José Antonio.

LESIONES DEL S. E. U. AL DIRECTOR DEL INSTITUTO

Una mañana, a primera hora, se presentó en mi despacho, con apariencias de hallarse en apuros, uno de los dirigentes del S. E. U. con una nota de Montero, en la que me indicaba la necesidad que tenía de asistencia profesional. Por ser el único Abogado en ejercicio de que disponía la Falange en Orense, había de

ocuparme de las necesidades jurídicas de la Provincial. Con las preocupaciones electorales no me había enterado de que el S. E. U. había declarado la huelga revolucionaria en Orense, por solidaridad con no sé qué jaleos estudiantiles del resto de España. Esto era cosa de la Jefatura Provincial, y no es extraño que yo ni me enterase siquiera.

El chico no las tenía todas consigo. Habíase visto obligado a golpear fuertemente con una porra al Director del Instituto, que, además, era Presidente de la Diputación. Estaba asustado. Creo que no era para menos. Pertenece al Comité de huelga. Cuando el barullo tenía mayor volumen y asaltaban las clases que los catedráticos se negaban a suspender, entre petardos que estallaban en las aulas y en los pasillos, los disparos de las pistolas detonadoras y los chillidos de todos, él iba de un lado al otro, de camisa azul, el Director lo agarró por la solapa y lo zarandó amenazador e intentó golpearle. Se lo impidieron unas cuantas porras que le dieron en la cabeza, entre ellas la del interesado, que no era manco, lo derribaron y le produjeron conmoción cerebral y lesiones cuyo pronóstico no se conocía aún. Le aconsejé que se ocultase hasta ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Si lo detenían, sería identificado por el propio lesionado y no le arrendaba la ganancia. Que se ocultase en lugar que no fuese la casa de sus padres, a la que no debía volver por el momento. Nosotros nos encargáramos de tenerlos al corriente de todo. Indicó que podía irse a un pueblo de la provincia. En él vivían unos parientes. Telefoneamos al local para que enviase enlaces que resolvieran rápidamente la ocultación y fuga del camarada del S. E. U., estableciesen los contactos necesarios y des-pistasen a la Policía. Se logró que no fueran detenidos los autores de tamaño desaguisado.

Desde luego, las lesiones no resultaron graves: unas contusiones en la cabeza; un corte en la frente, que curó en cuestión de días, y algunos hematomas.

El hecho causó consternación en los medios oficiales y no poco revuelo. Hasta mí llegaban quejas, más bien farisaicas, de algunos medios, que yo no me hallaba en condiciones de satisfacer.

SIGUEN LAS NEGOCIACIONES. TRATAMOS CON LOS DE CALVO

Las elecciones en esta provincia —tengo motivos para su-poner que en todas partes ocurre algo parecido— eran una farsa estupendamente organizada. La potencia de los partidos se medía por el número y calidad de caciques, cacicuelos y demás de su género que al mismo pertenecían. Y eso que muchos de éstos preferían la independencia. Preferían no enrolarse en ningún partido y conservarse autónomos para ofrecer su mercancía al mejor postor. Pero aun a éstos los partidos que se consideraban fuertes sabían atraérselos a última hora y contar con ellos en todo momento; sabían ser para ellos los mejores postores. La democracia aquí, como se ve, era restringida. Eran votos de caciques, no de electores simples, los que daban el triunfo. Quien contaba con la mayoría de caciques, ganaba la elección. La mayoría de los colegios de la provincia no se abrían o lo hacían sólo para despistar, ya fue-se por compromiso, o por si .se presentaba algún candidato con un Notario, o porque lo viesen. La verdadera elección estaba ya hecha anteriormente a la apertura del colegio. Y si obligaban a verificarla con todas las garantías y a enviar el acta auténtica, cosa inusitada que ocurría muy contadas veces, aun quedaban el correo y todas las martingalas posteriores para hacerla zozobrar. No hablamos de la capital, en cuyos colegios se hacían las elecciones legales, ni de alguna otra excepción que por la provincia hubiera. Ello, por ser excepción. confirmaría la regla. En este sentido redacté el informe que me pedían de Madrid. De todos modos, se nos ofrecieron muchos caciques, pero sólo para un puesto. Hecho el recuento teníamos la casi seguridad. de sacar un diputado. De la Nacional pedían dos, y hasta ahí nadie llegaba en sus ofertas. Sólo Gil Robles se había comprometido a tal cosa.

Raimundo, en sus casi diarias conferencias telefónicas, sostenía que el pacto entre José Antonio y Gil Robles estaba en vigor. Las instrucciones que se me daban se apoyaban en este supuesto. Por ser en esta provincia el partido de Calvo Sotelo el que disponía de más votos, se me ordenó que tratase con su representante la inclusión en la candidatura de coalición de dos puestos para la Falange. Iba ya muy avanzado el mes de enero. Me presenté en el despacho de mi compañero señor Sabucedo, a quien apreciaba. Tanto él como sus contertulios habían ayudado económicamente a la Falange. Esta era la peña que llevaba la dirección de la política de Calvo en esta provincia y la que tantos triunfos electorales le había de-parado. Me presenté por la mañana, en un momento de ajetreo. Rebosaba de contertulios, que me acogieron con algazara. Sabucedo estaba en un cuartito reservado tratando asuntos profesionales. Salió al enterarse de que esperaba yo. Se morían todos de curiosidad por conocer mi comisión. Nos sentamos aparte Sabucedo y yo, y comenzamos el coloquio:

—¿Política? ¿Elecciones? ¿A ofrecer colaboración? ¿Qué le trae?

—A ofrecer nuestra colaboración y a recabar la suya.

—¿Nuestra colaboración para qué? ¿Qué se traen entre manos?

Le expliqué el pacto electoral de la Falange con la Ceda. Le dije que se había concertado con Gil Robles la cesión de treinta puestos en las candidaturas de las derechas y que a esta provincia le tocaban dos. Como ellos eran los amos de la organización electoral, se me encargaba no sólo notificárselo, sino rogarles que lo tuviesen en cuenta al confeccionar las candidaturas, por si hubiera alguna gestión que evacuar antes de conseguirlo.

La extrañeza del señor Sabucedo fué grande no por el número de actas cedidas, sino por la forma de cederlas. Quería suponer que Calvo Sotelo estuviese enterado de ello y que hubiera intervenido en la cesión. Pero no dejaba de insinuar sus temores de que hubieran concertado el acuerdo sin consultárselo. ¿Cómo no se lo había notificado el mismo Calvo?

—¿Quién es Gil Robles para disponer así de las actas de esta provincia? No contábamos con ustedes. Dos actas me parece exagerado para nuestras disponibilidades. Por mí no habría inconveniente. Es más: creo que se las tienen bien ganadas. Pero en estos momentos en que está la Ceda pidiendo para sí un número muy elevado de actas, sin tener en cuenta las que hayan podido ceder a ustedes, no me parece razonable. ¡Esto es un lío que no sé cómo vamos a salir de él! ¿De dónde se van a sacar dos actas a última hora? Una sería fácil; pero si les damos a ustedes dos y a ellos las que piden, nos quedaremos nosotros sin ninguna. De todos modos, consultaré con Calvo. Ya le avisaré. .

Dejé el despacho de mi compañero con el presentimiento de que Calvo no estaría conforme con los términos del pacto José Antonio-Gil Robles. A la Falange, a la hora del reparto, nadie la quería.

DESINFLANDO GLOBITOS

Don Basilio Alvarez fué quien inició la propaganda electoral en la provincia. El se presentaba solo y no tenía tratos que hacer, ni participaciones que dar o recibir, ni pactos que discutir. Podía permitirse el lujo de comenzar su propaganda cuando quisiera. Nadie le imponía compases de espera ni limitaba su expresión. Y finé el primero en la provincia que hizo sonar a rebato las campanas de la propaganda electoral. Organizó mítines en las cabezas de partido. Comenzó por la capital, en donde proyectaba terminar con otro final apoteósico para cerrar la campaña propagandística.

La Falange se decidió a intervenir, desinflarle ese globo y chafarle la apoteosis. Grupos de falangistas, convenientemente aleccionados, hicieron acto de presencia en el primer mitin de don Basilio. Se distribuyeron por la sala.

Comenzó el orador con una crítica acerba y acertada de la situación y de sus enemigos políticos. Encarrilé luego por los campos floridos de su exuberante oratoria y expuso, en párrafos apasionados y arrebatadores, las necesidades más urgentes de Orense y de España. Un falangista le interrumpe:

—La necesidad más apremiante de España es expulsar del Parlamento a los políticos de tu calaña.

Don Basilio se cortó. Parecerá mentira, pero se cortó. El público aprobó con risas la interrupción. El orador, que no esperaba esto, reaccionó con torpeza. Fingió no oír. Hizo pabellón auditivo con la mano y preguntó:

—¿Qué dice? Contestaré a todas las preguntas siempre que se formulen con claridad.

—Pues que nos explique—se oyó otra voz—cómo se hacen carabineros a tres mil pesetas por barba.

Carcajadas en el público. Don Basilio hizo caso omiso de la pregunta. Se bebió el vaso de agua e intentó continuar en medio de la carcajada general.

—Te conocemos. Basilio. No nos engañas más—decía otro.

Desde entonces, el escándalo fue en aumento. Las interrupciones menudeaban de modo alarmante entre las carcajadas del respetable. Don Basilio, en un supremo esfuerzo, quiso sobreponerse y compuso un párrafo brillante que actuase de antídoto contra el veneno que lo iba envolviendo atenazándolo. No lo consiguió. Al fin se convenció y capituló. Dio por terminado el acto con el discurso por la mitad.

A pesar de este fracaso, prosiguió su propaganda por la provincia. La Falange le siguió a todas partes y repitió, poco más o menos, las interrupciones de la capital. Fué tal su fracaso, que no presentó su candidatura a las elecciones.

SUEVOS Y YO, CANDIDATOS FRUSTRADOS

Al fin, un día, de las mentes preclaras de la Ceda salió aquel parto de los montes que debió de dejarlos exhaustos, extenuados; aquel ratoncito, raquíico y monstruoso, que se llamó Bloque Antirrevolucionario. Venía a malvivir en el lugar que la historia acotara un día para nuestro prometedor alegre y amplio Frente Nacional, que acordáramos en nuestro Consejo Nacional.

Raimundo seguía comunicándome casi a diario la actitud que era necesario adoptar ante los cambios continuos de la política nacional. Salió a la luz el Bloque Antirrevolucionario y seguían comunicándonos instrucciones esperanzadoras de que el pacto de los dos continuaba en vigor. Pero tengo el convencimiento de que, desde ese punto, vieron venir la rotunda negativa de Gil Robles a cumplirlo y su decisión de no admitir en la coalición ni un puesto para la Falange. A nadie guardo rencor, pero ello no puede tampoco bloquear la verdad. No pretendo acusar a Gil Robles de mala fe. Lo pasado, pasado está. Solamente pretendo relatar lo vivido. Continuaban dando instrucciones, en el supuesto de que el pacto estaba en vigor. Y así, dieron órdenes de comenzar la propaganda. Ya me habían dicho que los dos candidatos, tan traídos y llevados, por esta provincia, éramos Suevos y yo. Véase la carta que me escribió Raimundo con fecha 16 de enero de 1936:

«Madrid, 16 de enero de 1936. Camarada Fernando Meleiro, Orense.

»Estimado camarada: Conforme te anuncié por teléfono, ayer, por giro postal, te mandé 475 pesetas para la propaganda que has de iniciar en esa provincia, en unión de Suevos y todos los demás camaradas que consideres oportuno, pues, como te dije, de aquí no va ninguno a esa provincia.

»También por este correo te envío, como material de propaganda, varios miles de manifiestos redactados por el Jefe Nacional.

»Los discursos de propaganda habrán de tomar como base cuanto en dicho manifiesto se dice, incluso repitiendo los oradores las mismas palabras, teniendo cuidado en dichos discursos de no hacer ataques a Acción Popular y añadiendo a lo que en el manifiesto se dice, y a modo de justificación con respecto a nuestros propios camaradas, que, dado no existe en realidad una candidatura de izquierda nacional, toda vez que la que se presenta con aquel nombre, en realidad, no es sino la marxista, cor, algunos nombres republicanos, a los que se ha dado entrada por condescendencia, no tenemos otra opción que hacer una campaña contraria a dicha candidatura marxista.

»Esperando tus noticias, te saluda afectuosamente el Secretario general, Raimundo Fernández Cuesta» (rubricado).

La Falange fué siempre pobre, maravillosamente pobre hasta el milagro. Me refiero a la Falange de antes del Movimiento. Con 475 pesetas teníamos para conquistar el mundo. Nadie puede extrañarse de que nos sobrasen para montar la propaganda electoral en la provincia. Pusimos a prueba a las organizaciones locales. Lanzamos circulares por las que se invitaba a las J. O. N. S. que quisieran escuchar la doctrina nacional-sindicalista por boca de sus más autorizados propagandistas a que propusiesen con urgencia a la Provincial las aportaciones que estaban dispuestos a hacer, local de que disponían, fecha en que les convendría la celebración de los actos proyectados y pormenores que considerasen conveniente exponer, teniendo en cuenta que el local en donde se celebrase el mitin, la propaganda escrita que se repartiese y algunos otros gastos serían necesariamente de cuenta de las organizaciones locales, reservándose para la Provincial los de locomoción y traslado de las unidades de primera línea, oradores, etc.

Esta circular causó buen efecto y produjo óptimos resultados. Las J. O. N. S. rivalizaron en su afán de conseguir un acto de la mayor resonancia en su territorio. En época de elecciones se echa la casa por la ventana. Algunas J. O. N. S. se brindaron a sufragar, además de los gastos indicados, algunos más para descargar a la Provincial de los suyos propios. Con los datos indispensables confeccionamos el itinerario a seguir. Así, cuando llegó Suevos, estaba todo dispuesto y pudimos comenzar en seguida. La campaña empezaba por Pungín, seguía por Ribadavia ; luego, Celanova, Ginzo, Verín, Allariz, etc., etc. Sucesivamente planeábamos recorrer todos los pueblos y lugares de importancia en la provincia. El orden cíclico prelación lo marcaban la necesidad de la propaganda en el lugar y la mayor contribución de cada J. O. N. S. a la campaña electoral.

MITIN EN PUNGÍN

Pungín es Municipio del Partido judicial de Carballino. Lo habíamos incluido en el plan de propaganda anterior al Decreto de disolución de las Cortes después de Maside, por residir en sus términos núcleo importante de obreros del ferrocarril en construcción.

El Jefe local, Antonio Rodríguez, muerto después gloriosamente en el frente de Asturias, estudiante de derecho, había preparado una casa en construcción en la carretera para la celebración del mitin. Estaba en pleno vigor la reciente disposición gubernativa por la que se prohibía la celebración de actos al aire libre.

Nos trasladamos allí en autobús. Nuestro descenso de 103 coches fué acogido con no pocas reservas por las gentes, que, al parecer, no nos esperaban. Flotaba en el ambiente algo así como una nube de temores y recelos. Pregunté. Se me informó que era debido a que los obreros marxistas del ferrocarril en construcción La Coruña-Orense habían hecho circular el rumor de que quemarían la casa donde se iba a celebrar el acto cuando estuviésemos todos dentro. Se nos agregaron escuadras de Maside, Pungín y Carballino. La primera línea hizo una descubierta para explorar la situación del enemigo y su importancia. En efecto, había concentración marxista por los alrededores. El núcleo principal, en un montículo próximo sobre nosotros. Se colocaron observadores y enlaces que nos tuvieran al tanto de sus movimientos y se distribuyeron varias escuadras en los alrededores de la casa en construcción. El resto se ocultó en lo que sería bodega de la casa andando el tiempo, debajo de nosotros, para acudir en el momento oportuno.

Nos reservamos tan sólo una escuadra para garantía del orden durante el acto.

Comenzamos. La casa, a medio construir, estaba aislada. Carecía de ventanas, de puertas y de cielo raso. Así, desmantelada, sin encalar, imprimía al acto sabor campamental, que e no iba mal con nuestro estilo. La carretera iniciaba allí una pendiente y subía hasta perderse en un recodo, unos metros más allá, entre arboledas. Dominaba el lugar un montículo poblado de árboles y maleza, en el cual se ocultaba el grueso de los marxistas para caer sobre nosotros. De cuando en cuando, regresaban las patrullas de la primera línea de explorar los alrededores. Nos informaban que establecieron contacto con grupos marxistas ; que los habían obligado a retroceder y a retirarse y que habían dejado despejada la carretera. Aseguraban todos que la concentración del montículo era numerosa.

La escuadra del orden en el interior la mandaba Orentino González, muerto después gloriosamente en la defensa del Hospital de Oviedo. Nutridos grupos de gente en la carretera, sin atreverse a entrar, atemorizados, sin duda, por las amenazas marxistas. Orentino, desde la puerta, comenzó a animar-los con su vozarrón de gritador de barraca. En las últimas fiestas de Corpus de la capital le habíamos facilitado una barraca y se había entrenado. A Suevos le hacía gracia y no salía de su asombro. El local, adornado con profusión de banderas. Al fondo, una mesita con sus sillas y vasos y jarra con agua. Nos acomodamos con alguna estrechez. No quedaba casi sitio para el delegado de la autoridad. Presidía yo. A mi derecha, Suevos ; a mi izquierda, Montero, que debutaba aquel día como orador de mitin. Los escuadristas, en camisa azul remangada, en dos filas. Pero la gente no entraba, pese a las incitaciones de Orentino:

-¡ Pasen, señores ; pasen !—decía el vozarrón—. ¡Señoras y señores, señoritas y caballeros: no se cobra nada por escuchar el programa nacional-sindicalista. ¡Pasen, pasen!... Les aseguro que saldrán satisfechos y contentos de haber entrado... No se cobra nada... Escucharán la verdad nacional-sindicalista sobre los males de la Patria y sus soluciones, por boca de los camaradas más autorizados de la región. No se oye todos los días. Aprovechen la ocasión... Entren pronto ; que en cuanto terminen se van, y no vuelven... Pasen y se convencerán... Ya está en el uso de la palabra el primero, y el tiempo pasa... ¡No vengan luego con que no lo sabían!... ¡Pasen, pasen!

Atrajo a la gente, que fué entrando poco a poco, hasta llenar el local antes de que finalizase la intervención de Montero. Suevos me decía:

—Parece esto una barraca de feria ; y nosotros, los bichos raros que exhibe el camarada de tan espléndidos pulmones.

—¡Pasen, pasen! ¡No se arrepentirán! Luego se lo contarán a la mujer o a los niños. Escuchar a estos oradores es afiliarse a la Falange, que es la cosa mejor del mundo, el gran invento del siglo. Y todo gratis. ¡Pasen, pasen, señoras y caballeros!...

Se había llenado el local. Mandé que callase y atendiese al orden en el interior. Finalizó Montero, que salió del apuro como pudo. Luego, Suevos hizo gala de su ya brillante estilo de estupendo orador. Arremetió contra los galleguistas, que por entonces constituían su máxima preocupación nacional-sindicalista. Después de Suevos, me tocó a mí. ¡La de equilibrios dialécticos que tuve que hacer para ceñirme a las instrucciones recibidas! Nada se podía decir aún en concreto de nuestra postura en las elecciones. No era cosa de hacerle la propaganda, que no sentíamos, a los grandes partidos de derechas. Tampoco podíamos enfilar contra ellos y su fracasado bienio nuestra artillería gruesa. Si al día siguiente aparecíamos en sus candidaturas,

todos revueltos y mezclados, causaríamos tremenda confusión. Recuerdo que me costó sudores sin cuento encajar un discurso regular.

FRACASO DEL PACTO DE LOS DOS. MITIN EN RIBADAVIA

El mitin electoral número 2 lo habíamos organizado en Ribadavia. Los mismos oradores y consignas similares. Estaba Suevos en mi casa cuando llamó al teléfono Raimundo para comunicarme las últimas instrucciones y noticias y, al propio tiempo, recibir informe mío del día anterior. Las nuevas de aquel día no eran agradables. Me {lió cuenta del fracaso definitivo de las gestiones de alianza con los partidos de derecha y de la resolución de la Falange de presentar candidaturas independientes por once provincias. Me rogó que ordenase el cese de la propaganda electoral en esta provincia y que presentase a Suevos sus excusas y le transmitiese la decisión del Jefe de que se volviese a su casa. Que me pusiese en contacto con el Jefe provincial de Zamora para mi traslado a aquella capital, en donde le informaban había probabilidades de sacar las minorías. Me presentarían allí en candidatura con José Antonio, Julio Ruiz de Alela y el propio Raimundo. Y estábamos a finales de enero.

Expliqué a Suevos cuanto habíamos hablado. Le transmití las excusas de Raimundo y las órdenes de que regresase a El Ferrol. Nos despedimos con pena y con el alma llena de malos augurios. Se cursaron las disposiciones de cese de los preparativos de los actos de propaganda proyectados y se suspendieron los anunciados. Pero los camaradas de Ribadavia, en cuya localidad se anunciara para el día siguiente y tenían ya la mayor parte de los gastos realizados, se presentaron en Orense a protestar de que se les dejara plantados. Suevos se había marchado ya. Acordamos celebrarlo sin su concurso. Fué sustituido por otro camarada de la J. O. N. S. de Orense.

La tarde estaba espléndida. Lucía el sol en todo su esplendor. A pesar de que estábamos en las postrimerías de enero, calentaba lo suyo. Nos esperaba una multitud desparramada por los alrededores del teatro. Valía la pena, porque el espectáculo era impresionante. Las unidades de la primera línea, camisetas azules remangadas, descendían antes de que el autocar parase, y, rápidos, tomaban posiciones. A la de Orense se unió la primera línea de Castrelo, Arnoya, Ribadavia y Carballeda, al mando del camarada Evencio Estévez, Jefe comarcal de la primera línea. Era Jefe de la J. O. N. S. de Ribadavia el camarada Antonio Lira.

La noche anterior había celebrado un acto de propaganda electoral en aquel mismo teatro Calvo Sotelo, y los extremistas lo habían interrumpido en varios pasajes del discurso y le habían prodigado cuchufletas y burlas soeces. La gente estaba un poco atemorizada. Pero con nosotros no se atrevieron. No dudo que la vista de nuestras camisetas azules y la eficacia de algunas medidas que se tomaron los hubiese retraído. Antes de llegar aseguraban que no consentirían el mitin ni nuestra permanencia en la villa más tiempo del indispensable para que nos volviésemos a Orense.

Penetramos en el cine preparado al efecto. Estaba adornado por el Servicio de Propaganda provincial. Se llenó de gente en seguida. En el escenario, Jefes de servicios y de J. O. N. S. de Orense, de Ribadavia y de sus contornos. Detrás, una escuadra seleccionada daba guardia de honor al banderín de la J. O. N. S. de Orense. Antes de comenzar me advirtió Lira que habían sido localizados diversos grupos marxistas de reventadores. Se comenzó entonces con el ruego de que nadie se moviese de su asiento ni tomas iniciativa alguna, por grave que le pareciera lo que ocurriese en su derredor, si no quería ser confundido con los perturbadores. Que dejaran actuar a nuestros camaradas de primera línea, quienes tenían órdenes concretas y experiencia suficiente para cortar en unos segundos cualesquiera intentos de perturbación, Habló a continuación Angel López. Luego, Montero. Después, yo. El delegado de la autoridad, en sus comienzos, daba muestras de nerviosismo. Ignoro lo que se figuraría que iba a presenciar.

Celebré no haber suspendido aquel acto ; me despaché a mi gusto, libre ya de las trabas que nos imponían negociaciones o acuerdos con los demás. Un detalle he anotado: había gran número de señoritas, guapas por cierto, que ocupaban los palcos. Al comenzar mi discurso, se santiguaron casi todas. ¿Para implorar la protección del cielo? No sería extraño: yo he nacido en Ribadavia,

Anuncié la ruptura del pacto. De lo cual nosotros no nos considerábamos culpables. Y la presentación de candidaturas independientes por once provincias. Y dije que de lo que ocurriese en España por el fracaso del Frente Nacional, que no se nos culpase a nosotras. Nada amenguaría el amor apasionado que sentíamos por España. Que los problemas arduos que España tiene planteados en todos los órdenes, los cuales examiné desde un punto de vista falangista, no se solucionaban con votos. Estos y lo que saliese de las urnas no eran más que expresión de voluntad, y que de ella no procedían la Verdad, ni el Bien, ni lo que necesitaba España, que éstas son entidades categóricas de razón. Y están señaladas en lo alto, escritas en

las estrellas. Por muchos votos que sumasen quienes iban a obtener las actas en estas elecciones, no añadirían un átomo de autenticidad española a su postura ni rescatarían a la España cautiva de los masones, de los marxistas y de los separatistas. Por ello, nosotros no pedíamos ya votos, sino soldados. Reclutábamos combatientes de la revolución nacional-sindicalista, convencidos de que las bayonetas, y no los votos, salvarían a la Patria. De aquellas elecciones no podía salir más que la guerra.

La gente se entusiasmaba. Me interrumpió varias veces para ovacionar los conceptos falangistas. Los marxistas no dieron señales de vida. Finalizó el acto en medio de estruendosa ovación.

CONTACTOS CON EL EJÉRCITO

Una noche se me acercó en el Roma Carlos Morais, dirigente tradicionalista. Venía comisionado por el entonces Comandante Ceano, jefe a la sazón de las fuerzas de Infantería destacadas en Orense, para establecer contacto con la Falange y servirnos de enlace para el caso de que el Ejército se viese obligado a intervenir. No me llamaba Ceano directamente, ni creía conveniente entrevistarse conmigo, porque yo estaba muy vigilado por los extremistas. Le interesaba saber si contaba con nosotros para un posible golpe de Estado. Por ahora actuaría él de enlace. Le contesté que sí, sin perjuicio de las condiciones que estableciese la Nacional cuando le diese cuenta de las proposiciones. Allí mismo establecimos un plan provisional de colaboración. Si llegaba el momento, se distribuirían las armas como fuese.

Al parecer, según me explicó entonces, el plan de los militares consistían prepararse para desbaratar el plan extremista de desencadenar la revolución, tipo Asturias en el 34, en toda España al día siguiente de las elecciones si ganaban las derechas, como esperaban y creían natural. En tal caso, darían un golpe de Estado con todas las consecuencias. De momento les interesaba preferentemente nuestro Servicio de información. Tenían noticias de que era muy bueno. Pensé en que quizá anduviera Carril por medio. Me dió entonces la primera nota de personas que habríamos de someter a estrecha vigilancia.

Actuaba Montero de Jefe provincial hacía algún tiempo ; pero las múltiples actividades del período electoral impedían que, con la calma que se precisa para ciertas cosas, se le hubiera hecho entrega de ciertos servicios o actividades reservadas y delicadas. Así, el Servicio de Información seguía llevándolo yo, aunque por poco tiempo.

Descubrí entonces un mundo nuevo e insospechado. Una red de agentes misteriosos, de reuniones clandestinas en los más diversos lugares. Hombres y mujeres, la mayoría extranjeros, se detenían una noche o un día en casa de significados dirigentes marxistas. Otros acudían a reuniones nocturnas en medio del campo; en cualesquiera aldeúchas de la provincia. Un ir y venir complicado de nuestros enemigos terriblemente sospechoso. Todo iba pasando a manos de Carlos Morais.

Se me informó, coincidiendo con la nueva modalidad del Servicio, de que habían puesto precio a mi cabeza. Creo que se impacientaban porque no lograban dar empleo adecuado a las pesetas que habían reunido a principios de verano para atentados, y me señalaron a mí como la primera víctima. Pero agregaban los informes que no había querido aceptar el encargo ninguno de los hombres de acción de Orense capital seleccionados al efecto. Y que lo habían rehusado por simpatía a mi persona. Al fin, había aceptado uno del Puente, de quien no conocía más que el nombre y los pésimos antecedentes. Al enterarse de esto en la Provincial, se me montó una guardia personal permanente capaz de infundir terror al ánimo más templado. Desconocía el número de camaradas ocupados en tales menesteres ; pero de mis cálculos podía deducir que pasaban de una escuadra. No tiene mejor guardia personal el Presidente de los Estados Unidos. Alguna noche, al salir de casa, me encontró a Baria en la acera de enfrente con sus colaboradores a la espera de mi salida, mientras vigilaba los movimientos, más o menos normales, del enemigo.

PUGNA DE PAPEL

Las derechas esperaban ganar las elecciones.. Los centristas proyectaban robarle a las derechas el triunfo y celebrar una orgía de actas llovidas del cielo. Los marxistas, con alas izquierdas, se las prometían muy felices: contaban con la victoria, en las urnas o contra las urnas. Pero temían algo. Alguna interferencia de última hora que desbaratase sus planes. Un presentimiento les impedía gozar de completa serenidad. ¿El Ejército, la Falange, los dos juntos? Algo barruntaban. Trazaron un plan de aplastamiento asaz simplista:

ganarle la partida en la selecciones a las derechas y eliminar por el plomo a los más destacados Jefes del Ejército. El entonces Comandante Ceano había de ser asesinado el primero, una noche cualquiera, en su portal oscuro, al regresar del cuartel. Otros oficiales estaban comprendidos en el plan. Todo les fué comunicado oportunamente.

Hacían propaganda profusa, extensa e intensa, de la candidatura de coalición de las izquierdas con los marxistas. Crecía en proporción geométrica conforme se aproximaban las elecciones. Nada de mítines. Cada día estrenaban un nuevo cartel, que pegaban con profusión agobiadora, y repartían hojas de apretada prosa, Como salíamos del bienio absurdo, tenían bastantes cosas que decirles, sin mentir, a las derechas. triunfantes en las anteriores y fracasadas estrepitosamente en la práctica del Poder. Consecuencias de la victoria sin alas. ¿Para qué querían otra vez la victoria? Los electores se habrían olvidado ya del bienio azañista. No recordarían más que el absurdo bienio derechista sin gracia, que estaba fresco en las mentes neutras de la masa electora.

A nosotros no nos iba bien la quietud en medio de este maremágnum desatado de pasiones políticas. El Mando Nacional había decretado la neutralidad en esta provincia. Pero una neutralidad electoral, una inhibición en las elecciones, no una neutralidad o inhibición fisiológica, vital. Por ello, aunque espectadores en la contienda, continuamos desarrollando y afirmando nuestra propia personalidad con la vitalidad acostumbrada. Nuestros grupos seguían a los pegadores de carteles marxistas y sustituían los suyos por los nuestros y por discursos del Jefe Nacional. Pequeñas, modestas interferencias en aquella pugna de papel impreso con que nos inundaron.

Una noche nos informaron que los marxistas se disponían a pegar carteles en Barbantes para sorprender al vecindario por la mañana.. Estábamos en el Roma: Montero, Barja, Emilio Núñez y yo. Decidimos ir nosotros mismos. Era muy tarde para ordenárselo a otros. Hicimos venir al conserje, camarada Manuel Conde, con el caldero, brochas, chapapote de verdad, engrudo, pasquines y demás adminículos. Llevábamos también manifiestos y los puntos iniciales. En estos preparativos se invirtió mucho tiempo, el suficiente para que los socialistas diesen fin a su tarea y nos dejaran el campo libre. No buscábamos batalla.. La noche, fría, estrellada, oscura, invitaba a divagaciones astronómicas. El pueblo dormía, confiado en la noche quieta, bastante bien alumbrado por focos eléctricos. Dejamos el coche en las afueras. Avanzábamos con precauciones para mantener oculto el caldero del chapapote y los paquetes de la propaganda. Pronto nos dimos cuenta de que nada anormal interrumpiría nuestra labor. Tras breve examen de la situación, dimos comienzo al trabajo. Como en Celanova, Montero y yo vigilábamos. Los demás se dedicaron febrilmente a la tarea de sustituir pasquines socialistas por pasquines falangistas. Nuestros carteles más vistosos y nuestras consignas señorearon todo el pueblo. Estaba fresca aún la goma socialista. y ello ahorró no poco engrudo falangista. La operación hubo de ser suspendida varias veces. Pasaban coches en ambas direcciones. Barbantes está recostado en la carretera general Villacastín-Vigo. Uno, al vernos, se detuvo a inquirir datos ; continuó su ruta seguidamente.

Sustituidos los carteles, manifiestos y pasquines, llegó el momento de proclamar la supremacía del pincel y del chapapote. La acera de Correos, de cemento, ancha, gris, limpia, campo propicio para estampar el yugo y las flechas, y alguna consigna. Lo estaba pidiendo. Se le aplicó ampliamente el chapapote. En diversos lugares se dejaron frases lapidarias. La pared de la estación resaltaba por su blancura, amplia, encalada. Allí, una frase y el yugo y las flechas.

Nos retiramos muy tarde. Si no estuviésemos en enero, hubiera amanecido ya antes de que termináramos. Nada ni nadie estorbó nuestros movimientos. Al menos, aquella noche no tenía vigilancia el pueblo. Al día siguiente, según informes fidedignos, los marxistas de Barbantes lloraban de la rabia. Madrugaron para saborear las delicias de la sorpresa que los suyos les habían anunciado para aquella mañana. Esperaban asombrar a sus vecinos. Y ¡menuda sorpresa! Los asombrados fueron ,ellos.

ELECTORERO Y CANDIDATO EN ZAMORA

No tardé en salir rumbo a Zamora. Recibí de Madrid la siguiente carta:

«Madrid, 6 de febrero de 1936.

»Fernando Meleiro. ORENSE.

»Estimado camarada: Ausente Fernández Cuesta con motivo de la campaña electoral, le escribo para recordarle su candidatura por Zamora. Conviene se ponga usted en comunicación con el Jefe de allí, RICARDO NIETO SERRANO, SAN TORCUATO, 72, por si fuera necesaria su presencia en dicha provincia a los efectos de propaganda. Para esto se le envía algún dinero al camarada Nieto.

»Sin otro particular, le saluda afectuosamente el SECRETARIO GENERAL ACCIDENTAL, Alejandro Salazar» (firmado y rubricado).

Cumplimentando estas órdenes, me puso en comunicación con Nieto y resultó necesaria mi presencia en Zamora, adonde me trasladé sin pérdida de tiempo para constituirme en muñidor electorero de la Falange por aquella circunscripción. Encargué a Montero se trasladase cuanto antes a Madrid y, de mi parte, pusiese a José Antonio al corriente de nuestras relaciones con el Ejército, para que diese él las consignas pertinentes a nuestra participación en el golpe de Estado que se preparaba, según nos dijeron, para el caso de que las izquierdas no respetaran el resultado de las elecciones o fuesen más allá de lo que el cuerpo electoral deseaba. Montero, en efecto se trasladó a Madrid acompañado de Barja, y regresaron con instrucciones concretas de José Antonio. Celebraron varias reuniones con los jefes militares con quienes llegaron al más completo acuerdo.

La tarde que llegué a Zamora nos reunimos en el domicilio particular del camarada De Miguel, antiguo Jefe Provincial, que se había retirado para opositar a Fiscales. Planeamos allí todo lo concerniente a las elecciones. Se habló de las posibilidades de un seguro triunfo y de los sondeos realizados en aquellos días. Tanto Nieto como De Miguel coincidían en que un puesto no era difícil de obtener por la disidencia planteada entre los de la Ceda y los monárquicos. De mantenerse hasta última hora con la crudeza de aquellos días, cabía incluso la posibilidad de conseguir tres o cuatro diputados. Era conveniente proclamar varios candidatos, que a última hora reduciríamos a uno, según se desarrollasen los acontecimientos. Uno solo lo consideraban como seguro. La lista que en un principio se presentó para el caso de que la disidencia de las derechas fuese profunda la componíamos José Antonio, Raimundo, Ruiz de Alda, Nieto y yo. En caso de que se quedase uno solo, debía ser yo quien luchase por el puesto. Esto opinaron los de Zamora aquella tarde.

Pero yo varié el plan zamorano. Me parecía que si se luchaba por un puesto, por ser el único probable, yo allí no pintaba nada. Lo natural era que se quedase solo el Jefe provincial, que contaría con las simpatías y la popularidad. Yo me volvería a Orense y presentaría por allí mi candidatura. Aun quedaba tiempo para una propaganda apresurada. Nieto opinaba que debía ser yo. Discutimos. Aducíamos los dos razones de peso para nuestras respectivas y contradictorias tesis. Quizá fueran de más peso las suyas al obstinarse en que el Mando Nacional había expresado gran interés en que yo obtuviese un acta. No llegamos a un acuerdo. Medió De Miguel: propuso someter la cuestión a la decisión de José Antonio, con quien conferenciamos telefónicamente aquella misma noche. Y José Antonio decidió que se sostuviese mi candidatura.

Se organizó el papeleo. El local de la Jefatura se convirtió en oficina electoral. La proclamación de candidatos nos dió mucho quehacer. Las derechas se negaron a darnos las firmas que exigía la ley para la proclamación. Circularon consignas de que se nos negasen. Proyectaban por ese medio impedir que nos proclamásemos. Peregrinamos Nieto y yo gran parte de la noche del sábado mendigando firmas para nuestra candidatura. Veíamos llegar el domingo de la proclamación sin las suficientes para que la Falange proclamase su candidatos.

Se nos negaba por las derechas, definitivamente, el pan y la sal. Muchos desaires recibimos aquella noche triste. Nieto estaba desesperado, destrozado. Recorrimos inútilmente, a pie, casi toda Zamora y el extrarradio. Subimos y bajamos cientos de escaleras. En todas partes,, la negativa más cerrada. Los que no se decidían a despedirnos sin alguna explicación nos dijeron que obedecían consignas del partido. ¡Disciplina digna de mejor causa!

Al convencemos de que por parte de las derechas no conseguiríamos nada, decidimos acudir a las izquierdas. Visitamos al representante de Galarza, que, para vergüenza y ludibrio de los ciegos y obstinados derechistas, accedió sin remilgos a nuestra pretensión. Así, aunque tarde, pudimos dormir aquella noche, y al día siguiente fueron proclamados los candidatos de la Falange en la Sala de la Audiencia provincial. Por cierto que uno de los que nos dió su firma fué don Santiago Alba.

Metidos de hoz y coz en la lucha electoral, organizamos la oficina desde la cual, con el mapa a la vista, se inundaba la provincia de propaganda escrita, se enviaban emisarios a donde lo reclamaban las circunstancias y se instruía convenientemente a interventores y apoderados. Los camaradas zamoranos trabajaron con tesón. El dinero andaba escaso, como siempre. Carecíamos de coches. Superamos la penuria de medios a fuerza de ingenio. Utilizamos el correo ; lo explotamos hasta el máximo. Por equipos salieron algunos camaradas cargados de propaganda, consignas del Jefe provincial e instrucciones para los interventores y apoderados que no podían desplazarse. Recorrieron la provincia a pie, y por donde iban contagiaban el ardor nacional-sindicalista que los animaba. Si las cosas se hubieran desarrollado normalmente, es más que probable que hubiéramos triunfado. Pero, a última hora, las derechas nos hicieron una jugada vergonzosa. Ni siquiera respetaron nuestra pobreza. En alarde de opulencia reclutaron todos los coches de que se podía disponer en Zamora, incluidos los taxis, y recorrieron la provincia en las últimas horas de la noche para propalar la especie calumniosa de que la Falange se retiraba de las elecciones en la circunscripción de Zamora por habersele concedido puestos en otras provincias, según un acuerdo nacional de última hora. Y que rogábamos se votase íntegra la candidatura de coalición de las derechas. No nos dejaron tiempo ni medios para desmentirlo eficazmente. Cuando nos enteramos de la maniobra, ya no

podíamos contrarrestarla. De esto estaban bien seguros; El mismo domingo de las elecciones, por la mañana, algunos Jefes de J. O. N. S. telefonearon para que les diésemos instrucciones concretas y directas acerca del desistimiento. Así nos enteramos de la jugada. Aunque reaccionamos inmediatamente y telefoneamos a todas partes, poco pudimos evitar. Llegábamos tarde a todas las Locales con la rectificación. Una llamada, telefónica, una conferencia podía evacuarse con relativa rapidez ; pero no veinte o treinta, y entonces solían tardar más de lo conveniente y no disponíamos de otros medios. Hubimos de resignarnos a perder el acta. Hubimos de resignarnos a morir a manos de las derechas.

Por lo demás, el día de las elecciones transcurrió sin incidentes. Nuestros interventores y apoderados se batían en todos los colegios con energía, aplomo y conocimiento de la función. Los habíamos aleccionado a conciencia. Nieto y yo nos pasamos el día en el local de la Falange zamorana a la espera de que fuera requerida nuestra presencia en algún lugar y para resolver los conflictos que pudieran presentarse. Pero sólo surgieron conflictos de los que pueden resolverse con un consejo o una consulta telefónica. Se desarrollaron los acontecimientos dentro de la normalidad más encantadora. Durante la mañana, en la capital, los augures me señalaban como favorito de la jornada. Se daba como segura mi acta. Mediada la tarde comenzaron a llegar noticias de la provincia. Pocos votos. El optimismo de las primeras horas resultó espejismo inexplicable. Y en las primeras horas de la noche sé tenía la seguridad de que no salía diputado.

Después de cenar nos reunimos en un café de una plaza con soportales. Allí expuse a Nieto mi plan de encomendarle a él la defensa del acta en la Audiencia y regresar cuanto antes. En Zamora nada tenía .que hacer, y en Orense, en cambio, me esperaban asuntos urgentes de la Jefatura Territorial de Galicia que resolver, que, por el tráfigo ingente del período electoral, habían quedado sobre la mesa, pendientes de despacho. Ahora reclamaban mi atención inmediata para antes de que se normalizasen las tosas. Comenzaron a llegar noticias contradictorias de las elecciones en toda España. La coalición izquierdo-marxista daba por segura la victoria más rotunda de sus candidaturas. Las derechas, tímidamente, aseguraban a su vez que la mayoría de votos les correspondía. Y es posible que fuere verdad. La Falange callaba. ¿Qué iba a decir? Habíanse esterilizado sus esfuerzos de oponer el Frente Nacional al Frente Popular. La excluyeron de aquel suceso que se llamó Bloque Antirrevolucionario, escarneciéndola cuanto pudieron, y ahora ¿qué iba a decir? Nieto habló con Madrid, y, según cálculos, no habíamos sacado ni un diputado. Ni siquiera José Antonio. Al día siguiente me vine a Orense.

LA FALANGE DE ORENSE SE SUBLEVA CON EL EJÉRCITO ANTICIPADAMENTE

Ya en Orense, me reuní con Montero y con Barja. Habían ido a Madrid los dos. Charlaron con José Antonio y se trajeron sus consignas para los contactos con el Ejército.

En las elecciones, no pocos incidentes y violencias. La Falange observó estricta neutralidad. De muchos colegios llamaron varias veces al teléfono del local en demanda urgente de nuestras escuadras para imponer el orden. Se contestaba que lo lamentábamos, pero que nuestro local no era el cuartel de Asalto ni la Comisaría de Policía. Y que nada teníamos que ver con las elecciones. Se repitieron las llamadas de auxilio durante todo el día.

Se habían entrevistado varias veces con los militares. El Comandante Ceano y el Gobernador militar, Coronel Soto. estudiaron con ellos la parte que correspondería a la Falange en la sublevación. En cumplimiento de lo acordado se concentraron en nuestro local, la misma noche de las elecciones, casi una centuria de falangistas de diversas J. O. N. S., que se relevaban cada veinticuatro horas. Según me informaron, se hallaban en plena sublevación: un enlace en el teléfono, a la espera de la consigna convenida, y otro en el mirador para dar la voz de alerta cuando se parase ante la puerta de la casa un camión con soldados y fusiles, bombas de mano y demás armas. El Ejército hallábase igualmente sublevado en Orense. Destacamentos en los lugares estratégicos, y las entradas y salidas de la población, tomadas. No esperaban otra cosa que la consigna del Mando supremo para actuar y lanzarse a la calle.

Una noche intentaron los marxistas asaltar el local. Estudiaron y prepararon minuciosamente el golpe. Hicieron coincidir tres manifestaciones de energúmenos ante la puerta: una, que venía atravesando la Plaza Mayor; otra, por la Avenida de Pontevedra, y la otra, que cruzaba la calle de Lamas Carvajal en dirección de la Plaza. Se juntaron ante nuestra casa y nos insultaron pidiendo apremiantemente nuestras cabezas. Dentro, nutrida concentración. Los manifestantes golpeaban las puertas, amenazando con echarlas abajo y asaltarnos. Se decidió aceptar el combate. Bajó una escuadra para abrir las puertas con orden de aguantar la primera embestida y batirse en retirada escaleras arriba hasta el piso, en el cual se pensaba organizar la represión. La algarabía de los de ,afuera era infernal. Chillaban, cantaban canciones soeces, golpeaban las

puertas, se enardecían. De pronto se abren éstas de par en par inesperadamente. La maniobra sorprende a todos. Los más exaltados se llenan de estupor. ¿Qué significaba aquello, qué sorpresa mortal preparaban los falangistas? Se hace el silencio. Vacilan. Los más próximos se apartan de la puerta. Retroceden. Nadie penetra en el portal abierto, oscuro, amenazador. Siguen retrocediendo. Comienza a rumorearse que hay ametralladoras montadas en el fondo del portal. La manifestación se deshace, se deshilacha, se disuelve. Poco después subió al local un agente de la Policía a comunicarnos que estaba en el portal el propio excelentísimo señor Gobernador civil, en persona, para conminarnos a que nos disolviéramos y a que cesasen las concentraciones; nos advertía que eran clandestinas y que estábamos infringiendo gravemente la Ley de Orden Público. Se le invitó a subir y no aceptó.

Continuamente éramos visitados por personajes representativos de las derechas o por emisarios suyos que nos traían dinero y promesas de aportaciones diversas para mantener en pie de guerra a todos los falangistas de la provincia. Cuanto más ruidosas eran las manifestaciones callejeras de energúmenos, más aumentaba el cariño que por nosotros sintieron siempre los señores de derechas.

PASO LA FRONTERA DE TÚY

Con extrañeza, recibí un aviso del Gobernador civil. Me rogaba en él que acudiese a su despacho al día siguiente, a las once de la mañana. Dispuse no ir, y dije en casa que, si insistía, contestasen que había salido y que no habían podido darme el recado. Según mis cálculos, riada tenía que tratar con la primera autoridad. Estábamos sublevados con el Ejército, y era medida de elemental prudencia tener el menor trato posible con las autoridades constituidas. Las perspectivas no podían ser más halagüeñas para nosotros. Las derechas proclamaban a voz en grito que habían ganado las elecciones, que habían obtenido muchos más votos que los marxistas, según se comprobaría en los escrutinios. Los izquierdo-marxistas pedían el Poder con estrépito y coaccionaban al Gobierno Portela con manifestaciones callejeras y amenazas de revueltas para no dejarlo reflexionar. Es decir, que si las derechas habían ganado las elecciones, como era seguro, según afirmaban; las izquierdas, desencadenando la revolución injustamente, impedirían el acceso normal de las derechas al Poder. Este era precisamente uno de los supuestos en evitación del cual se había solicitado nuestra colaboración por el Ejército. ¿Se tacharía de desvarío a quien calculase que nuestra posición era inmejorable al contrariar las izquierdas marxistas revolucionarias el fallo electoral? Los escrutinios tardarían aún bastante tiempo en dar a conocer los resultados. Si las izquierdas se precipitaban, el Ejército con nosotros intervendría decisivamente. ¿Para qué acudir a la entrevista con el Gobernador?

Por otra parte, no podía ni quería perder más tiempo. Tenía en el más completo abandono los asuntos de la Jefatura Territorial, que se habían acumulado durante el período electoral. Necesitaba ponerlos al día. Era indispensable que la Falange de Galicia estuviese a punto, normalizada, para el caso de que súbitamente la llevasen las circunstancias a ejercer funciones de gobierno no habíamos de realizar labor trascendente. No podía tampoco entretenerme ni dejarme enzarzar por pequeñeces locales, que, en realidad no eran de mi incumbencia, sino de la del Jefe provincial.

Un asunto urgente y grave me preocupaba. Habían sido formuladas a la Nacional acusaciones de considerable volumen y de índole reservada sobre un personaje influyente de la Falange gallega. Hacía ya bastante tiempo que me lo habían comunicado. Los comprobantes de alguno de los cargos hallábanse en manos de la Policía portuguesa. Se me había ordenado la inmediata comprobación de los hechos denunciados y que tomase resolución urgente, en carta de la Nacional de 27 de enero de 1935, firmada por Raimundo, que conservo. El período electoral impidió que evacuara inmediatamente lo ordenado. Había transcurrido un mes de período electoral y no había hecho más que orientarme. Decidí poner inmediato remedio al retraso involuntario y llevar personalmente las diligencias del caso, en consideración a la importancia del personaje en cuestión. Los escrutinios tardarían aún; y mientras se discutía en las Salas de las Audiencias quiénes habían ganado las elecciones, podría pasar a Portugal y traerme la información casi finalizada. Conservo también los documentos en fotocopia que, con su amabilidad acostumbrada y su característica predisposición a la colaboración interpeninsular, me fueron entregados por la Policía portuguesa, para la que no tengo más que motivos de agradecimiento y de elogio. Para la Policía y para otras instituciones y personas que conmigo laboraron con amistosa lealtad y patriotismo.

No estaba tampoco seguro de haber dejado atados todos los cabos, en cuanto a responsabilidad penal se refiere, en el ajeteo, agitación y barahunda de sucesos transcurridos en los últimos meses. No extrañará que la llamada del Gobernador, tan extemporánea y fuera de lugar, me produjera algo de desasosiego y desconfianza. Conocía por experiencia los absurdos de que son capaces estos personajillos políticos de tercera, y lo consideraba capaz de la mayor arbitrariedad en su afán de justificar desaciertos.

Por la mañana, al ver que no acudía a su llamada, me mandó dos avisos. A las once y media se presentó en mi casa un guardia de Asalto con una nota del excelentísimo señor; en la que me pedía que me personara cuanto antes en su despacho. Me esperaba. En casa le dijeron que había salido. A eso de las doce y cuarto, otro guardia llamó a mi puerta para repetir exactamente lo mismo que el anterior. En casa repitieron la contestación. Antes de la una, para que no encarcelasen a la criada por embustera, decidí salir de Casa. No había dado muchos pasos desde mi puerta cuando me di de manos a boca con el Teniente de Seguridad, Era un buen amigo. Se me acercó sonriente y preguntó:

—¿Por qué se niega tan obstinadamente a ir al despacho del Gobernador?

Me encogí de hombros.

—Le ha mandado dos recados. ¿Iba hacia allí?

—No.

Se sonrió. Luego dijo:

—No ignora que somos camaradas. ¿Confía en mí?

—Sí, Teniente.

—Le aconsejo que vaya. ¿Se niega a ir porque teme alguna encerrona? Me ha mandado a mí para que lo buscara y lo acompañase hasta allí. Si lo prefiere, me vuelvo y le digo que no he dado con usted ; pero creo que le conviene ir allá. Está reunido con el Jefe del batallón y .con el Gobernador militar de lá plaza. ¿No barrunta de qué se trata? No creo que necesite decirle más.

— Bien. Iré con usted, Teniente. No es que me negase precisamente. Es que creo que quien debe acudir a una cosa así del Gobernador de Orense es Montero, que es el Jefe provincial de aquí hace tiempo. Yo lo soy de toda Galicia desde noviembre.

— ¡Ah! ; pues lo ignoraba. Si lo prefiere, se lo digo así.

— No. Déjelo. Acudiré yo, ya que me ha llamado. En el antedespacho, el portero de siempre con sus ya clásicas gafas sobre la punta de las narices. Al verme, exclamó:

— Va viniendo por aquí muchas veces, señor Meleiro.

— El mejor día vengo para quedarme.

— ¡Qué bromista es usted! Le están esperando. Me dijo que en cuanto llegara lo hiciese pasar.

Me abrió la puerta y entré, sin ser anunciado, en el preciso instante en que saltan juntos, no de buen talante, el Comandante Ceano y el Gobernador militar, Coronel Soto. Nos saludamos al paso. El Gobernador me recibió esforzándose por parecer cortés. Me hizo sentar frente a él, al otro lado de la mesa. La entrevista fué larga. Estuvimos jugando al ratón y al gato durante algún tiempo. Supongo que nadie creerá que yo asumía el papel de gato. Hasta que se convenció de que de mí nada sacaría. Luego acudió a la coacción y a la amenaza. Me aseguró que podía meterme en la cárcel para mucho tiempo.

Esquivé como pude sus ataques. Pero luego pasé a hacer de gato cuando le dije que mal podía saber el significarlo de esas concentraciones a que aludía ni de la supuesta connivencia con el Ejército si había llegado el día anterior de Zamora, en donde había estado más de una semana de elecciones y por cuya circunscripción era más que probable que saliese diputado.

A poco se me desmaya cuando oyó tal cosa. Le dije luego que ignoraba lo de las concentraciones y su significado y que dudaba tuviese atribuciones para disolverlas, puesto que había en Orense un Jefe provincial a quien incumbía toda esta cuestión. Que yo lo era de toda Galicia, con función más bien inspectora en las cuatro provincias.. El camarada Montero, que ya se lo había presentado como Jefe provincial, sabría responderle de todo lo concerniente a la provincia de Orense. Se quedó de una pieza. Iba de sorpresa en sorpresa. Le expliqué brevemente lo que era la Falange sobre la que ignoraba lo más elemental, y me despidió un tanto preocupado, no sin rogarme transmitiese al Jefe provincial su consejo de que disolviese las concentraciones.

Me reuní después con Montero y con Barja. Les di cuenta de la entrevista con el Gobernador. Desde luego, había motivos fundados para suponer que el Gobierno tendría conocimiento de lo que se tramaba. Estábamos obligados a ser discretos, y sería muy conveniente frenar un tanto el candoroso optimismo de que estábamos poseídos en estos días. Era conveniente establecer contacto más continuado y concreto con los militares para conocer las variaciones que pudieran establecerse en sus planes y ver de reducir las concentraciones a una cuantía que no llamase la atención, o establecer grupos en distintos lugares, enlazados por teléfono, o. de otros modos que pasasen inadvertidos y no atrajesen las miradas de la Policía ni de los extremistas. Dando este escándalo nos exponíamos a que se descubriesen los planes y se descoyuntase la sublevación, haciéndola fracasar. Quedó Barja encargado de esa misión.

Les advertí entonces que yo me iría a Portugal. Tenía misión que cumplir allí. Eludiría a la vez las responsabilidades que pudieran derivarse de todo esto en caso de desistimiento. Y traería armas para la Falange gallega, que andaba muy escasa de ellas. Al menos intentaría establecer un sistema de suministro normal de las mismas. Les encargué muy especialmente que, en cuanto se recibiesen las consignas de echarse a la calle, me enviasen un coche o fuesen ellos mismos a buscarme. Lo prometieron. Al día siguiente pasé la frontera de Túj.

SE COMPLICAN LAS COSAS

Comencé mis gestiones sin pérdida de tiempo. Pronto me di cuenta de que en Valença do Minho no resolvería nada de lo que llevaba entre manos, y me dirigí a Oporto. Allí, los periódicos y las radios me trajeron la noticia de que Azaña había tomado el Poder sin esperar a que los escrutinios dijera a quién se lo daba el cuerpo electoral y que no había tropezado con oposición sería por parte del Gobierno Portela. Esperaba que al día siguiente diesen la noticia de la sublevación del Ejército y la Falange. Pero esto, inexplicablemente no se producía. Continué mis gestiones apresuradamente. Procuré despachar cuanto antes para volverme ; pero las cosas se me complicaban cada vez más, por causas ajenas a mi voluntad. Pude saber que el levantamiento militar quedaba en suspenso porque el Alto Mando del mismo consideró que el triunfo de las derechas no fuera lo suficientemente claro ni tan rotundo que mereciese ser apoyado por la fuerza de las armas. Se esperaba a que la política antinacional de las izquierdas se patentizase y lastimase arraigados sentimientos españoles. Sería mejor ocasión.

Conseguidos los datos y fotocopias de documentos que necesitaba para el esclarecimiento de hechos y conducta del personaje de la Falange gallega que se me ordenaba averiguar y enjuiciar, y en trance de dejar establecido un sistema de abastecimiento permanente de armas para la Falange, consideré oportuno preparar mi regreso a España. A tales efectos escribí al Decano del Colegio de Abogados solicitando el amparo del Colegio contra la injusticia. Se me había confinado en el Riós, lugar casi inhóspito de las montañas de Verín. Le decía que se me había comunicado estando en Portugal por cuestiones profesionales, y que así no era posible ejercer libremente la profesión. Don Miguel Moreiras me aseguró después que no le había sido posible hacer nada. También me fallaron los demás sondeos para conocer mi situación en cuanto a responsabilidades penales. A una persona muy querida que me avisó telegráficamente que no pasase la frontera, que las cosas estaban mal, le impusieron una multa de seis mil pesetas.

Había que esperar a mejor ocasión. Di los últimos toques al asunto de las armas para dejarlo ultimado y descubrí que era susceptible de ampliación hasta un límite insospechado. Se podría pasar, desde un cestillo con pistolas detonadoras, hasta un transatlántico con toda clase de armas. Esto ya valía la pena de ponerlo en conocimiento del Mando Nacional. Por los sondeos realizados, sabía con seguridad que si cruzaba la frontera me encarcelaban. Se perdería todo si intentaba ir yo a Madrid con la noticia. Pedí enlaces. Uno, a Orense, y otro, a Zamora. Sostenía correspondencia con Orense, a pesar de que la Policía me abría algunas cartas. Me arriesgué. Exigí ciertos detalles de autenticidad en el elegido, imposibles de falsificar.

Como temía, en Orense interceptaron la carta y me enviaron un policía que se entrevistó conmigo en el Café Miramar, de Viana do Castelo, adonde fué acompañado por un camarero de mi hotel para hacerse pasar por enlace. A requerimientos suyos, nos sentamos en una mesita apartada. Empezó por decirme que había llegado a Orense enviado por José Antonio, como persona de toda su confianza, para entrevistarse conmigo, y que había llegado como llovido del cielo en el preciso instante en que se recibiera mi carta pidiendo un enlace para establecer contacto con Madrid. Que sabía por José Antonio que la misión que me retenía aquí eral trascendental y que él desempeñaría el papel de enlace a las mil maravillas. Me refirió luego las calamidades que había pasado al atravesar España. Lo habían detenido, en Toledo y no recuerdo en qué más sitios. Hablaba mucho, sin duda para hacerme caer a mí en alguna indiscreción; pero no soy yo de los que suelen hablar con desconocidos más de lo estrictamente indispensable. Así que su locuacidad no tuvo eficacia.

Lo observé, y a las pocas frases me dió en la nariz un tufillo de insinceridad que me previno .en contra del charlatán. Disimulé. Estábamos en el extranjero y había que obrar con tacto. Denotaba, desde luego, un desconocimiento fundamental de lo que era la Falange, tanto como de la psicología esencial del falangista. Por otra parte, me dijo tal cúmulo de sandeces, que aun siendo auténtico no me hubiera confiado a él. Le pedí entonces las pruebas de autenticidad que exigía yo en la carta, y en su lugar me enseñó un carnet hecho añicos, sin la fotografía, y una insignia metálica, de yugo y flechas, partida en dos. Por toda disculpa me dijo que estaban muy perseguidos. Fingí creerle y tomarle en serio, y demoré hasta otra entrevista, que celebraríamos al día siguiente en mi hotel, el ponerlo al corriente de su trabajo. Pretexté que llevábamos ya mucho tiempo reunidos y que había que ser discretos, pues estaba muy vigilado. Me dió su dirección y

quedé en avisarlo para la entrevista. Le rogué que no se moviese de la pensión mientras no lo llamase, para no infundir sospechas. Era joven, moreno, no mal parecido. Pero tenía un algo antipático que emanaba de toda su persona y que no sabría explicar en qué consistía. Quizá algo de incompatibilidad psíquica fundamental.

Sé fué y quedé preocupado. Decidí averiguar lo que intentaba. Había conseguido amistades entre los portugueses. Decidí visitar a mi buen amigo el Teniente José Gongalves d'Andrade, Jefe de la Guardia Fiscal del distrito de Viana, y pedirle consejo. Me dirigí a su casa. Ya en otras ocasiones me había invitado a tomar el té en ella. Me recibió con su proverbial amabilidad y escuchó atentamente el relato de mis desconfianzas sobre la visita que acababa de recibir. Después me prometió intervenir en el asunto y esclarecerlo. Era un buen amigo. Escritor nada vulgar, colaboraba en revistas extranjeras. Gran patriota y acendrado partidario de Oliveira Salazar. Buen amigo de España. Carácter abierto y gran conversador. Simpatía.

A día siguiente fué a verme al hotel por la mañana. Me informó que el individuo en cuestión no venía solo. Le acompañaban cuatro y traían un coche de turismo matrícula española. Todos, al parecer, de la Policía española.

—Se realizó la gestión ayer tarde mismo —dijo—. La Policía portuguesa tiene motivos para suponer que traman contra usted un secuestro o un atentado. Probablemente, un secuestro. Se les hizo regresar con el pretexto de que la documentación no estaba en regla para pernoctar en Viana. Ya está toda la Policía portuguesa sobre aviso. No le molestarán más. Puede estar tranquilo.

Charlábamos aún cuando me llamaron a conferencia desde Valença. Era mi frustrado secuestrador, que se disculpaba por la intempestiva salida de Viana sin despedirse. Pedía perdón por la falta y prometió regresar en cuanto resolviese los obstáculos que sobre la documentación habían surgido.

Le recomendé calma. Le aseguré que no tenía prisa. Referí luego al Teniente Gongalves la conversación telefónica. Se sonrió y me aseguró que ya se encargarían ellos de que no ocurriese tal cosa. Luego habló con Orense. No se había recibido mi carta.

PUNTO FINAL. HABLAN CARTAS

Transcurridos unos días de penosa incertidumbre, se presentó el enlace que había pedido a Zamora. En el comedor sentaron a mi mesa a un forastero. Esto ocurría a menudo. Cuando fui a comer, me encontré de compañero a un hombre maduro, enjuto, sencillo, con apariencia de español, que me observaba con fijeza. Había preguntado por mí y había solicitado que lo sentasen a mi misma mesa. Se había hospedado en el hotel la noche anterior. Me sentí un poco molesto por la observación de que era objeto y le pregunté si me conocía.

—Soy mal fisonomista —contestó—, pero algo le recuerdo. Es usted don Fernando Meleiro.

—Sí; lo soy. Pero no tengo el menor recuerdo de usted.

Entonces se dió a conocer. Me alargó papeles y garantías y me dijo:

—Vengo de Zamora. Le traigo un saludo del camarada Eustaquio Carbajo. Ahí tiene mis cartas credenciales y mis documentos.

Una de las garantías exigidas la conservo aún. De puño y letra de Carbajo, decía lo siguiente:

«Querido Fernando: Por el amigo José Nieto te envío un saludo y un fuerte abrazo de tu incondicional.— E. Carbajo» (rubricado).

Traía en regla todos los documentos y cuantas contraseñas había exigido. Me pareció el enlace ideal. Hombre serio. Trascendía sinceridad. Pasaba de los cincuenta y estaba, por lo tanto, a cubierto de inexperiencias, precipitaciones y veleidades temperamentales. Tenía su residencia en Zamora, en cuya Falange post-electoral estaba muy metido. Falleció durante el Movimiento. Fué y vino varias veces de Madrid a Viana do Castelo y viceversa, en funciones de enlace, y sostuvo conmigo animada correspondencia. Conservo algunas de sus cartas. Otras las quemé al recibirlas porque eran comprometedoras. El hombre se expresaba con toda claridad. Como puede verse por las que conservo y publico, para el camarada Nieto no existían las claves, ni falta que hacían.

Transcribo a continuación las que conservo. Ellas me relevarán, con su indudable elocuencia, de alargar más el relato de nuestra actuación conjunta. Van por orden cronológico. La primera es un trozo de carta que escribió a su familia y cuya copia me fué enviada:

Copia de la carta del amigo que cié a Madrid.— «Visité en casa de P. de R. al Secretario, porque el Jefe continúa en la cárcel, y le di cuenta de la misión que traigo, quedando satisfecho de todo. Este Secretario es el Comandante Cuerda, ayudante de su padre, y ahora no se separa de su hijo. Quedó en ir a la cárcel a darle cuenta al Jefe, y después me comunicará a mí (si puede hacerlo) todo cuanto tenga que decirme ; y si no puede el Secretario, me lo dirá el Jefe regional de Asturias, a quien tengo que ver hoy, a las tres, en el Hotel N. Ya veremos a ver qué órdenes recibo; pero por la impresión que tengo, emprenderé otra vez el viaje a Portugal. En este caso iré por ésa para ver la manera de reunir fondos, porque no me queda más que para llegar a ésa, y aquí no dan ni un céntimo.

»Quisiera dar alguna noticia, pero me está prohibido.

»He estado lo menos dos horas en casa de P. de R. Da gusto ver cómo trabajan todos; las tres máquinas, no paran ni un momento. Hoy esperamos el resultado de las elecciones de Cuenca ; ya veremos en qué queda.

»4 mayo 1936.»

..... ..

«Madrid, 14-5-36.

«Estimado amigo y camarada: En mi poder sus cartas del 6 y 7 del corriente de cuyo contenido quedé impuesto.

»Me encuentro en ésta desde el día 12, esperando órdenes ; el Secretario está en la cárcel, a disposición del Director general de Seguridad, y el camarada Panizo se encuentra en Barcelona y llegará a ésta el día 16 ; y tan pronto como me dé instrucciones referentes a sus cartas, saldré para ésa y personalmente le comunicaré todo.

»Espéreme el próximo domingo, que llegaré a ésa con noticias.

»Le saluda su buen amigo y camarada. José Nieto» (rubricado).

El matasellos de llegada tiene fecha 16 de mayo.

Siguiendo rigurosa cronología, transcribo una carta del hijo de mi enlace. La fecha del matasellos es de 20 da mayo la de salida, y de 22 la de llegada. Dice así:

«Camarada Fernando Meleiro :

»Estimado amigo y camarada: En este momento recibo la carta que le diriges a mi padre, y la cual, lo mismo que la otra, se la envió a Madrid, donde se encuentra a recibir órdenes. No tornes a desatención el que no te contestara a tus anteriores cartas; pero es que antes de hacerlo creyó oportuno documentarse, y a tal efecto salió para Madrid, desde donde saldrá (según impresiones que tengo) para ésa, a entrevistarse contigo. por lo que creo necesario que permanezcas en Viana hasta que él llegue.

»Ricardo Nieto, que se encuentra en la cárcel, saldrá seguramente destinado para Canarias (trasladado).

»Nada puedo decirte de esta pobre J. O. N. S. de Zamora, que ha dejado, desde que Nieto entró en la cárcel, de ser J. O. N. S. para convertirse en un partido político con tertulia de café y todo. Ya te contará mi padre.

»Recibe un saludo nacional-sindicalista de tu camarada.—Angel Nieto (rubricado). ¡¡Arriba España!!»

En efecto: su padre llegó casi al mismo tiempo que la carta anterior. Estuvo un día conmigo y regresó seguidamente a Madrid. Desde allí escribió la siguiente misiva:

«Madrid, 29-5-36.

»Estimado amigo y camarada : Llegué a ésta sin novedad y no le escribí en seguida por darle algunas noticias, y nada puedo decirle referente a nuestro asunto, y para que forme una idea de cómo está esto, le envió una noticia que publica «A B C» y se dará cuenta que en este momento no tenemos a nadie ; todos están en la cárcel..

»Esta tarde estamos citados varios de Falange y acordaremos lo que tenemos que hacer en vista de lo ocurrido, porque esto no se puede quedar sin una dirección. Su carta llegará a ruanos del Jefe como sea, pero llegará. No se puede estar con nadie, porque el domicilio de José Antonio está cerrado y Panizo también en la cárcel.

»Como no me fué posible salir de Viana a la hora indicada, por tener que tomar escudos, no llegué a Oporto cuando acordamos para estar con el Comandante; le ruego me disculpe pues no fué mía la culpa.

»Como ve, aquí, de momento, falta dirección y no se pueden tomar acuerdos; tan pronto los tenga, se los comunicaré para ver si, por fin, se traen o no las cosas que tienen que venir, y que usted sabe lo que son.

»Esto está imposible ; dígale a la peña que no tenemos ni cafés, y los bares todos están cerrados ; circula poca gente y no se ven más que fuerzas ; para el 31 tenemos anunciada la huelga general ; ya veremos qué ocurre.

»No mis escriba hasta que yo le comunique si, por fin quieren que se continúen las gestiones hasta traer 10 que nos es necesario ; si no le escribo es que desisten por ahora de ello, pero sólo de momento;.

»En caso de que usted se vaya de ésa, entonces me lo comunica para ir yo donde esté.

»Sin más que comunicarle, le saluda su buen amigo y camaradas—José Nieto (rubricado). ¡Arriba España!»

Esta carta, según el matasellos, llegó a Viana el día 1 de junio de 1936. Pocos días después recibí la siguiente:

«Madrid, 2-6-36.

»Estimado amigo y camarada: Creo en su poder mi carta en la que le daba cuenta de la situación en que se encuentra esto, y hoy le escribo nuevamente para comunicarle lo siguiente:

» Su carta le fue entregada al Jefe por un oficial de la cárcel conocido mío y camarada; si le contestara, el mismo oficial traería la carta y se la enviaría. Como ya le decía, todos los Jefes están en la cárcel; pero anoche estuvimos reunidos un Oficial de Artillería y el único Jefe que se encuentra en la calle, y que precisamente lo están buscando; y después de examinar la situación, que cada día es más favorable para nosotros por las referencias que me dieron, deseaba que usted le contestara con lo que le ha dicha nuestro amigo el Comandante, si por fin estaba dispuesto o no a ayudarnos para traer lo que usted sabe, pues en ese caso yo le visitaré nuevamente para quedar ultimado todo de una vez.

»Me escriba a Zamora con lo que haya referente a esto.

»Le saluda su buen amigo y camarada.—José Nieto (rubricado). ¡Arriba España!»

Esta carta la recibí, según el matasellos, en 5 de junio. Volvió a Viana días después a traerme consignas y algunas decisiones. Fué la última vez que lo vi. Sus muchos viales a Portugal y las entrevistas conmigo le hicieron sospechoso a la Policía, tanto a la española como a la portuguesa. Se impuso el cambio de enlace. Me entendí después con Enrique G. Tuñón, calle F. Zarandona, 14, 2.º, Valladolid. Con él se coronó la obra.

Mi tarea en cuanto a este asunto finalizó días antes del Alzamiento Nacional. Lo dejé todo en manos de Tuñón, quien estableció su Cuartel General en Oporto, y pasé a España a incorporarme al Movimiento Nacional, no sin antes realizar algunas otras gestiones que me encomendó el propio Tuñón.

Nuestro Cónsul en Valença do Minho, cuyo nombre no recuerdo, camarada también, me mandó recado para que me desentendiese de todo y pasase la frontera, pues me traía órdenes del Mando Nacional para que me hiciese cargo cuanto antes de la Jefatura Territorial de Galicia. Había regresado de Madrid días antes y le habían dado esa, consigna para mí Raimundo Fernández-Cuesta y Fernando Primo de Rivera. Me fuí inmediatamente a Valença y traté de pasar a España. Perdimos toda una tarde él y yo en planes e intentos de atravesar las líneas rojas. Todo aquel territorio estaba aún en poder del enemigo. Hubimos de dejarlo para otro día. Me volví a Pova do Varzim, mi nueva residencia, y en cuanto estuvo expedita la frontera me avisó de nuevo y pasé a Túy, sin equipaje y sin dar cuenta a Tuñón, que pretendía retenerme aún. El propio Cónsul en Valença, que alternaba sus funciones consulares en Portugal con la revolucionaria tarea de miliciano combatiente nacional-sindicalista en España, me allanó los obstáculos y resolvió rápidamente todos los trámites para mi paso ; me trasladó a Tuy en, su propio coche y me presenté a las autoridades militares de la localidad como jefe territorial de Galicia. Gracias a su portentosa actividad, pude trasladarme a Orense aquella misma tarde en un coche que me proporcionó.

Ya en Orense, me presenté al Gobernador militar. Sostuve con él larga conversación. Me dijo que habían designado Jefe territorial y jefe provincial de toda su confianza y que no pensaban, por el momento, en cambiarlos. Ignorábamos entonces lo que iba a durar la guerra. Y, la verdad, tampoco valía la pena de reñir y pelearse o crear dificultades por mando de más o de menos. Decidí esperar a que se liberaran los Mandos nacionales y a que ellos lo resolvieran. Lo expuse así al Coronel Soto. Me tomé unos días para ver a mis padres y poner en orden cosas privadas. Y le dije que si precisaba de mis servicios me enviase a buscar. Así lo hizo: dos días más tarde me envió un coche con dos camaradas que me trajeron de nuevo a Orense.

APÉNDICE DOCUMENTAL



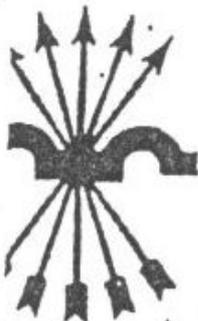
Como Jefe de la Falange Española de las J.C.H.S. y con arreglo á las facultades que me concede el artículo 23 de lo Estatutos por que se rige la Organización designo Jefe Territorial de Galicia al camarada FERNANDO MELEIRO.

Madrid 17 de Noviembre de 1933

EL JEFE

ARRIBA ESPAÑA

Camarada: Fernando Meleiro.



FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Fernando Meleiro.
CRUNSE.

Querido camarada:

Tu provincia es uno de las diez y ocho aludidas en nuestra nota del día 8. En ella, por consecuencia, se va a comenzar en agosto una intensa campaña de propaganda.

A mediados de la semana próxima llegará ahí un equipo de propagandistas provisto del material impreso y de los medios económicos suficientes. Para cuando lleguen deberás tener estudiado el mejor itinerario para recorrer eficazmente la provincia en diez días, señalados los lugares estratégicos para la celebración de mítines (que por tener que celebrarse casi todos en días de trabajo habrán de anunciarse para las horas en que mayor pueda ser la concurrencia de público), y solicitadas las autorizaciones gubernativas para ellos.

Conviene que tan pronto recibas esta carta visites al Sr. Gobernador civil de la provincia con objeto de recabar todas las facilidades legales para el plan de propaganda que se intenta. Si le ves en actitud desconfiada u hostil, avísame en seguida.

Te saluda cordialmente

Como sabéis ya por nuestro periodico, los dos movimientos que hasta ahora se llamaron Junta de Ofensiva Nacional Sindicalista, (J.O.N.S.) y Falange Española (F.E.) se han fundido en un solo movimiento bajo el nombre de Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.

Mientras no se redacten los nuevos Estatutos, en los que se precisarán todas las normas de funcionamiento de la actual organización, deben observarse las siguientes:

- 1ª - Las entidades locales se denominaran Falange Española. Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista de
- 2ª - En toda la documentación oficial se usará como emblema las flechas y el yugo, y como inscripción la siguiente: "Falange Española" y debajo "Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista de"
- 3ª - Mientras la Junta de Madrid no resuelve otra cosa, se considerarán jefes locales los que lo fueran hasta ahora de las J.O.N.S. en Valladolid, Bilbao y Galicia, y los que lo fueran hasta ahora de F.E. en los demás territorios de España. Estos, en Barcelona, Valencia, Granada, Badajoz y sus zonas, procederán de estrecho acuerdo con las antiguas organizaciones de las J.O.N.S.
- 4ª - Aún en los sitios atribuidos a una u otra de las antiguas organizaciones con caracter de exclusiva, observarán los jefes la mas cuidadosa cordialidad con los miembros y antiguos jefes de la otra organización.

Julián Pardo

Ramón Ledesma

B. Pardo

Como ve aqui de momento falta Direccion y se puede tomar aueholas tan pronto como las tenga y las cominiare para ver si por fin se traen o no las cosas que tienen que venir y que vale lo que son.

Esto-esta impaible, digale a la Peña que no tenemos a cafe y a carnes todas estas cosas, como podra gante me e de ^{mas} que fueras, para el 31 tenemos anunciada la hia a general, ya veremos que ocurre.

No me escriba hasta que yo le comuniqué si por fin vienen que se continuen las gestiones hasta traer lo que nos es necesario, sino le escribo es que desista por hora de ello, pero solo de momento.

En caso de que Y se haya de ir, entonces me lo comunicaria para yo ir donde este.

Sin mas que comunicarle le saluda un buen amigo y camarada

José Nieto

" Arriba España "